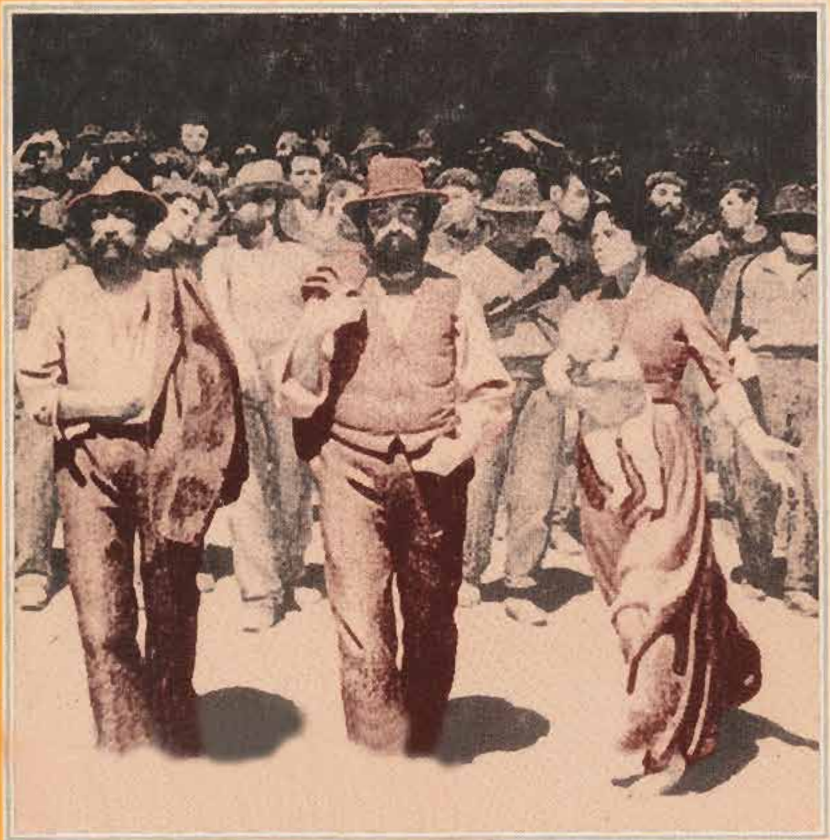


Patricio Manns

ACTAS DE MARUSIA

P&P

Patricio Manns

ACTAS DE MARUSIA

EDITORIAL

1993

COLECCION BIBLIOTECA PARA TODOS

Portada: Francisco J. Carroza

© De esta edición: Editorial Pluma y Pincel
Compañía 2691, Santiago, Chile
Fonofax: 56-2-681 57 94
Inscripción Nº 87.154

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Para Alejandra Lastra sin
el menor temor, pues sólo un
hombre persuadido de la rectitud
de su acción, no teme las consecuencias
de su acción.

Introducción

Es este mi libro más controvertido.

Se trata aquí de una crónica novelada, y no de una verdadera novela, al menos, en el sentido en que las concibo hoy en día.

Poco tiempo después de publicar mi trabajo acerca de las masacres cometidas por las Fuerzas Armadas de Chile -incluído el Cuerpo de Carabineros- contra los trabajadores, el campesinado y los estudiantes, a lo largo de más de un siglo,(*) me topé en Iquique -era el verano de 1973- con el geógrafo Freddy Taberna Gallegos, a la sazón miembro de la Comisión de Límites Chileno-Argentina. Preguntó sin ambages por qué no había reseñado la masacre de "Marusia" en la obra aludida. Repuse que no tenía conocimiento de la masacre de "Marusia". Me dijo:

-Es un hito muy importante: por primera vez los trabajadores oponen la fuerza a los masacradores y se defienden con las armas en la mano.

Poquísimos, en Chile y en el exterior, conocían este episodio, probablemente el más sangriento y cruel de las luchas sociales de nuestro país. La prueba es que no se encuentran menciones anteriores a este libro, ni en textos especializados, ni en la prensa de la época, ni en folletos, panfletos, poemas o canciones. La única referencia que recuerdo está comprendida en uno de los films documentales de Heynowsky y Heinemann consagrados a Chile después del golpe militar de 1973. Ese film es posterior a este libro, pero este libro no fue conocido por los cineastas ni siquiera a través de una copia del original. Quien cita allí la masacre de "Marusia" es un obrero entrevistado por los realizadores alemanes en el Norte Grande. Lo hace en una

frase breve, aunque absolutamente trascendida de emoción y de fuego, lo que revela que se trataba de un sobreviviente que presenció los hechos.

Trabajando sobre las huellas de "Marusia" me entrevisté poco más adelante con un ingeniero iquiqueño cuyo nombre debo -todavía- guardar en reserva. Este me llevó a conocer las ruinas de la Oficina Salitrera "Marusia". Soy, por lo tanto, uno de los escasos investigadores que sabe exactamente donde se encuentran. También aquel ingeniero me mostró algunas viejas fotografías de su propiedad. En color sepia, figuraban en ellas con indecible dureza e indesmentible veracidad, escenas del fusilamiento colectivo que cerró el episodio. Están descritas más adelante en una página especial de la narración. Este mismo fulgurante ciudadano me contactó en seguida -febrero de 1973- con el cuidador de la Oficina-Museo "Santa Laura", situada en las alturas que dominan el puerto de Iquique. Era un viejo peruano, muy lúcido, también sobreviviente de la matanza de "Marusia". Registré su relato en una grabadora pero extravié la banda durante mi pasaje a la clandestinidad después del golpe del 11 de septiembre.

En La Habana, Cuba, redacté todo lo que recordaba, que no era poco. Así, estimo que más de la mitad de este libro es una crónica de hechos verdaderos, y el resto, reconstrucción novelada, en particular los diálogos, y ciertos pasajes como las conversaciones entre Selva Saavedra y Gregorio Chasqui, el episodio del "Medio Juan", la escena en que Sebastián Colivoro busca refugio en casa de Gregorio, la muerte del "míster" en una calzadilla de "Marusia", la conjura de los pilones, la llegada de los fruteros de la Quebrada de Pica, y otros todavía. En el libro no figuran los errores históricos que se me han imputado, en particular, el discurso de Recabarren en la pisadera de un tren calichero -alta secuencia de la versión cinematográfica de esta novela-. En efecto, Recabarren había muerto casi un año antes

de los sucesos, lo mismo que Lenin. Consigno el nombre de Lenin porque está al centro de los debates políticos contenidos en algunas de las páginas que siguen.

Durante el año 1971 dirigí Radio "Coya", en la Oficina salitrera "María Elena". Esta Oficina se encuentra al interior de Antofagasta, en pleno Desierto de Tarapacá, próxima al Campo de Concentración de Chacabuco, habilitado después por la dictadura de Augusto Pinochet. Es así que no me resultan extraños ni el modo de hablar ni la vida cotidiana en una Oficina Salitrera. La reconstitución novelesca opera de este modo a expensas de la realidad. Los nombres de los protagonistas son comunes en toda la Pampa, en particular, el de mi personaje central, que encarnara el gran Gian María Volonté. El de Selva Saavedra me lo traje de Temuco en una de las numerosas escarcelas de la memoria. Corresponde a una mujer de carne y hueso a quien me unió una amistad entrañable. Presumo que todavía vive. En fin, lo espero. Hay todavía algo más: en mi juventud dirigí un piquete de dinamiteros en las faenas de prospección de arcilla, como trabajador de la Fábrica de Ladrillos Refractarios "Lota-Green", de Lota. No me fue difícil reinventar ciertos métodos utilizados en "Marusia" por sus trabajadores para enfrentar los numerosos contingentes de las Fuerzas Armadas que subieron a matarlos.

Freddy Taberna Gallegos, mi primer informante, amigo ejemplar, está muerto. Habían tomado como rehenes a su mujer y a sus hijos inmediatamente después del golpe, pues Freddy había pasado a la clandestinidad. Con la garantía personal del Jefe de la Plaza de respetar su vida, se entregó. Fue fusilado en octubre de 1973 en un Regimiento de Iquique. Este libro es una forma como otra cualquiera de rendir homenaje a los miles de compañeros alevosamente asesinados desde aquel septiembre

aciago, por las balas y las torturas de la jauría pinochetista, tal vez porque, como dice Gregorio Chasqui, "una idea sin armas es más débil que un arma sin ideas".

Patricio Manns

Trez-Vella, abril de 1993.

(*) "LAS GRANDES MASACRES", Colección "Nosotros los chilenos", Editorial
"Quimantú", Santiago de Chile, 1972. Primera edición: 50.000 ejemplares.

En suma no poseo para expresar
mi vida sino mi muerte.

César Vallejo.

El gringo muerto apareció en una calzadilla de Marusia temprano por la mañana. Cubría su cuerpo la ropa de trabajo y a su lado yacía una fusta. La fusta de trabajo. El cucalón estaba sumido en el polvo y tenía las botas medio blancas de tierra.

Los hombres de Marusia pasaron por el borde del cuerpo sin mirarlo y las sombras de los hombres reptaron por encima del cuerpo. Una sombra cada vez. Ninguna sombra se paró a mirar tampoco.

La mujer que iba a los pilones por agua apartó los ojos con decoro y anunció mascullando:

-Ya está otra vez borracho un míster en la calle.

Y siguió de largo porque en los pilones del agua había una larga hilera de mujeres y el agua salía en chorros delgaditos. El agua es temerosa cuando arriesga su vida en el desierto. Al rato volvieron las mujeres y el míster continuaba todavía con la boca sumergida en el polvo. Por eso se miraron extrañadas y asustadas y desaparecieron prestamente en las viviendas estrellando las puertas, tal vez para impedir que la visión del míster tumbado en la calzadilla las siguiera. Ese día el sol mostró su ojo con neblina. Había en el aire algo así como una mortaja que goteó durante toda la noche camanchaca fría.

*****

Para ser exactos, aquello no empezó allí mismo. El gringo era apenas una parte de todo el asunto. Por ejemplo, si alguno quería toparse realmente con la raíz de las cosas, a lo mejor veía con cierta claridad que desde los sucesos de la Oficina "San Gregorio", acontecimiento viejo de cuatro años, el aire de adentro de los hombres estaba caldeado. Sabemos ya que hay hombres de mala memoria, pero otros son terriblemente recordadores. A veces, la gente empaca recuerdos con la

intención de hacerse sufrir, pero no pocos los almacenan en cierta parte del cráneo o del corazón, o quizás de un baúl que tienen en algún sitio, esperando con trémula gana que alguien más empiece a recordar lo mismo con dolor o con furia, igual que ellos. Podríamos decir que un recuerdo los amarra, o que se lo reparten para mantenerse juntos a la altura de la memoria. Es así que cuando esta clase de recordadores muere de recordar, sin haber escanciado el frasco de su veneno, se ha dado el caso de que algunos hijos, o quizás otros descendientes más lejanos, hereden ese tesoro putrefacto y rencoroso para llegar a ponerlo un día en acción. Porque el recuerdo en sí es ya una acción, como es una inacción el olvido. También sabemos que una de las secuelas de la memoria es la venganza: una venganza en acción es señal de memoria erecta. Aunque de todos modos los hombres tienen mejor memoria que los pueblos. La memoria es una hazaña individual, el olvido es una epopeya colectiva.

Aquello de "San Gregorio" estaba muy próximo. Allí murió gente cuatro años antes, y murió de una manera terrible. Hijos, padres, hermanos, cuñados, tíos de los hombres de Marusia, fueron despedazados a cañonazos, y los gringos, dueños de las salitreras, y las autoridades chilenas de Iquique, al servicio de los gringos, tuvieron que invertir dinero, se dijo, en más de mil ataúdes. O quizás sólo en cavar un agujero lo suficientemente grande como para contener mil muertos. Pero eso no lo han reconocido nunca: forma parte de la llamada contabilidad secreta de las empresas de la Pampa.

Después del carnaval militar de San Gregorio, las autoridades, por encargo de los gringos, dijeron que estaban suspendidas indefinidamente las huelgas, para evitar accidentes de esta clase a los trabajadores. En cada una de las huelgas hay accidentados a montones, pero tan lejos estaban -y están- los Cantones Salitreros entre sí, que la gente apenas se enteraba. Y como al amparo de esta prohibición las condiciones de trabajo

empeoraban, se produjeron protestas múltiples y otro tipo de reclamos más bien moderados, lo cual servía de maravillas a los capataces gringos -como aquel muerto que apareció un día en una calzadilla de Marusia- extremaran sus rigores contra los silenciosos calicheros de tan lejos venidos. Al propagar la novedad de tamaña muerte, más de alguien recordó para sí que fue ese mismo míster el que la semana anterior empujó a Estéril dentro de un cachucho hirviendo, porque Estéril le dijo:

-Pues págame más, señor gringo, si quieres que empuje tu carro tan ligerito.

*****

Era un míster flaco y largo, de cara colorada y respetable nariz. El sargento de Carabineros se rascó la cabeza hasta sacarse trozos de pellejo y escupió un gusto amargo que tenía en la boca. Después ordenó al cabo que procediera. El cabo se agachó con mucho respeto y tomó cariñosamente al gringo muerto por debajo de los sobacos, tratando de arrastrarlo hasta una lona. Fue así que la cabeza del gringo quedó del otro lado, y una masa de sangre seca, del tamaño de una cápsula de algarrobilla, le chocó con la oreja.

Entonces dijo el sargento:

-Oiga, mi cabo, a este míster parece que se lo cargaron.

-Parece. Casi juraría que le deshicieron el zapallo de un mandoble.

El sargento disparó un eructo abotonado y uniformado, mirando toda la calle de través, pero no había un alma a la vista, y -pensó, porque a veces los uniformados piensan-, las puertas estaban más apretadas que culo de condenado a muerte.

-Habrá que buscar huellas- dijo el cabo profesionalmente, tras acostar el cadáver del gringo en la loneta-, ya que la cuestión es saber si lo mataron por aquí o lo vinieron a botar.

-Usted, mi cabo, es un hueveta con patente. Lo único que hay en las calles de Marusia son huellas. ¿Para qué vamos a buscarlas nosotros si están todas allí, a vista y paciencia del populacho?

El cabo ceceó:

-Todos los asesinos dejan huellas, mi sargento.

-Huellas más, huellas menos, a este asesino lo nombrará la Administración, ¿me comprende? No hay para qué masturbarse los sesos buscando.

-Okay- dijo el cabo.

-Nosotros lo fusilaremos no más, ¿me comprende?

Acto seguido les habló a los otros Carabineros para que se llevaran al gringo muerto y lo pusieran a la vista de la administración, con el parte policial pegado a la solapa, que él mismo redactó trabajosamente, firmando abajo con su pulgar derecho.

*****

No hacía todavía tres semanas que en el Casino de los Técnicos de Marusia el gringo había adelantado a su mujer:

-Me huelo que este año vamos a tener otra huelga. Ya andan de nuevo varios cabrones agitando a los estúpidos picasal.

-Después de lo de "San Gregorio"- opinó la dama- no veo francamente cómo pueden quedarles ganas de parar el trabajo.

-Se ríen de los fusiles- dijo el gringo chupando su cachimba, -y se ríen de los cañones. Nunca he visto gente tan condenada como ésta.

-Y tú, Herbert, ¿qué vas a hacer?

-Comprar balas- dijo el gringo, chorreando humo y sudor, o tal vez whisky y humo.

El mozo que les estaba llenando las copas lentamente, y parecía imbécil, contó esta conversación esa misma noche, en

uno de los ranchos-restaurantes, inmundas pocilgas donde los trabajadores pasaban animosamente a dialogar su vino.

*****

Como a la una de la tarde empezó a llover hacia la precordillera y algunas gotas sueltas cayeron sobre los pardos terrones de Marusia. No paró el agua hasta pasadas las siete, igual que en 1911.

En la Administración estuvieron los jefes contemplando el cadáver del gringo, y uno exclamó feamente, golpeando su cachimba contra las nalgas:

-Al señor ingeniero lo mataron los que están organizando el paro.

-¿Cómo así?

-Hoy no ha fallado ninguno al trabajo.

-Hace tres meses que ellos presentaron un pliego de peticiones- observó otro, con acento conciliador-, y todavía no hemos previsto una mínima forma de arreglo-. Se quedó callado un instante oteando al resto. -¿No será demasiado tres meses de silencio?- preguntó.

Pero un tercero miró al sargento, que estaba parado junto a la puerta con la gorra entre los dedos, y le gritó en un estilo muy sonoro y con chilena propiedad:

-El criminal anda suelto por ahí. ¿Qué chuchas hace usted que no lo va a buscar?

Ante lo cual el sargento se cuadró golpeando los tacos y salió a tranco largo gritándole a sus hombres que buscaran los caballos. En la puerta de la Administración chocó con el médico del Cantón de Marusia, que subía trotando los cuatro peldaños de madera.

El médico se paró también junto al cadáver y le miró la herida un largo rato. Luego se la midió, la palpó, escrutó debajo del coágulo, y le olió la boca al muerto.

-Almaceno serias dudas- dijo hipando, con voz ronca, -la herida fue evidentemente abierta por un golpe, pero no es tan profunda ni tan grave como para matar a un hombre. Le faltaron dos o tres golpes como ése y así poder deducir que murió a causa de ellos. También me parece un golpe producido por un costalazo, una caída brutal en tierra provocada por la borrachera. En todo caso, perdió muy poca sangre.

-¿Cuánta, doctor?

-Dos vasos wisqueros hasta el borde, a lo sumo. Además, no murió esta mañana, sino anoche.

Los jefes se miraron:

-No puede ser- mascullló uno -el señor ingeniero acudía a su trabajo cuando fue descendido. Mírele la ropa.

-Yo que usted ni lo repetiría- dijo el galeno -apesta a alcohol.

-¡Carajo!- protestaron los jefes-. ¿Qué clase de médico es usted? Le puede salir salado un informe como ése.

Suspirando, retrucó el recriminado:

-Entonces no me llamen. Yo diagnóstico sobre lo que veo y lo que huelo.

-Estaba muy lejos del Casino- señaló conciliador el jefe conciliante.

El galeno rió bajito y burlón.

-Y más lejos de su casa- observó después-. ¿Qué hacía por allí?

*****

Mientras tanto, por debajo de las gotas de la lluvia y por encima de los terrones blanquecinos de la costra salitrosa,

llegaron los Carabineros hasta el laboreo, donde los hombres reventaban molejones de caliche con los combos de veinticinco libras. Los pedazos saltaban en el aire y el aire estaba espeso y mojado como si sudara bocanadas calientes. De vuelta trajeron arreando a Sebastián Colivoro, chilote de nación, a Rufino Ayaroa, de nación boliviano, y a uno de Calama, grande y moreno, que se llamó Juan Catelicán.

*****

Dijeron que Rufino Ayaroa se cargó al señor ingeniero. Rufino sostuvo que no, que no había visto al ingeniero sino en las faenas, cuando azotaba a los trabajadores con su fusta de domador inglés. Por su parte el mismísimo administrador intervino para agregar que Rufino le guardaba rencor al ingeniero y que la semana pasada quería darle de golpes.

-Esa vez yo lo hubiera matado, con el perdón de los presentes-interrumpió Rufino Ayaroa- porque empujó dentro de un cachucho hirviendo a un peruanito que llamábamos Estéril, porque decía que venía de una tierra estéril.

Esta declaración tomó de sorpresa a todo el mundo. Alguien se rió contento. El Administrador cortó golpeando la mesa:

-A confesión de pruebas relevo de partes- decretó.

Y miró fijamente al sargento. Rufino vio esa mirada, levantó las dos manos y expresó de viva voz:

-Yo no he matado al señor ingeniero. Aquí están mis dos manos, limpiecitas.

La verdad es que estaban sucias, como dos melones arrugados y polvosos, como dos activos pulpos encontrados al sol, con una tosca capa de sal y arena pegada en los surcos.

-Fusílenlo- dijo el Administrador muy excitado.

-Tendré que llevarlo a Iquique, con su permiso- observó el sargento-. La ley dura no es pareja- dijo con hondísima convicción.

La batahola crecía por momentos.

-Pero es que esta alimaña está fuera de la ley- argüía uno, decidido partidario de linchar a Rufino allí mismo.

Sólo un secreto guiño del sargento lo calmó.

*****

Los hombres que habían salido del primer turno estaban ya en los Ranchos, comiendo y bebiendo, cuando pasó Rufino Ayaroa, de Bolivia, con las manos bolivianas amarradas a la espalda, entre guedejas de alambre de púa. Detrás de Rufino, bien atrás, trotaba su mujer, llorando su llanto internacional de un sola hebra descendiendo en trenza. (A la siga de un hombre amarrado hay una mujer que trota siempre).

Los hombres escucharon el lloriqueo de la mujer y miraron y vieron desde lejos a Rufino entre dos caballos montados. Marchaba sobre sus propios pies altiplánicos en dirección de la única puerta de salida que tuvo el campamento. Los caballos le imponían sin embargo un compás de tranco. La mano derecha de Rufino estaba conectada por una cuerda que se anudaba en el arción derecho de una montura. La mano izquierda de Rufino estaba conectada por una segunda cuerda que se anudaba en el arción izquierdo de la otra. Las cuerdas, primero, y luego los brazos y el dolor de Rufino, se ponían tirantes cuando los caballos se apartaban un poco.

Los hombres pidieron más vino a la mesonera del Rancho y se aquietaron escuchando entre las moscas con la cabeza gacha. Solamente media hora después volvió la mujer de Rufino, gastadas ya todas las lágrimas que tenía para él, con su trote

rápido y menudo. Otro diluvio de moscas desembocó en los comedores cuando el sol intervino burlando el cerco de unas nubes extrañas. Y dos horas más tarde regresaron los Carabineros. Venían solos, sin Rufino, y pasaron directamente hacia los edificios de la Administración. Los hombres levantaron la cabeza al ruido de los cascos de los caballos, pero después continuaron como de piedra, mirando, pensando y bebiendo.

Un viejo delgado y estólido, doblado como un arco, barría prolijamente el pasillo exterior de la puerta del administrador, donde jefes y policías estaban reunidos. Oyó estrépito de vasos, escuchó las conversaciones y le dieron una sed perfecta los brindis. A las doce del día vino su mujer para traerle la colación. La mujer pasó de allí a los Ranchos, porque tenía una cuestión urgente que comadrear. Así fue que mucho antes de las cinco de la tarde, todo el Campamento de la Oficina Salitrera Marusia y sus alrededores, sabía que a Rufino Ayaroa lo mataron a siete leguas de los muros del poblado aplicándole el arte de la fuga.

El Sindicato reunió a su directiva no bien oscureció. Un viento helado merodeaba afuera y restos de luna se descascaraban dulcemente sobre los techos. Tomó la palabra su presidente, un iquiqueño algo viejo, voluminoso y huraño. Hasta su palabra estaba curtida. Expuso sin rodeos que la Administración, utilizando la muerte accidental del ingeniero, había iniciado una guerra de provocaciones con el concurso de Carabineros. Aseguró que el inglés se había despachado por su propia cuenta, absorbiendo durante treinta años todo el whisky que pudo trasvasijar en la Pampa, pero que querían cargar su muerte en la cuenta de los trabajadores. Escogieron al boliviano Rufino Ayaroa porque pleiteó con el ingeniero la semana anterior. Señaló luego que la Administración tenía conocimiento del paro que se preparaba en el Cantón de Marusia, y que, en consecuencia, tomó a la volea las clásicas medidas represivas para tratar de frenar la huelga por el miedo, removiendo como un

cercano fantasma la matanza perpetrada en la Oficina Salitrera "San Gregorio", cuatro años antes. Hasta aquí todo era normal, advirtió con voz pastosa, pero en su modesta opinión, la Compañía inglesa estaba llegando muy lejos al asesinar -esa era la palabra- a un compañero injustamente acusado de muerte, sin celebrar siquiera juicio, abrir una investigación o reunir un par de pruebas más o menos concluyentes.

-Por lo tanto- añadió- propongo que adoptemos medidas de urgencia para llevar estos antecedentes a la justicia y a las autoridades chilenas de Iquique.

Se registraron breves carraspeos rotos por silencios cautelosos y expresivos encogimientos de hombros. Todos parecían reflexionar con las bocas sólidamente cerradas. El recuerdo de los dientes perdidos rechinaba recordadoramente a causa de la presión de las mandíbulas, ocasionada a su vez por la presión de las palabras. Al cabo de un buen momento, un hombre se levantó en el fondo de la sala y pidió la palabra.

-La tiene, compañero- dijo el presidente.

El hombre extrajo un pañuelo a cuadros, sonó con estrépito su nariz y recién dijo entonces:

-Propongo que declaremos la guerra a muerte a los gringos.

Dicho lo cual tomó asiento impasible. Todos los ojos enfocaron al hombre, quien volvió a resoplar con la nariz dentro del pañuelo. Incluso estornudó.

-¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, compañero? ¿Es boliviano, chileno, peruano, argentino?- preguntó el presidente con voz suave y un poco fastidiada.

-Yo sólo soy sobreviviente de San Gregorio.

Aquel que dirigía el debate frunció el entrecejo.

-¿Y como sobreviviente cree todavía en las guerras a Fuerte?

-De acuerdo a una larga experiencia, es mejor morir matando que dejarse acribillar amarrado y por la espalda.

-No hay ninguna experiencia en eso, compañero. Usted no ha visto nada todavía.

El hombre adelantó el rostro como tocado en lo vivo de un vasto rencor que pastoreaba por algún lugar de su memoria o de su corazón. Sopló con vigor su aire y volvió a tomar la palabra llevando la cuenta con los dedos:

-A los catorce de mi edad vi morir a mi padre bajo las balas en la Plaza Colón, de Antofagasta.

-Eso ni lo repita. Catorce no es edad para comprender.

-A los quince de mi edad- prosiguió el otro imperturbable- perdí al resto de mi familia en la matanza de la "Escuela Santa María", de Iquique.

-Vamos, vamos, más seriedad. ¿Quién no? Quién de nosotros no? No vaya a creer sobretodo que es usted el único.

-A los veintinueve de mi edad me libré lleno de agujeros cuando cañonearon y ametrallaron la Oficina "San Gregorio". En resumen, he visto durante todo lo que llevo de vida a la clase obrera mendigando y a los patrones disparando por Fuerzas Armadas interpósitas. Para ellos, esto se ha convertido en un deporte. El Ejército es el Partido Militar de los patrones.

Ahora el viento se quiso más helado, pero en el auditorio comenzó a levantarse la presión en mitad de un gran silencio. Las moscas crepusculares zumbaban como bombarderos.

-Todo eso ha sido una mala experiencia- reconoció el presidente del Sindicato, medio pensativo ahora. -Me acuerdo muy patente de cómo fue aquello. Cada día me recuerdo bien.

-Según analizo lo que está pasando- continuó el hombre- las cosas ya no tienen vuelta otra vez. Digamos que el reloj está andando para atrás. La provocación llegará mucho más lejos todavía, apuntando directamente al hueso. En el fondo, deben encontrar un pretexto mayor que el de la muerte del ingeniero

para hacer subir las tropas del Ejército y la Marina. Como de costumbre- dijo.

En líneas generales, el debate tomaba ahora todos los rasgos de la normalidad, pues esta discusión era tan antigua como la primera Oficina Salitrera que abrió su explotación en el Desierto de Tarapacá.

-Una muerte no es un cataclismo ni dos tampoco- opinó un miembro de la directiva sindical mascando su tabaco.

-Aquí hay gente que hizo su Servicio Militar en el Ejército- dijo el hombre- y como yo, miles de veces oyeron decir a los oficiales que mientras la institución existiera, ellos seguirían vengando la muerte del teniente Argandoña.

Un calichero muy joven preguntó:

-¿Y quién es el teniente Argandoña?

-Fue el oficial de Ejército que los gringos y las autoridades chilenas mandaron a "San Gregorio" para empezar la provocación- dijo un viejo lentamente, pero sin mayor expresión en las gastadas palabras.

-Cuando llegó, para probar puntería no más, ordenó una descarga cerrada y mató a cien trabajadores, sus mujeres y sus niños, que se hallaban en un mitin- recordó otro.

La historia relució de golpe en la callada memoria de la audiencia.

-Ahí fue cuando nosotros nos paramos en la hilacha y un compañero (Q.E.P.D.) lo tiró caballo abajo de un balazo.

-Y otro compañero (Q.E.P.D.) lo remató en el suelo con una barreta.

-Quiso meterse de mediador el gringo Jones, capataz de la Compañía, pero era tarde, las cosas llegaron demasiado lejos, y tan rapidito que llegaron, les aseguro.

-Se nos vino encima la batalla campal aunque no estábamos preparados ni armados. O sea como siempre.

-Por ahí alguien tenía un fusilsito.

-Otro sacó su corvo.

-El resto se defendió con las mismísimas herramientas de trabajo, lo que es como batirse a manos peladas contra una ametralladora.

-Al día siguiente subieron dos regimientos y remataron a culatazos a todos los heridos que teníamos en el Hospital. Más de trescientos. Luego repasaron al peine el Campamento entero.

-Usaron las culatas para ahorrar balas.

-Pero después dispararon sobre todo lo que se movía.

-Y como si fuera poco, llegaron también las cureñas y las ametralladoras de la Marina y convirtieron la Oficina "San Gregorio" en polvo, con todo lo que había adentro.

-Yo creo que de los que vivíamos allá nos escapamos nada más que doscientos, porque a otros los tomaron prisioneros y se los llevaron a Iquique, y ahí los torturaron y los fusilaron las "Guardias Blancas", que son civiles para-militares que trabajan con las Fuerzas Armadas.

Después de tamaña explosión memoriosa los hombres parecían perplejos al darse cuenta que todos recordaban, que nadie había olvidado nada. El presidente los contemplaba de soslayo.

-Me están dando la razón- dijo al final, -no se puede pelear honradamente con tanta desventaja. Yo creo duro como fierro que en cada ocasión hay que agotar primero el diálogo.

-El monólogo- corrigió el hombre que había hablado antes que todos, -porque siempre ha sido un monólogo de ellos, y ese monólogo es el camino más corto que encontraron para obligarnos a bajar la guardia cuando entramos en litigio. Con tales métodos no nos dejan ninguna preferencia: es el tómalo o déjalo. Y si lo dejas, además te vas, o te matamos o te encarcelamos. ¿Comprenden? Ahora voy a ajustar más las memorias: antes de abandonarnos, Recabarren dejó escrito que los trabajadores tienen que contar de algún modo con las armas

también, para lograr sus objetivos sociales y políticos. En "San Gregorio" nosotros habríamos ganado si hubiéramos desarrollado a tiempo la preparación de la autodefensa. Pero ahora que todo el maldito ciclo recomienza de nuevo, puesto que han tirado nuestro Pliego de Peticiones a la basura, estamos justo a tiempo para cambiar de métodos.

-¡No a la aventura, compañeros!- El presidente había golpeado la mesa con un puño extremadamente violento. -¡Yo votaré siempre en contra de los métodos anarcos!

Comenzaba a discutirse en voz alta, como siempre. Como siempre, todo el mundo quería opinar.

-Vea lo que son las cosas- comentó el hombre con cierto sarcasmo agazapado en la voz: -ahora los anarcos son ellos.

-¿Ellos?

El hombre contrapreguntó sobre la marcha para impedir mayores interrupciones:

-Dígame, ¿quién gobierna en este momento?

-Arturo Alessandri Palma, como todo el mundo sabe.

-¿Desde cuándo?

-Bueno -el presidente acusó una vistosa vacilación -lo acaban de poner de nuevo.

-Exacto. Y a comienzos de año también gobernaba él. Pero el Ejército lo botó en beneficio del Coronel Carlos Ibáñez del Campo, luego botó a Ibáñez para reponer en el poder a Alessandri, y todo hace suponer que no durará mucho tiempo ahí arriba, porque la guerra sucia entre estos dos caudillos reaccionarios continúa.

-Usted predice en el aire- dijo el presidente.

-Yo predigo en la tierra- contestó el otro. -Los explotadores se encuentran divididos y en plena anarquía, las elecciones se fueron al tacho, los golpes y contragolpes militares se suceden, y hay dos fracciones bien visibles disputándose el poder. Bien es verdad que la reciente muerte de Recabarren, y

mismo la de Lenin, son una gran pérdida para los que nos ganamos la vida con las manos, pero ellos tienen también sus encontrones con la adversidad: divididos como están, no pueden atacarnos con mucha fuerza. Al contrario, pienso que nunca los hemos tenido tan a mano y tan vulnerables.

El presidente del Sindicato paseó un poco entre las sillas, como para airear o motivar mejor sus desacuerdos.

-La lucha de clases parece tener límites- observó por fin, con un dejo de dulzura casi pedagógica -o deberíamos ponerle un límite, de lo contrario nos llevará a un atolladero sin salida. El mundo está cambiando.

-El mundo está cambiando, pero acá, nosotros nos encontramos en plena Edad Media. Tenemos que recorrer paso a paso un camino que muchas otras naciones ya cubrieron. Allá ellas, acá nosotros. Y no olvide nunca que la lucha de clases es una guerra de clases. Hay que meterse eso en el cráneo porque es el único rasero con que nos dejarán medir las cosas en su punto.

-¿Y dónde coloca usted las ideas? ¿Quiere negarme el peso, la fuerza, el valor de las ideas?

-Jamás. Al contrario: léase usted al Pelado.

El presidente lo contempló de reojo, con visible inquietud, con ojos un poco estrábicos, subvertidos por una cólera creciente. Se creyó agarrado para el soberano hueveo, diría después, cuando se lo preguntaron en la Fiscalía Militar. A pesar de todo, sacó a relucir un hilo de voz:

-¿El Pelado? ¿Qué Pelado?

-El Pelado Lenin. Escribió negro sobre blanco que la forma más alta de la lucha de clases es la guerra civil, y que llegado el momento, los patrones, chilenos o extranjeros, como es el caso nuestro, apoyados por el lacayaje militar, no vacilarán jamás en desatarla. Le garantizo a usted que una idea sin armas es más débil que un arma sin ideas. El ideario obrero desarmado no

podrá imponerse jamás. A lo sumo, cuando perdamos definitivamente, sólo podremos aspirar a la compasión, y eso, si se dignan compadecerse nuestros vencedores.

-¿Usted leyó eso? ¿En un libro? ¿En un periódico?

-Con estos ojos navegados a los cuales usted les está haciendo el quite.

El presidente se rascó entonces la coronilla y parecía cada vez más confundido. Tratando de encontrar una salida de emergencia retrucó casi amenazante:

-Mire, compañero, nosotros no lo conocemos muy bien, puede ser hasta un provocador a sueldo de la Administración. ¿De dónde saca todas esas cosas?

-Anduve embarcado tres años y conozco medio mundo. Una vez llegué a la URSS. Por el camino fui aprendiendo lo que muchos trabajadores no saben o no quieren saber: sólo un ejército proletario puede arrebatar el poder al ejército de la burguesía. No puede tratarse de voto contra fusil, ¿me comprende? Y si no me cree, repase también a Recabarren, por ejemplo estudie la Conferencia de Rengo, escrita poco antes de su suicidio. La editó él mismo, con sus manos, después de leerla en público.

-Oigame- dijo el presidente del Sindicato, -usted está equivocado: ¿cómo vamos a hacer la revolución desde aquí, una pobre y triste Oficina Salitrera perdida en el Desierto?

El hombre se sentó cruzando las piernas, suspiró cansado, miró uno a uno los rostros que vigilaban sin reposo todos sus movimientos.

-No se trata de hacer la revolución- dijo al fin- sino de defendernos y obligarlos a pactar. ¿Sabe usted cuántos pampinos trabajan en el salitre?- Y tras una pausa de efecto: -Mucho más de cien mil, si suma sus mujeres y sus hijos mayores. ¿Y sabe cuántos soldados hay en todo el norte? Cinco regimientos- dijo Respondiéndose otra vez a sí mismo. -Es decir menos de diez mil

hombres desperdigados en dos grandes provincias. En esta parte yace el salitre, la principal riqueza del país, y aquí se encuentran sus puertos de exportación. Llegado el caso, podemos bloquear estos puertos desde la Pampa, como lo hizo, al revés por cierto, la Marina, con la ayuda inglesa, cuando en 1891 derrocaron al presidente José Manuel Balmaceda y desataron la guerra civil, ensangrentando el país entero. De eso hace apenas treinta y cuatro años. Si ese plan militar resultó, el nuestro no tendría por qué ser malo.

Una voz se alzó en otra parte de la sala. Preguntó:

-¿Y las armas?

-¿Las nuestras? También las tiene el enemigo. Hay que ir a buscarlas donde están.

Murmuró otra voz:

-La Pampa produce salitre nada más. Aquí no viven ni los lagartos.

Alzando la mano, el hombre mostró hacia el techo, en dirección del este, de la Cordillera de los Andes.

-Para abastecernos contamos con toda la franja agrícola de la precordillera. Esa región es muy difícil para el ejército a causa de la altura. Acuérdense de la Guerra del Pacífico: los soldados chilenos fueron incapaces de pelear en Puno. Si no han nacido en la altura no pueden combatir ni moverse allí normalmente. Se apunan: el mal de las alturas los revienta.

Y aún otra voz:

-¿Qué es lo que se propone, pues? Deberíamos votar una propuesta.

-Permiso, compañero- dijo el hombre al presidente, -propongo que organicemos rápidamente dos comités, que llamaríamos "Político" a uno, y "Militar", al otro. A cargo de las mujeres debería quedar un tercer comité, de "Organización y Administración". Y podríamos crear un cuarto comité, de "Enlace", para contactar a los otros Cantones. Si no logramos

generalizar el movimiento, podemos darnos por vencidos de antemano. Todo depende de la unidad que podamos construír.

Se acantonó un desconfiado silencio en la sala. A las dos de la mañana, el silencio es más grande, más callado, más audible todavía en la Pampa. Como no hay pájaros, ni animales, ni reptiles, ni árboles, ni arroyos, cuando el hombre reposa, el viento remuele. Es un único rumor el del viento chocando contra las puertas, las ventanas, las paredes y los techos de los pueblos vivos y de los pueblos muertos. Contra los párpados y el sueño cerrado a plomo por el cansancio y la desesperación de los días tan extensamente limitados.

-Compañero, usted está loco- dijo estupefacto el residente del Sindicato.

El otro encogió los hombros reduciendo un poco su estatura.

-Me llamo Gregorio Chasqui- respondió. -Si se decide antes de que le caiga el mundo encima, grite. Pero no me vaya a echar la culpa a mí si cuando quiera pegar el grito ya nos tengan a todos con la boca llena de tierra.

*****

Antes de lo que suponía Gregorio Chasqui, y antes de lo que creyera el presidente del Sindicato, algo, un suceso nada de banal, repercutió de feo modo en el concierto de las vacilaciones. Sucedió que penas un día después de la reunión someramente descrita, estando la noche de bruces escarbando sobre Marusia, Sebastián Colivoro, nacido muy al sur, en la Isla Grande de Chiloé, penetró en uno de los Ranchos con el sediento propósito de beber. Sebastián fue, en vida del extinto, inseparable amigo de Rufino Ayaroa. Cuando a éste lo fugaron hacia los salitrales del

infierno, manifestó en repetidas ocasiones que aquella muerte lo había dejado con sangre en el ojo.

Pues bien: esa noche, con sangre en el ojo, y tres botellas en las venas, vio entrar al cabo de Carabineros que condujo a Rufino hacia su invisible muerte. El cabo, como era costumbre en el país, decidió pasar a refrescar la garganta cuando se encontraba de guardia en las calzadillas de Marusia, y la trágica historia de la Oficina quiso que escogiera, para saciar su ingobernable sed, justamente el Rancho donde rumiaban callados furores Sebastián Colivoro y su sangre en el ojo. El cabo iba acompañado -reglamentariamente- por un Carabinero raso, pues la ordenanza les prohibía patrullar a solas. El cabo parecía mucho más eufórico que su subalterno, ya que éste manejaba intenciones diferentes y miraba con uniformado apetito en dirección de las humildes mozas del servicio.

Sebastián Colivoro vigiló largamente a la pareja policial sin hacerse notar, y luego abandonó el local. Como corresponde, el cabo no pagó su consumo ni la mesonera habría querido obrárselo, para evitar represalias. Empujó fea, despreciativamente, su último vaso, concretamente limpio, echándolo a correr sobre el mostrador, y dando una escueta orden a su subalterno, se dirigió a la puerta. Detrás de ésta, una espesa sábana de bruma tapaba la calzadilla. Fue lo último que vio el cabo a través de sus ojos turbios. La rancia puñalada de Sebastián Colivoro le abrió la garganta con una transparencia y una eficacia artesanas y el uniformado cayó de bruces sobre las piedras oscuras y quietas detrás de su chorro de sangre.

*****

-Estos no son métodos de la clase obrera- dijo Domingo Soto, el presidente del Sindicato a la patrulla policial que lo sacó de la cama faltando diez minutos para las tres de la madrugada -

ni tampoco ese señor es miembro de la dirección- afirmó, refiriéndose sin duda a Sebastián Colivoro.

-No importa- replicó el sargento que lo empujaba, -ahora tendrán que amarrarse los pantalones con alambre de púa.

En el local de la Administración había luces en todas las oficinas. El teniente Bertoldo Gaínza, recién llegado de Iquique en horas de la tarde, mascaba una humeante taza de café negro matizado de aguardiente, cuando entró Domingo Soto. A su lado, el Administrador, el Subadministrador y algunos directores de sección, paseaban falsamente enfurruñados. Por ello a Soto le pareció que todos se solazaban secretamente, con el colorido solaz de los vencedores, y acordándose de Gregorio Chasqui, no pudo evitar un estremecimiento. Los hechos le estaban dando la razón al otro: la Compañía tenía todos los ases en la manga, confesaría más tarde que pensó en ese momento.

-Dígame Soto- preguntó el teniente Gaínza -¿dónde está Colivoro?

-En su casa.

-¿Cómo lo sabe?

-No lo sé. Pero son las tres de la mañana y éste es un campamento cerrado donde nadie puede esconderse de nadie. Si no está en el laboreo cumpliendo turno de noche, estará en su casa.

-Nadie puede esconderse de nadie- repitió el teniente, aprobador, mirándolo de lado. -Quiere decir que si yo fusilo a Colivoro no tendré escondite seguro para resguardarme de sus asesinos.

-Esos no son métodos de la clase obrera- observó de nuevo Domingo Soto -pues nuestra única arma es la lucha legal en el marco de las instituciones democráticas.

-¿Y le parece democrático degollar a un policía de servicio?

-Si usted me permite, aquí están ocurriendo hechos muy extraños. No es democrático asesinar a un policía de servicio, pero tampoco es democrático ni justo asesinar a un trabajador acusándolo sin ninguna prueba de otro asesinato. Con tales métodos las pasiones tienden a ponerse de punta y todos salimos perdiendo. Lo difícil después es restaurar la paz.

-A mí no me interesa la paz- afirmó Gaínza con acritud, -me interesa aclarar qué están manejando ustedes detrás de estas muertes.

-Mas bien parecen muertes causadas por malos entendidos.

Gaínza paseó un poco de arriba a abajo, de costado a costado, y de repente lo encaró de nuevo. Los rostros inmóviles lo estaban poniendo nervioso, diría también más tarde.

-Un día antes del asesinato del cabo ustedes citaron a una reunión sindical. Yo voy a escuchar atentamente lo que me va a contar sobre ella. Todo- dijo, de repente imperativo.

Pausa.

-Les pregunté a los compañeros su opinión sobre el asesinato de Rufino Ayaroa.

-Ley de fuga- aclaró el teniente Gaínza. -Es un acto perfectamente legal si un acusado se opone a la requisitoria de aprehensión o pretende escapar cuando es conducido a la justicia.

-Nadie lo vio fugarse- dijo Soto. -Ayaroa no podía huír en el Desierto, entre dos policías montados y armados, y amarrado como lo llevaban. Además, hay varios días de camino para un hombre a pie, y ni siquiera un tamarugo donde esconderse.

-Yo represento la ley. Le garantizo que Ayaroa intentó la fuga.

-Usted no estaba allí.

-Usted tampoco.

Nueva pausa.

-Ahora vuelva a su reunión y no me omita detalles.

Domingo Soto guardó un molesto silencio. Luego dijo:

-Decidimos enviar algunos compañeros a Iquique para informar a las autoridades y a la justicia en forma directa.

-¿Qué género de informe?

-Nuestra versión de los hechos.

-Muy bien. Dado el rumbo que toman los acontecimientos, le comunico oficialmente que están prohibidas las huelgas y las reuniones dentro y fuera del Campamento. Nadie podrá entrar ni salir hasta nueva orden. No se permitirán las ausencias en el trabajo. Y -recalcó lentamente- Sebastián Colivoro será fusilado junto a quienquiera que se encuentre con él cuando lo apresen. Deberá salir de inmediato a la calle y entregarse.

-¡Pero eso no es posible!- susurró la voz grave, preocupada, de Domingo Soto, el presidente del Sindicato. Hablaba como para sí mismo.

-Verá con sus propios ojos si es posible o no- remató el teniente Bertoldo Gaínza, vaciando con un seco golpe de mano el resto de su regado café.

*****

En la precisa mitad de la noche, allí donde cuajan los presagios de Marusia y tiembla la inexistencia de los grillos, allí donde sólo la luna habita todo el año y la nube vencida es una ausencia más próxima de la leyenda que del recuerdo, Gregorio Chasqui escuchó de repente cómo algo rascaba despacio en el alféizar de una de sus ventanas. Estaba vestido, echado sobre la cama, fumando, con los duros ojos clavados en las arrugas pardas de la calamina, invisibles a causa de la oscuridad, pues había extinguido la lámpara.

-¿Qué cosa? ¿Quién?- preguntó Selva Saavedra, agobiada por un medio sueño que no se decidía a tumbarla enteramente.

-No te muevas - dijo Gregorio -y no digas nada.

Continuaron a la escucha. El viento del Desierto, dueño de la noche, gélido y compacto, barría con suavidad las calzadillas abandonadas y azotaba contra sus marcos astillados las puertas muertas de los pueblos muertos, haciéndolas girar sobre sus goznes de cuero podrido. Las noches del Desierto crujían a causa de las cosas muertas que la poblaban. La tarea del viento era ayudarlas a crujir.

De nuevo el arañar solapado volvió a poner en tensión a Gregorio y Selva. Era esta vez un arañar más audible, más preciso, más intencionado, e inevitablemente humano: en la Pampa no hay perros ni gatos ni ratones ni serpientes ni arañas ni murciélagos ni mariposas nocturnas ni fantasmas, pues es enteramente inhabitable a causa del calor y del frío, a causa de la sed y del hambre, a causa del ruido y del silencio. Sólo el hombre se aventura allí cuando su vida es tan poca cosa que no le importa perderla. Gregorio se levantó en silencio y puso una oreja junto a los maderos de la pared arañada para escuchar mejor. Le pareció ahora percibir mejor y se dio cuenta que eran uñas las que rascaban y que ese rascar constituía un mensaje o una llamada dirigida a él. El intempestivo sonido prosiguió royendo el silencio con intermitencias. Y después Gregorio creyó también oír un delgado sollozo. Comprendió. Acercando su boca a un intersticio de la pared dijo susurrando apenas:

-Lárgate, hermano. No puedes entrar aquí.

Las uñas se quedaron calladas.

-Cómo no va a poder -dijo la voz semidormida de Selva -si ésta es una casa sin puertas.

-Ahora mismo- añadió Gregorio -lárgate, no me rondes la casa.

Al cabo de unos segundos, la voz de Sebastián Colivoro, asesino del Carabinero, hermano de Rufino Ayaroa, exclamó muy bajito:

-Oyeme, Chasqui, ¿cómo vas a dejar que me maten?

-Cierto- dijo Selva -¿cómo?

-Tengo mucho que hacer, Sebastián, si te escondo, nada de lo mucho que tengo por hacer será hecho.

-Hablas como un descastado traidor- recriminó con amargura la prófuga voz del otro lado de la madera -que sin ninguna duda venía también del sur-. -Tenía que matarlo a ese cabrón- hipaba -¿qué les pasa a ustedes que ninguno quiere brindarme ni siquiera una pulgadita de ayuda?

-Déjalo entrar, Gregorio- dijo Selva, atrapada en la maraña de su somnolencia -y dale de comer.

-Van a fusilarte, Sebastián, y se echarán también al que encuentren contigo-. Sonó su nariz con un gran pañuelo a cuadros. -Raja a toda vela de tu mujer y de tus hijos porque...digamos que no tienes vuelta.

Pasó un nuevo silencio muy amargo:

-Gregorio.

-Díme.

-Fondéame apenitas por el día de mañana no más. Tengo tanto frío. Cuando caiga la noche...

-No puedo.

-...bajaré a Iquique por los caminos bolivianos.

-Si llegas te estarán esperando. Iquique es una ratonera para cualquiera de nosotros.

-Me alistaré en otra Oficina de Tarapacá, o en otra más abajo, al sur, una que quede lejos.

-Ya está tu foto pegada en todas las Comisarías.

-¡Carajo pues! Subiré a la cordillera y me guardaré en los poblados de la Puna, le pediré ayudita a los indios, no puede ser que no haya en toda la tierra un lugar, me voy con los indios- insistía agobiada la voz que tiritaba pegada a las persianas, detrás de los vidrios.

-Gregorio, no vayas a dejar que lo maten- dijo Selva como si estuviera soñando.

-Hay cien kilómetros cuesta arriba- explicó Gregorio -y están plagados los caminos de retenes de Carabineros. Por qué no quieres entender que ya estás muerto?

-¿Y qué debería hacer pues?

-Monta una buena carga y dinamítales el cuartel. Así te llevarías a unos cuantos y nos ayudarías grandemente.

-¿Ayudar a qué, Gregorio?

-No puedo decírtelo porque apenas te agarren serás cortado en pedazos para que hables antes de fusilarte. ¿Me oyes, Colivoro? Y ahora deja de rondar mi casa y apechuga solo.

-No entiendo nada- reconoció el que estaba afuera, con dolorosa ignorancia.

-Que entre y descanse, Gregorio, para que entienda- dijo Selva moviéndose en la cama.

-Mejor- dijo Chasqui.

-Me voy solito pues.

-Es lo mejor- repitió Chasqui.

Se quedaron los dos callados. Una ráfaga de viento hizo crujir lo que llamaban casa. Gregorio se dio cuenta que el otro seguía estando afuera, como esperando una última palabra.

-Oye- musitó quedamente.

-Oye, oye- dijo Selva.

-¿Qué, Gregorio?

-No digas nada cuando te vayan a disparar, porque así los fusiladores no notan que uno tiene miedo.

*****

A las once de la mañana, muy borracho, estaba Sebastián Colivoro en uno de los Ranchos, cuando entraron los

Carabineros advertidos por el concesionario. Entre golpes y gritos se lo llevaron esperando pacientemente que llegara y pasara la lluvia de la una de la tarde -que tenía que caer igual que en 1911-, para cumplir con la orden de ejecución inmediata. Gaínza se había enterado de la captura media hora después, cuando se dirigía a la Administración para almorzar allí y discutir las nuevas instrucciones. A fin de causar un buen efecto entre sus indirectos patrones, ordenó, atando una servilleta a su cinturón, que sólo la mujer de Sebastián Colivoro fuera autorizada a presenciar el fusilamiento.

-No es bueno que vean a Carabineros cumpliendo las tareas que competen a los militares- explicó a sus anfitriones.

Gregorio Chasqui acometía su turno de trabajo en la Torre de Control de Tráfico -donde llegaban y desde donde partían los pequeños trenes calicheros hacia y desde los Frentes-, cuando surgió Domingo Soto trepando por la escalerilla de hierro en espiral. Venía solo para no despertar sospechas según explicó.

-Encargue a sus hombres de más confianza que reúnan dinamita y fusiles- dijo Gregorio brevemente, mientras anotaba el número del convoy que salía.

-Vengo a hablarle de Colivoro.

-Ya está muerto, no hay nada que hablar. Diga a sus hombres que saquen dos cartuchos de cada tiro y los entierren cerca del Muro del Este sin apretarlos mucho. En fin, ellos saben.

El presidente del Sindicato tosió sofocado.

-Un hombre va a morir- dijo.

Gregorio dejó de mirar las vías férreas desde lo alto. Puso una mano pesada y persuasiva sobre la espalda del otro y lo empujó hacia la puerta.

-Otro hombre va a morir- corrigió con severidad. -Domingo- añadió en seguida -Sebastián Colivoro cometió un error: ahora habrá una carnicería porque les ha dado el pretexto

que buscaban. Jamás ellos se allanarán a aceptar que se trata de una responsabilidad individual, como es el caso, porque les interesa por sobre todas las cosas cargar el hecho en la espalda de todo el Campamento. No nos queda otra alternativa que juntar dinamita y avisar a los demás Cantones. Es indispensable, claro, preparar lo huelga general, pero al mismo tiempo, le repito que vaya pensando en la resistencia. Si no nos defendemos esta vez, las matanzas van a parecer un circo semanal. Conoce el dicho: ¿"No es culpa del chancho sino del que le da el afrecho"? Bueno, no les demos más afrecho. Tendrá un proyecto de defensa a más tardar mañana por la noche.

-Yo sabía que usted estaba loco desde que lo vi- dijo Domingo Soto.

-Cruzar los brazos cuando se tienen responsabilidades como las suyas es una traición- dijo Gregorio -y un traidor es muchas veces peor que un loco. No olvide nunca que defenderse es uno de los derechos del hombre, sobre todo en una época como ésta en que no tenemos ningún derecho.

-Lo dije desde el primer día- siguió Domingo Soto moviendo la cabeza de lado a lado.

-Es posible que otra vez nos maten a todos- admitió Gregorio -pero creo duro como fierro que los trabajadores más jóvenes, especialmente aquellos que trabajan en los otros Cantones, tienen derecho a un acto de dignidad que no les ha dado nadie en lo que va de siglo. Hay que decir de algún modo que no se puede confundir a un trabajador con el cordero de la fiesta. Nuestra miseria económica no debe ser a la vez miseria moral, no tiene que ser una confesión de indefensión absoluta ni una forma de sumisión permanente. En alguna parte, dentro de nosotros, debe haber algo que verdaderamente resplandezca. Ayúdeme a encontrarlo, para que así nos vean desde lejos.

*****

Sebastián Colivoro había olvidado las palabras de Gregorio Chasqui. Había olvidado en realidad casi todas las palabras. Pero miró al sargento, que estaba sacando un pañuelo verde mohoso de su bolsillo, y le dijo:

-¿Oye, por qué te has vuelto tan carnicero?

La mujer de Sebastián se sentó en un altillo de arena y empezó su veleidoso modo de llorar, arrugada y chiquita como un negro pájaro mojado. El sargento le vendó los ojos al condenado y el condenado dijo:

-Me vendas los ojos porque no quieres que te mire.

El sargento no podía anudar el pañuelo a causa del temblor de sus manos. Pensó que le temblaban porque contra ellas golpeaban los sollozos duros y negros de la mujer de Colivoro. Le lanzó una mirada de presuntuosa cólera.

-Ya ves- seguía diciendo Sebastián, -como vas a cometer un nuevo crimen empieza a tiritarte la conciencia.

Fue en ese punto del monólogo que el sargento, humillado y ya muy confuso, le envió un rodillazo en los riñones. Sebastián Colivoro sacó cascarillas del Muro del Este de Marusia con la frente (aquél por donde aparece el sol). Se quedó allí, afirmado en los viejos ladrillos revocados con cal, como un hombre que busca reponerse de un dolor muy viejo y muy imperativo. Sin embargo, en pocos segundos volvió a la carga:

-Bien buena- rezongó hipando -o sea que además de fusilarme me sacas la cresta aprovechando que tengo las manos amarradas.

El sargento encogió otra vez la espalda, visiblemente excedido.

-Oiga mi cabo, dirija usted- ordenó.

-No puedo, yo no he fusilado nunca.

-¡Qué importa, carajo, echando a perder se aprende!

El cabo vaciló. Luego allegó la boca a la oreja de Sebastián Colivoro y preguntó en voz baja:

-¿Tienes algún deseo especial, el último?

-Sáqueme la diuca y aguántemela un ratito, que estoy que me meo. No quisiera mojar los pantalones, mi cabo.

-¡Ah no!- vociferó el cabo retrocediendo -¡no tengo atribuciones para tan poco!

La mujer de Sebastián, de tanto contener el llanto, tenía hipo. Era un hipo flaco, menudo, saltarín, que golpeaba desde lejos, a pesar del viento. Se iba lejos para abajo, estrellaba el amarillo blancuzco del Muro del Sur, el Muro con el que topeaba el viento que venía de la distante, de la nebulosa, de la llovida isla de Colivoro, desgarrando de paso las velas de "El Caleuche". Desde allá también se divisaba la cornisa frontal del Cementerio, a horcajadas sobre la colina, pero Colivoro parecía no prestar atención a eso todavía. Escuchando primero el llanto y luego el hipo de su mujer volvió los ojos vendados hacia el cabo:

-¿Quiere hacerme un favor, mi cabo? Dígale a mi mujer que no llore, que la muerte no es de otro mundo sino más bien de éste, y que a cada santo le toca su vela.

-¡Cállate!- rezongó el cabo, que trataba de mantenerlo erecto contra los ladrillos - respeta siquiera tu propia muerte.

Sebastián abrió un poco las piernas para tambalear menos y sacó un digno y ufano pecho, en cuyo interior debería llover torrencialmente apenas en un obscurísimo instante más.

-Ay mi vidita- dijo.

Cuando sonaron los disparos, todos a destiempo, el cuerpo de Sebastián Colivoro se aplastó exageradamente contra el Muro del Este, pero en seguida voló grácil hacia atrás, ovillándose de un modo acurrucado encima de la dura costra de salitre. Corcoveó un poquito y luego se plantó de plomo en infinita inmovilidad, porque las balas eran balas de carabina.

*****

Llovió tres días más entre las tres y las siete de la tarde, igual que en 1911. Soplaba fuerte el viento del Desierto, un viento que llamaban calameño, pues venía del lado de Calama. El invierno boliviano -que en la Pampa se da en plena estación veraniega- llenó de nieve los picos más lejanos y altos y la lluvia mojó las carreteras y las calzadillas. Nadie pudo pasar hacia Arica ni bajar hasta Iquique. Cuando vio venir el temporal, la Administración pensó que no tenía ninguna importancia comunicar a la Central de Antofagasta la muerte del cabo y el fusilamiento de Sebastián Colivoro. El informe, que se conservó en la Tenencia de Carabineros de Marusia, dio al cabo por muerto en accidente de servicio. Colivoro no tuvo derecho a muerte certificada. Llegado desde la Isla Grande de Chiloé quince años antes, sólo su mujer podía reclamar. Pero, de acuerdo a las leyes tácitas de la Empresa, la mujer tenía que desocupar su vivienda y abandonar el Campamento en el plazo de un mes, en caso de fallecimiento del marido. La misma regla regía para la mujer del cabo. La única posibilidad de permanecer en la zona era el ejercicio de la prostitución.

En una colina breve y endurecida, cercada por las dunas, desde la cual se ve aún hoy perfectamente el muro de los fusilamientos, una colina que todavía alza sus gastados torreones, amoratados por la sangre vaciada bestialmente en nombre de un orden, de una prosperidad, de una libertad y de un progreso apócrifos, de animal estirpe, está el Cementerio. Muy próximos el uno del otro, pero no revueltos, como en la vida, los hombres sepultaron al cabo, sirviente de la vieja carroña imperdonable, con la garganta rota. Un día después, a Sebastián Colivoro, chilote de nación, con la espalda cubierta de agujeros -seis en total-. A causa del golpe ominoso de los terrones contra las feas tablas de las cajas, Marusia se recogió un instante sobre

sí misma, y todo pareció volver a la normalidad. La esquiva, la breve. La imposible.

Ay de Marusia.

*****

El teniente Bertoldo Gaínza acompañaba esa noche a la mujer del Administrador. Se trataba de aligerar sus respectivas soledades, confesaría más tarde eufemísticamente. El Administrador pasaba con frecuencia sus fines de semana en Iquique, probablemente afinando la habitual colusión entre los representantes del gobierno y los inversionistas extranjeros. Esta colusión se dirigía en forma natural contra los intereses de los trabajadores chilenos, argentinos, peruanos y bolivianos, que ganaban su magro pan de piedra reventando terrones de caliche con sus combos de hierro de veinticinco libras de peso.

La mujer del Administrador era por ese entonces "una rubia comestible y activa" en opinión de sus descorteses admiradores, entre los cuales se contaba un buen porcentaje de oficiales de diversas armas que frecuentaban a la pareja, sea en los puertos de embarque, sea en la Pampa. Uno llegó a sostener que con voluntad y esfuerzo había llegado a convertirse en "una inglesa horizontalmente apta". Otro habría retrucado que en la soledad de la Pampa hasta una huanaca compite en estas lides cuando los fantasmas del hombre ponen en erección la frugal poesía del hombre, esa poesía perpetuante en que inscribe su esperma. El teniente Gaínza, murmuraban, utilizando las escatológicas metáforas pampinas, era uno más de los que "deshollinaban la chimenea nupcial del inglés" cada vez que sus deberes guerreros lo conducían a la residencia enclavada en un discreto rincón de Marusia, dotada de piscina y cancha de tenis, protegida por un cerco de arbustos achaparrados que ocupaban

la mitad de las escasas reservas de agua para mantenerse vivos y proteger la intimidad del jefe y de sus huéspedes.

Esa noche aciaga Bertoldo Gaínza estaba allí, creyendo que escuchaba llover, pero equivocándose, y oyendo sin embargo verdaderamente respirar la boca entreabierta de la mujer junto a su oreja. Condecorado con abundante whisky poco después de medianoche por su corta y húmeda hazaña, miró su reloj, abandonó el lecho y se vistió, abotonando su guerrera en silencio, y ajustando el cinturón, al que fijó la cartuchera del revólver después de hacer girar la nuez del cargador para comprobar que todo estaba en orden. Abandonó con sigilo la vivienda utilizando la puerta trasera, como un ladrón de honras eficaz, sigiloso y competente. Cabe añadir que sólo en aquel género de correrías no le estaba tácitamente prohibido llevar consigo un ordenanza, de manera que cada uno de sus nocturnos regresos solitarios, a menudo exacerbados por el excelente alcohol escocés, le llenaba el corazón de extrañas y acuciantes aprensiones. Sobre todo, en aquellos días, tomando en cuenta la situación de violencia que vivía la Oficina. Es verdad también que las calzadillas de Marusia no resultaban terreno apropiado para las noctámbulas correrías de un oficial ebrio.

Desde el Barrio Inglés -ése es su nombre incluso hoy en día en cada Oficina sobreviviente- hasta el sector donde se encontraba la Tenencia de Carabineros, mediaba un buen trecho. La primera parte del camino discurría junto a las desiertas canchas de tenis, varias de las cuales estaban rodeadas por alambradas de púa, para impedir el ingreso de los niños pampinos a ellas. Otro trecho de la ruta bordeaba la piscina de los empleados y técnicos, cercada por sotos cubiertos de polvo, y sobre todo, la fuliginosa ceniza perpetua que el viento arrastraba desde el Molino. Esta ceniza se repartía como una funeraria mortaja blancuzca por los techos y las paredes de todo el Campamento. Más abajo, cuando el teniente atravesó el Barrio

de los Empleados y Técnicos, el paisaje cambió. Las casas se apiñaban y habían empequeñecido visiblemente en relación con las villas del Barrio Inglés. Debía cruzarlo medio a medio y luego internarse un poco junto a las primeras pocilgas del Barrio Obrero y los barracones para solteros, protegidos malamente por la vieja calamina agujereada que no lograba contener el viento. Recién entonces uno se topaba con el edificio y las cuadras que ocupaba la guarnición policial. Estaba situada allí por razones estratégicas, o quizás, tácticas: protegía dos puntos vitales de Marusia: la Torre de Control de Tráfico y la puerta de acceso al Campamento, que, como buena parte de los poblados salitreros apartados, había sido amurallado al estilo de una fortaleza.

Gaínza dijo que esa noche no tenía miedo. Había aflojado el revólver de servicio, pues, como dijimos, vestía su uniforme, para tener a mano una excusa si se le sorprendía rondando junto a la casa de la Administración. Y no tenía miedo, además -esto no lo dijo- porque conservaba en la mano izquierda la botella con los restos del whisky. Esporádicamente la llevaba a los labios, sin muchas precauciones, mientras avanzaba: era raro encontrar a alguien después de medianoche, y si ello ocurría, se trataba solamente de algún bebedor retrasado que volvía a su casa tambaleando. Eran las dos de la mañana, cuatro días después que la tierra recobró el cuerpo de Sebastián Colivoro para devolverlo al sur por el subterráneo y suntuoso camino de las raíces invisibles y de los ríos hundidos.

Cien metros antes de llegar a la vista de su guarnición, cruzando la pequeña plaza esmirriada y pelada, el teniente Bertoldo Gaínza creyó descubrir en una de las lóbregas bocas de los pasajes del conventillo, algo como una sombra que se movía. No había luna todavía, pero la noche estaba menos cerrada que otras noches y el oficial lograba ver con cierta claridad hasta cincuenta metros de contorno. Acababa de succionar un buen sorbo, y mientras asimilaba el sólido sabor descendiendo gaznate

abajo, tuvo de nuevo la fugaz visión. Según le pareció, dijo, la sombra había surgido en el marco oscuro del pasaje, pero al verlo, retrocedió casi instantáneamente fundiéndose con la obscuridad.

Dijo también que se había dicho:

-¡Ea! Alguien te sigue de cerca o te espera.

Por eso, en lugar de proseguir caminando, se parapetó tras el tronco del único pimiento de la plazoleta y extrajo su arma de servicio. Aguardó un minuto. Ocultó la botella en un hueco del tronco. Entonces vio la silueta con toda nitidez. El hombre parecía examinar la calle y se movía con sigilo, como si temiera dejarse ver o hacer ruido. Abandonando toda prudencia, Gaínza abrió fuego. Disparó tres veces inundando la noche con ruido de vidrios astillados, temblores de estrellas y quejidos agoreros. Echando a correr tuvo tiempo de ver que el hombre se desplomaba en plena calzadilla.

Entró como una exhalación en la Tenencia y gritó heroicamente señalando al exterior:

-¡Rápido! ¡Doblando, a la izquierda!

Los carabineros de guardia habían escuchado los disparos y procuraban conjeturar su dirección. Al oír la orden perentoria del teniente Gaínza, cuatro de ellos cogieron sus carabinas y se lanzaron a la calle, parapetándose en los intersticios y sinuosidades del encinto que protegía el cuartel para avanzar sin riesgo. Se había levantado un viento frío y otra vez sonoro. La patrulla viró en la primera esquina y avistó un grupo de hombres agazapados en mitad de una de las calzadillas. Los cuatro abrieron fuego sin intimación previa. Roncas voces masculinas aullaron. Algunas sombras cayeron hacia atrás como golpeadas por martillos (eran balas de carabina). Otras se arrastraron hacia la entrada de un pasaje próximo. Un policía joven y resuelto copó esa entrada y continuó disparando hacia el interior, donde una masa oscura parecía reptar como queriendo huir hacia una

sombra más profunda cada vez, revelaría en otro momento, aunque confesó de paso, que no le pareció agresiva en ningún instante de su arrastrarse a ras de muerte tan inesperada.

*****

-Escucha Selva, escucha.

-¿Qué quieres que escuche?

-Estos versos de un poeta de veinte años que acaba de publicar su segundo libro. Escucha:

> Siento viajar tus ojos y es distante el otoño:
> boina gris, voz de pájaro y corazón de casa
> hacia donde emigraban mis profundos anhelos
> y caían mis besos alegres como brasas.

-Parecen escritos para nosotros, Gregorio.

-Fueron escritos para nosotros.

*****

Si Marusia era seca y dura con sol y cielo azul, con la lluvia era áspera y agresiva, era frígida y voluble, era transitoria y drástica. Pero era menos vulnerable que Antofagasta. Una vez llovió en la ciudad de Antofagasta durante diez minutos. Se derrumbaron doscientas cuarenta casas, un río de barro bajó desde los cerros y se llevó a sesenta y seis personas.

Debajo de la lluvia, los trabajadores de Marusia condujeron a sus muertos. El camino por el cual marcharon con los desvencijados cajones al hombro era un camino trazado por los pies de la muerte. Nadie lo recorrió nunca sin su ataúd al

hombro. A causa del peso y del número creciente de los cajones, el camino se veía hundido como un surco, y no plano como un camino. Cinco cajas negras llevaron ese día, alternándose, los portadores. Salieron del Campamento y endilgaron hacia la colina cuyo frontispicio guarda los despojos de múltiples hombres abatidos por la muerte artificial. Nadie recordaba muertes naturales en Marusia. Si alguien tuvo la extraordinaria ocasión de morir allí en su lecho, a causa de una enfermedad, o de hambre -lo que en nuestro continente es por cierto una causa natural de muerte- las crónicas no registran su nombre, y su mísera hazaña es más bien un inusual portento. Allá sólo cayó el hombre en una riña fratricida, en un accidente, en un ajusticiamiento o en una matanza.

Mientras se cavaban las fosas hubo dos discursos: uno, pronunciado por Domingo Soto, presidente del Sindicato de los Trabajadores de Marusia. El otro estuvo a cargo de Gregorio Chasqui. La Empresa no permitió la concurrencia de los trabajadores, de tal modo que Gregorio sugirió a los miembros de la directiva sindical que ellos mismos llevaran las cajas para efectuar una reunión.

El discurso inicial fue de carácter patriótico, grandilocuente y funerario. El segundo, de carácter político. Pero al mismo tiempo la ocasión englobó dos ceremonias distintas: la despedida de los nuevos camaradas asesinados y una controversia entre los estados mayores lejos de los oídos indiscretos.

Gregorio Chasqui escuchó el discurso de Domingo Soto en silencio. Luego añadió a manera de escueto informe:

-Ya pueden palpar ustedes, compañeros, la dureza de las provocaciones montadas por la Compañía, y comprobar, al mismo tiempo, cómo los acontecimientos están tomando una velocidad endemoniada sin que nosotros podamos ponernos jamás de acuerdo para hacer algo conjunto que nos permitan

controlar su curso. Los hechos parecen desarrollarse de un modo natural. El teniente Bertoldo Gaínza asesinó a uno de sus propios hombres de patrulla, confundiéndolo con un trabajador, según afirma, que lo esperaba allí para matarlo. El resto de los asesinados -nuestros compañeros- se hallaba en sus casas y al escuchar los disparos tan próximos, salió a la calle. Allí lo sorprendió el pelotón que lanzó Gaínza, mientras trataba de socorrer al policía moribundo. Sólo por esta razón fueron baleados sin que nadie les preguntara nada. Ahora, Gaínza recurrirá a todas las maniobras posibles para eludir responsabilidades, aunque ténganlo por seguro, en una época como ésta no habrá sanción en contra suya. Y ya saben ustedes lo que pasará, porque tenemos la costumbre de estas cosas: Gaínza debe encontrar un responsable pues necesita proseguir con los escarmientos. Lo más probable es que el próximo sea uno de los que estamos aquí.

El presidente del Sindicato carraspeó. Las palas raspaban melancólicamente la grava húmeda y el caliche caía espeso y duro sobre los destartalados ataúdes. Dijo:

-¿Qué es lo que usted propone ahora, compañero?

-Ganarles el quién vive- dijo Gregorio. -La masacre no la para nadie. Piense que ni siquiera podemos irnos de aquí. Marusia será la próxima advertencia de sangre para cada uno de los Cantones que proyecta una huelga.

-¿Y cómo piensa ganarles el quién vive?

-Primero, hay que hacer tres cosas: asaltar la Tenencia y quitarles todas las armas. Segundo, avisar a las otras Oficinas para que se pongan en estado de alerta y lo hagan saber públicamente.

-¿Tercero?

-Preparar una zona de defensa dentro del Campamento, con líneas descubiertas hacia el exterior para maniobrar cuando suban las tropas obligándolas a dividirse. Si los soldados

pretenden atacar frontalmente, como en San Gregorio, los camaradas deben esta vez cortarles la retirada a Iquique, cerrando al mismo tiempo el paso a todos los refuerzos que pretendan subir. Para ello hay un sólo medio: dinamitar las vías férreas. Es por el tren calichero que baja el material a Iquique, que ellos suben las cureñas y las ametralladoras de la Marina. Hay que preparar también cargas de dinamita con dos cartuchos cada una y mecha corta, a fin de utilizarlas como granadas. Hay que requisar la Pulpería para contar con reservas de alimentos. Hay que dinamitar la Central Telefónica. Hay que abrir boquetes en diferentes puntos de los cuatro muros para evitar que nos encierren y facilitar la circulación dentro y fuera del Campamento. Sin artillería ellos apenas podrán combatirnos utilizando sus caballos o a pie, lo cual nos deja en condiciones de igualdad.

-Mire, compañero Chasqui- dijo Domingo Soto: -Yo no discuto que su plan es genial, pero jamás daré instrucciones semejantes. No quiero tanta muerte inútil sobre mi conciencia.

-Lo haga o no lo haga, antes de dos días tendremos aquí tropas montadas del Ejército más las cureñas y ametralladoras de la Marina. Le aseguro que ametrallarán a nuestra gente igual como tantas otras veces. Présteme apoyo a través del Sindicato y organizaremos esta misma noche los comandos que deberán proceder mañana.

Se murmuraba con excitación. Se perfilaban dos tendencias centrales. Cabe recordar aquí que los comienzos políticos de la Pampa estaban teñidos por las ideas anarquistas. A ellas se habían agregado, paulatinamente, corrientes demócratas más o menos imbuídas de algunos principios marxistas, y diversas tendencias socialistas que no lograban cohesionarse en un partido. Poco menos de dos años antes de los sucesos de Marusia, Luis Emilio Recabarren había fundado el Partido Comunista. Pero por razones nunca elucidadas, aquél se

había suicidado en 1924, cuando el drama de Marusia no se hallaba aún en estado larvario. Los hombres del salitre -cuna del movimiento obrero en Chile- se habían quedado de repente sin su palabra y sin su luz. Existían todavía, en abanico, otras tendencias, particularmente de filiación radical, añadiendo los dos partidos básicos de la clase dominante, Conservador y Liberal, y los potentes sindicatos patronales. A estos tres últimos rara vez adherían trabajadores de extracción proletaria pero sí lo hacían masivamente los cuadros bajos y medios administrativos, y trabajadores que por sus funciones eran mejor remunerados que la inmensa mayoría de los calicheros. Se sabe bien hoy en día que las ideas políticas que sacudían Europa, entraban a Chile como los turistas: en barco. Pero en los barcos de cabotaje. Se trataba de grandes navíos que recogían el salitre en los puertos de Iquique, Tocopilla y Antofagasta para trasladarlo a sus puertos de destino. El mayor desembarco de ideología se producía en Iquique. Los marineros entregaban cargamentos de proclamas, manifiestos y panfletos a los lancheros, y éstos, a los estibadores. De allí partían en los trenes calicheros a las tres provincias -Tarapacá, Antofagasta y Atacama - que conformaban el Desierto de Tarapacá, el más seco del mundo. Así pues, todo cuanto acontecía en Europa, incluídas las masacres, las guerras, civiles e internacionales, el movimiento de las fronteras, la situación agobiante de los trabajadores, las reivindicaciones materiales y sociales, y los grandes lineamientos que se perfilaban a partir de las constantes contribuciones teóricas, era discutido en Chile, sobre todo en la zona del Norte Grande o Desierto de Tarapacá, llamado también La Pampa. Y aquel día, en Marusia, este intenso contrapunto de las tendencias no podía dejar de expresarse, como si se tratara de una probeta de ensayo donde burbujeaban las aspiraciones de un país entero. Que Gregorio Chasqui planteara proyectos semejantes, no podía asombrar a nadie que conociera aproximadamente, a través de

diversas lecturas, o relaciones, hechos como las barricadas de París en 1848, o el drama de La Comuna, en 1871. A causa de todo esto, Domingo Soto carraspeó, limpió su frente enrojecida por la emoción y empapada por la lluvia, y manifestó, esforzándose para que su voz no traicionara los encontrados sentimientos que bregaban en su espíritu:

-Si usted hace eso, compañero, y alguien me lo pregunta -porque es a mí que me preguntan todo-, no tendré más remedio que declarar la verdad. Soy yo el que está poniendo aquí la cara por todos. Gregorio Chasqui contempló con aire de admiración los otros rostros. Detuvo sus ojos en las palas de los paleros, que habían dejado de palear. Y preguntó lacónico:

-¿Qué piensa hacer usted?

-Un paro. Un firme paro de protesta y de advertencia por cuarenta y ocho horas. Es nuestro único camino.

Gregorio palmeó su propia frente incrédulo.

-¿Y representa usted a una clase obrera que afirma que su objetivo principal es arrancar el poder a la burguesía y a los explotadores extranjeros?

- Con votos y con leyes, camarada.

-¿Y habla en nombre de los trabajadores del salitre, en nombre de la Pampa Salitrera, cuna del movimiento obrero de Chile?

-Por un mandato delegado en condiciones absolutamente regulares.

-¿Y estima usted que con un paro de advertencia frenará al Regimiento "Carampangue", que ya viene de nuevo a la Pampa para seguir vengando al teniente Argandoña?

-Dialogaremos.

Gregorio sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

-¡Qué forma tan errada, miserable y cobarde de entender el papel de la clase!- gritó, perdiendo el control de sí por primera vez en mucho tiempo: -Escúchenme- dijo mirando a los demás: -

¡Vivimos enterrando mártires! ¡Vivimos cavando agujeros para enterrar nuestros muertos! ¡Animitas! ¡La mayor aspiración proletaria pareciera ser morir mendigando de rodillas un lugar bajo el sol a las botas que nos machucan la cara! ¡El martirologio tiene un límite!- dictaminó amenazante: -¡Hay que aprender a vivir, porque morir ya lo sabemos de memoria !necesitamos combatientes, no mártires! ¡Con mártires, y nada más que mártires, no podremos jamás salir del pantano social en que nos tienen sumergidos hasta el cuello! ¡Hay que mantenerse vivos!- gritó -¡orgullosamente vivos! ¡Hay que combatirlos con sus mismas armas, hay que aprender de ellos! ¡Todo lo demás es una insania política! -buscaba otras palabras para traducir su indignación- una emperifollada cobardía- bramó antes de quedarse callado mirándose los puños.

Entonces nuevas paletadas de tierra siguieron cayendo sobre los mártires de la noche anterior. Los hombres estaban mojados y confusos, igual que en 1911. La división los angustiaba todavía más, sin darse cuenta exacta que los trabajadores del mundo entero habían perdido todos sus combates precisamente porque no pudieron resolver jamás este punto de su conflicto interno. Gregorio, que ya lo barruntaba, tragó su propia saliva, su propia paletada de amargura, y echó a andar con la cabeza gacha. Pero alguien lo tomó del codo, reteniéndolo.

*****

-Quien cree se esclaviza- dijo Gregorio.

-¿Cómo?- dijo Selva.

-Creer es una forma de esclavitud- dijo Gregorio -una forma de dependencia de otro o de otros, que hace que uno deje

de pensar por sí mismo. A lo mejor, dejar de creer es un primer paso hacia la libertad absoluta.

-Qué terrible- dijo Selva -esa hondura por la que andas hoy.

*****

-¿Cuántos disparos efectuó usted, mi teniente?- preguntó el sargento, mientras anotaba en un gran libro el informe preliminar de los sucesos.

-Usted mismo vio mi revólver- respondió Gaínza.

-Quería asegurarme. He mirado la nuez y he encontrado tres cápsulas percutadas. ¿Sabe usted por qué se lo digo?

-Porque este informe puede acusarlo a usted, mi teniente. Usted disparó tres veces y nuestro compañero Alberto Macías tenía tres balas en el cuerpo. A primera vista las balas proceden de una misma arma. Y todos los hombres que montaban guardia en esta Tenencia escucharon solamente tres disparos. Todo indica que usted se equivocó y apreció mal la situación.

-Mi otro apellido es Herrera- observó Gaínza con un desencantado cinismo: "Herrera Humanum Est"- dijo. -Pero la patrulla misma vio como ellos estaban inclinados sobre el cuerpo del policía.

-Ahora pensamos que salieron a mirar lo que estaba sucediendo- reveló el sargento con torcida sonrisa. -Como usted, en su arrebato, no les explicó nada, nuestros hombres obedecieron ciegamente las órdenes y tiraron a matar creyendo que en verdad habían agredido a uno de los suyos. Ya sabe que estas cosas exacerban el espíritu de cuerpo. Pero esto representa dos errores y seis muertos más, sin contar con que ellos van a reaccionar antes de lo que imaginamos.

Gaínza sorbió otro poco de alcohol. Tenía una copa llena en la mano nerviosa y había cerrado las puertas de la Sala de

Guardia para evitar las indiscreciones. Preguntó como al desgaire, pero sobre la marcha:

-¿Esto me cuesta la baja?

-Oh no, ni siquiera una sanción, tomando en cuenta los sucesos recientes y los sucesos por venir.

-Es verdad- Gaínza iba envalentonándose, -olvido a veces que todo está planificado así, que tenemos órdenes concretas de arriba en ese sentido.

-Sugerencias, teniente. Nosotros tenemos sugerencias concretas en ese sentido. No olvide que la Administración no es la Comandancia de Iquique. La Administración nos pide sólo algunas acciones de intimidación para frenar la huelga y retardar una decisión sobre el Pliego de Peticiones. Pero debemos calcular las operaciones cuidadosamente pues de repente la situación puede escapársenos de las manos como en "San Gregorio". Por lo demás, la Comandancia ha sido muy precisa en sus instrucciones. Si nosotros nos vemos copados, pero sólo entonces, la Compañía pedirá al Ministro de la Guerra el envío de tropas, exactamente como en los casos anteriores.

Gaínza repiqueteó sus dedos sobre el mesón y meditó un largo momento.

-Usted juega muy claro, sargento- admitió. -Yo le propongo entonces un informe por otro. Si me corresponde un día redactar el suyo haré todo lo que esté en mi mano para podarlo de la mala hierba. No es bueno que dejemos consignados nuestros errores en el Libro de Partes. Este es un oficio muy condenado.

-Ningún problema, mi teniente. Era mi deber advertirle para que en lo sucesivo se maneje con más precauciones.

Solidario y sobrado, el sargento arrancó la hoja del Libro de Partes y arrugándola, se la entregó al teniente. Este la metió en un bolsillo, saludó, y abandonó la Sala de Guardia. El sargento comenzó a redactar una nueva relación de los hechos,

porque los hechos siempre pueden relatarse e interpretarse de muchos modos diferentes, e incluso contrapuestos.

*****

El agua hizo pequeñas pozas en las calicheras, igual que en 1911, y los hombres, todos los hombres, debieron encerrarse. Sin contar el turno que forzosamente trabajaba en los Frentes, los demás miraban el cielo plomizo y lúgubre, bebiendo con lúgubre constancia para acortar los días. Los calicheros trasegaron su vino evitando comentar sus aprensiones. Los Carabineros bebieron su pisco limpiando y engrasando las armas. Los jefes masticaron sombríos su whisky, molestos porque la desusada lluvia y la falta de instrucciones de Iquique había paralizado las acciones por más de veinticuatro horas. Todos contemplaban desde diferentes ventanas cómo la esmirriada lluvia chorreaba en el caliche, agrandando poco a poco la retina sempiterna de las charcas, que sostenían firmemente la mirada azogada y única del cielo, cubierto por nubes bajas y neblina tenaz. A causa de esta llovizna el trabajo fue reducido al mínimo, el paro de advertencia debió retrasarse, la muerte se decretó en transitorio reposo, no prosperaron los desórdenes, y los regimientos, que ya se encontraban acuartelados en Iquique, debieron esperar todavía algunos días suplementarios para continuar vengando la memoria del teniente Argandoña.

El cuerpo del carabinero Alberto Macías fue llevado también al Cementerio, como era previsible, pero casi nadie se percató. Un viejo carcamal, a nombre de la Administración, leyó las pocas líneas deslavadas consagradas a despedir sus restos, junto a la fosa abierta en la costra salobre, para acompañar -según dijo- el duelo de la familia Macías. No aclaró, sin

embargo, que la Administración había preparado ya la carta en que notificaba a la familia Macías la obligación de abandonar el Campamento, pues la familia Macías, sin Macías, era perfectamente inútil en Marusia. Había truenos y relámpagos hacia Sibaya y Cueva Negra, al norte y al sureste, cuando cayeron los primeros terrones sobre la caja funeraria, adornada apenas con una pequeña bandera chilena de papel, como un simbólico homenaje de la patria agradecida.

*****

La mano que había tocado el codo de Gregorio Chasqui en el Cementerio, jugaba ahora tranquilamente con un vaso de vino, sobre el cajón de fideos -vacío- que servía de mesa. Era la mano de Bakunín Frías. A su lado se encontraba sentado otro hombre, Críspulo Llantén. Gregorio Chasqui los miraba atentamente mientras el último hablaba en voz baja:

-Por todo lo que te hemos escuchado- estaba diciendo Llantén con lentitud -nosotros pensamos que tú eres el hombre.

-Uno más entre otros- el tono de Chasqui era modesto, -mi deber es poner al servicio de la clase las nuevas ideas que desarrolla el proletariado en el mundo y que tanto demoran en llegar a Chile. Estas nuevas ideas -que por lo demás son viejas como el mundo- pueden resumirse en dos palabras, palabras que no tienen nada de mágicas: lucha armada. Lucha política, sindical, social, reivindicativa, lo que quieran, pero también armada. Nosotros les hemos dado siempre esta ventaja a ellos. Cuando en el terreno de las ideas, en el terreno de las discusiones, la clase dominante se ve en desventaja y piensa que pierde terreno, llama a su Partido Militar, es decir, recurre a la lucha armada, empuña las armas contra nosotros para volvernos a poner en el cepo. Así nos han derrotado siempre. Pero si

llegamos a comprender el problema, a asimilarlo completamente, estaremos en condiciones de oponerles a ellos las armas que escojan. Y cuando ellos recurran a la lucha armada, nosotros deberemos estar preparados para enfrentarlos también en ese terreno. Quiero decir que el empleo de las armas no puede ser privilegio de una sola de las corrientes en litigio. Cuando es imposible la forma legal de lucha que se nos impone, tenemos que aprender a combinarla con la forma ilegal de lucha, es decir, la forma de lucha que es ilegal para las leyes y la norma de organización social que propone la clase dominante con respecto a nosotros solamente, no con respecto a ellos. Porque en la historia del hombre, el empleo de las armas es anterior al empleo de la lengua, de la palabra, del diálogo. Aunque quienes están facultados exclusivamente para empuñarlas son los miembros del Partido Militar burgués, al servicio del capital, del imperialismo, del colonialismo, de las oligarquías nacionales que sirven los intereses foráneos. Solamente después de los sucesos de octubre se ha abierto una esperanza para los explotados.

Gregorio Chasqui bebió un poco de vino, encendió un cigarrillo, y añadió:

-La lucha armada es más difícil que todas las otras formas de lucha porque allí no se puede mentir. El hombre no sólo arriesga un carcelazo: tiene que estar dispuesto a morir por sus ideas. Es a causa de las ideas que se se puede triunfar, contrariamente a lo que acontece con el Partido Militar, en el que se utiliza a nuestros hermanos, a nuestros hijos, como carne de cañón para reprimirnos y combatirnos. Personalmente, muy rara vez la burguesía civil empuña las armas. Nos usa a nosotros contra nosotros. Obliga a la juventud, el mejor sector de la sociedad, a combatirnos, no por ideas, sino por intereses políticos concretos que, sin excepción, se traducen en intereses económicos. Así es como se ha ido dando dos criterios en el movimiento obrero de numerosos países: uno, que acepta la idea

de la insurrección armada sobre la base de una efectiva y real preparación militar de cuadros proletarios; otro, que promueve la idea de una solución paulatina, propiciando reformas progresivas, graduales, utilizando la lucha sindical y parlamentaria hasta que las condiciones maduren tanto, hipotéticamente, que le permitan comprometerse en una disputa frontal con el poder burgués. Esta última opción no ha conducido todavía a ningún movimiento ni partido proletario al poder, ni siquiera al gobierno. En cambio, la ruta abierta por los bolchos podría ser correcta, a condición de que el poder no corrompa el idealismo originario, a condición de que un dogma no sustituya a otro dogma, a condición de que el hombre prime por sobre todas las cosas. Nos encontramos ya a comienzos de 1925 y ellos se mantienen firmes contras las guerras y agresiones de todo el mundo, aun a pesar de la muerte de Lenin, el arquitecto.

-Esta cuestión de las armas- dijo Bakunín -ellos la manejan como si, por el solo hecho de empuñarlas, los trabajadores se colocaran inmediatamente fuera de la ley.

-Las leyes son siempre relativas. Hecha la ley, hecha la trampa. Por ejemplo, vean el caso de Arturo Alessandri Palma: él fue depuesto por las armas y por las armas ocupa de nuevo el gobierno. Como sabe que no cuenta con la lealtad absoluta ni del Ejército ni de la Marina, ha organizado sus "Guardias Blancas", un cuerpo para-militar destinado a oponerlo a las Fuerzas Armadas en el caso de otra asonada golpista. Se ve que para Alessandri y la derecha la ley es una; para nosotros, es otra. Las "Guardias Blancas" alessandristas se entrenan públicamente en los parques del centro de Santiago, y nadie ha puesto jamás el grito en el cielo porque un destacamento de civiles haga suyas las prerrogativas de las Fuerzas Armadas: defender al gobierno democráticamente elegido, defender la Constitución, defender la soberanía del país. Así de simple es la hipocresía constitucionalista de los chilenos.

-Hay algo que todavía no comprendo bien- dijo Bakunín: -¿Es que crees tú, compañero, que apoderándonos de Marusia llegaremos un día a disputarles el control del poder?

-No -dijo Gregorio -lo que ocurre es que estamos enfrentados a una situación en que nos vemos obligados a pasar a la ofensiva sin una preparación adecuada. Se trata, estrictamente hablando, de un problema de autodefensa: nuestra obligación primaria es sobrevivir y avanzar. No queda otro camino. Ya en agosto del año pasado nosotros conversamos la huelga con varios de los Cantones vecinos. Las Compañías se han enterado. Por tal razón han puesto de nuevo en marcha un viejo mecanismo que no les falla nunca. El resumen de la situación es éste: cada tres o cuatro años,treinta o cuarenta Cantones salitreros entran en ebullición, siempre por mejoras económicas, por arrancarles una migaja, un reajuste. Se trata pues de cien mil hombres en huelga potencial. Pero las Compañías han puesto a punto un método de retardamiento sistemático de la crisis, aunque saben que el colapso salitrero no está lejos. ¿Cuál es éste método? Ellos observan atentamente lo que sucede, esperan, reúnen informaciones. Es así como saben que hay una huelga en el aire, que los trabajadores están descontentos. Apenas un incidente aislado, mínimo, se produce, no importa dónde, lo utilizan para montar la escalada de las provocaciones. El resto viene solo. Las sucesivas respuestas de los trabajadores a la tramitación inconcebible de nuestros pliegos de peticiones -paros de advertencia, de protesta, eventuales manifestaciones y choques con la policía-, les ayuda a encuadrar la violencia y a desencadenar ofensivas intimidatorias que, más a menudo de lo que ellos mismos desean, culminan con una masacre. Porque saben que estas bestiales matanzas se van acumulando en las memorias y ese es un inconveniente mayor. "San Gregorio" ha sido la última en el recuento. Una vez desencadenada, la represión es salvaje, aun a riesgo de reducir a

polvo las instalaciones e inutilizar una Oficina para siempre. Así, destruyen una Oficina, pero otras trescientas continúan en situación de producir y ellos logran de esa manera dos o tres años más de "paz social". Ahora, seguro que piensan en dos cosas: en política, es sólo la derecha, apoyada en su Partido Militar, la que ha matado. Y saben que el salitre comienza a producirse sintéticamente, que vecinos al salitre hay yacimientos de cobre en explotación creciente, y que en el cobre está el futuro económico del país. Vale decir que se hallan en las últimas boqueadas y aspiran a rasguñar de la Pampa cuanto puedan el mayor tiempo posible. Eso los hace muy peligrosos, porque ellos defienden el presente, no el futuro. El salitre no tiene más futuro. Deberán irse el día menos pensado.

-¿Y Marusia?

-Ahora es el turno de Marusia- dijo Gregorio mirando por el ventanuco una gruesa luna que acababa de reventar en el cielo del este. -Ya entramos en el túnel. El escarmiento general que proyectan en Marusia está destinado a paralizar la lucha social de los otros Cantones. Es como una jugada de billar: tiran la bola aquí para pegar en muchas partes.

-¿Y crees que sonó la hora de pararlos?

-¿Qué otra cosa podemos hacer? Si no lo intentamos, si nos encogemos, si nos intimidamos sin mover un dedo, antes de dos meses habrán montado otra provocación, sea en Tarapacá, sea en Antofagasta. Es un círculo vicioso. Además, a estas alturas ya no tenemos vuelta. Que eso quede claro.

Los otros dos fumaban preocupados guardando largos silencios que remolían entre las volutas azules.

-Supongo que tú has pensado en algo preciso.

-Ya lo dije: preparar una defensa lo mejor posible, una defensa que nos permita varios meses de escaramuzas sin perder demasiada gente. Exhortar a los Cantones de Tarapacá para que organicen sus propios alzamientos con el objeto de abrir varios

frentes. Establecer una forma de comité militar unificado. Sólo de esta manera forjaremos bases suficientes a fin de obligarlos a negociar sobre términos menos duros, como por ejemplo, sentar en principio la prohibición absoluta de que las tropas suban a la Pampa e interfieran en el arreglo de los problemas específicamente laborales. Esto es lo esencial. A partir de ahí todo puede discutirse. La coyuntura política es excepcional, porque ha habido dos golpes militares en Santiago en los últimos meses, y puede venir un tercero. Incluso se vislumbra una división radical en la clase dominante por cuestiones de poder y de dinero. El que entregue primero el cobre a los americanos ganará una fortuna. Esto puede obligarlos a enfrentarse empleando los monos de paja uniformados. Se me ocurre que un par de éxitos nuestros los obligaría a encontrar soluciones políticas.

Los tres hombres bebieron. Dijo Llantén:

-Mira: los milicos tienen ametralladoras y cuando no pueden controlar la situación, las suben y agujerean las Oficinas y todo lo que ven en ellas. Incluso las cañonean como objetivos de guerra.

-Expliqué- dijo Gregorio -que bloqueando la subida del armamento pesado nosotros quedamos casi en igualdad de condiciones. Total, lo único que hay en la Pampa, además de injusticia, es dinamita. Las vías férreas que bajan a Iquique, a Tocopilla y a Antofagasta, no son fáciles de reparar, porque están pegadas a los cerros y en descenso. Una simple voladura tumbaría sobre grandes trechos centenares de toneladas de piedra, impidiendo el paso de los convoyes durante semanas, incluso meses. Y no sólo bloqueamos la subida de las cureñas sino la bajada del salitre a los puertos de embarque, lo que significa la suspensión total de las exportaciones. Esto representa apenas tres operaciones de sabotaje bien planificadas. Sin el dinero del salitre este país se va a la mierda. Una burguesía en

crisis y sin dinero, no tiene más remedio que sentarse a conversar un poco. Es así como veo las cosas.

-Yo creo difícil sostener una guerra en el Desierto por largo tiempo- manifestó Críspulo.

-Lo que es difícil para nosotros es también difícil para ellos. La ventaja nuestra es que estamos acostumbrados al calor, al frío, a la altura y a las privaciones. No olviden que los regimientos acantonados en el norte tienen reclutas traídos del sur por cuestiones tácticas, como evitar, por ejemplo, que los hijos disparen contra sus propios padres, o se nieguen a hacerlo. Esa es también una ventaja, pues la Pampa es para aquellos chicos un medio tremendamente hostil. Históricamente, a esta técnica se la llama "mitimaes", y la inventaron los Incas.

-Muy bien. Todo eso está muy bien. ¿Pero qué haremos para comer si la pelea se alarga mucho?

-Enviar a nuestras mujeres a los poblados indios de la precordillera. Allí hay agua, alimentos, refugio. La caballería no puede combatir de la noche a la mañana en alturas de cuatro mil metros o más. Los hombres y los caballos revientan en sangre al menor esfuerzo. Necesitan un período de aclimatación. Nosotros se lo haremos imposible. Luego hay que encontrar los caminos bolivianos, la ruta que usan los indios para bajar al mar. Hay miles pero las tropas no los conocen. Nuestra situación es ideal pues Marusia es la Oficina más retirada hacia el interior, esto es, la precordillera. En otro plano, una vez iniciadas las escaramuzas, se nos deben sumar los aliados naturales. Insistiremos que paren los navegantes, los portuarios, los estibadores, los ferroviarios. Los que hayamos hecho el Servicio Militar serviremos de instructores a nuestros camaradas. Hay que preparar hombres capaces de convencer políticamente a los otros Cantones que vacilen o demoren en plegarse a la lucha. Pero para todo esto es fundamental la unidad. La unidad es más

importante que el agua, más fuerte que cien mil fusiles. Ese es nuestro trabajo.

Otro vaso. Otra mirada calma hacia las calzadillas enlunadas.

-No veo por donde hay que empezar- dijo Bakunín.

-Empezarán ellos- dijo Gregorio, -a nosotros nos toca bailar con la música que pongan. Pero en este momento una huelga es un error trágico, pues es lo que están esperando, y en ese caso, quedamos de entrada fuera de juego. Off side. Si paramos, mandarán de inmediato sus contingentes para aplastar la anarquía en el huevo. La huelga prematura pondría a las empresas sobre aviso. La sola idea de soportar un paro de semanas los vuelve locos. Son capaces de todo, y ellos ya saben que la gente se acobarda por años después de una matanza.

-Propone.

Gregorio bebió largamente.

-Empiecen por convencer al resto de la directiva sindical.

-Con respecto a nosotros no tengas ninguna duda. Pero si el compañero Soto no deja que la gente se mueva, no podrás ir demasiado lejos.

-Al fin tocamos el problema- dijo Gregorio, con aire amargo y un sombrío ademán. -¿Por qué no se movilizan ustedes y le obligan a suspender el paro?

*****

Pero podemos decir que de alguna manera la historia de Marusia estaba escrita. A las ocho de la mañana del día siguiente, el Administrador llamó a Padilla, su secretario particular, y le pidió un informe de las faenas. Padilla se limitó a decir que todo el primer turno, salvo insignificantes casos aislados, no se encontraba en los frentes de trabajo.

-¿Están en huelga sin preaviso?

-Yo creo que es lo que llaman "paros de advertencia", señor.

-Llame a Gainza y pídale que prevenga a Iquique -ordenó el Administrador, -usted sabe que si estos carajos paralizan las faenas sin que nosotros reaccionemos, se desatará otra epidemia de huelgas por toda la Pampa.

*****

Gregorio Chasqui movió la cabeza con desesperación cuando se enteró de la orden de paro. Una pesada depresión lo invadió mientras cavilaba mirando con fijeza los rieles vacíos desde las alturas de la Torre de Control de Tráfico, y justo debajo, los pequeños vagones calicheros paralizados sobre las vías.

Más tarde, caminando en dirección del local sindical, divisó a una pareja de Carabineros que salía por la puerta de las caballerizas de la Tenencia cumpliendo sus ordinarios patrullajes montados. Uno de los uniformados estaba diciendo al otro:

-Han metido la cabeza en el saco.

-¿Por?

-La Administración llamó a Iquique y va a subir el Ejército.

-¡Mierda!- dijo el otro.

-Estamos cagados por haber nacido- pensó Gregorio mirando sin expresión las ancas de los caballos que se adentraban por una calleja. Y de pronto, sin comprenderse bien, escuchó que dos lágrimas quemadoras le rodaban mejilla abajo atronadoramente.

*****

-Soñé que tenía las manos amarradas con un pañuelo amarillo.

-¿Por qué amarillo y no rojo o azul, Gregorio?

-Los sueños son incoloros, uno sueña en blanco y negro. Pero alguien me decía que el pañuelo era amarillo.

-¿Y te habían amarrado las manos?

-Me habían amarrado las manos.

*****

En el local sindical había un intenso calor combativo. Domingo Soto, elevando la voz más que de ordinario, gritó:

-Repito para los que acaban de llegar: este es sólo un paro de advertencia, compañeros. Siete de nuestros camaradas han sido asesinados en dos semanas. La próxima vez vamos a parar indefinidamente hasta que la Compañía garantice por lo menos la vida de los que trabajamos aquí.

Una voz gritó desde el fondo de la sala, aludiendo a que los dirigentes sindicales no tenían obligación de trabajar en los Frentes:

-Aramos- dijo la mosca, parada en el cacho del buey.

Soto prosiguió impertérrito:

-Ellos han echado a andar otra de sus escaladas de terror buscando aplastar la legítima huelga que se prepara en los Cantones de Tarapacá, y que pueden seguir muy luego los de Antofagasta. Nadie debe concurrir al trabajo ni hoy ni mañana. Los compañeros tienen que abstenerse de provocar al personal administrativo o a las fuerzas del orden...

-¡Asesinos!

-...y permanecer en sus casas o en los Ranchos. Mañana por la mañana habrá aquí una nueva reunión administrativa para pasar revista a la situación general y dar cuenta de las

conversaciones que desarrollaremos en el día de hoy. Una comisión dirigida por el que habla irá a parlamentar con la Administración. Eso es todo, compañeros.

Entre murmullos y discusiones, el presidente continuó examinando algunos papeles que tenía sobre la mesa. Los hombres abandonaban la sala de reuniones. Chasqui, Llantén y Frías subieron al estrado:

-Usted es un hombre bienintencionado- dijo Gregorio.

El presidente lo caló hondo, tratando de recoger la sombra de esas palabras, lo que bogaba debajo.

-¿Por qué me lo dice?

-Porque cuando se trata de torcerle la mano al enemigo uno no debe ser bienintencionado.

-Yo he terminado de conversar con usted. Nosotros llevamos treinta años como dirigentes sindicales aquí en la Pampa. Por eso rechazo terminantemente que me diga lo que tengo que hacer.

-¿Quiere decir que acepta la responsabilidad de lo que viene?

-Enteramente, como siempre. Nunca eludo mis responsabilidades.

-Muy bien: el Ejército comenzó a subir esta mañana desde Iquique al mando del capitán Gilberto Troncoso, la "Hiena de San Gregorio".

-No se lo creo.El Ejército no tiene motivos para intervenir.

-Nunca los ha necesitado. Simplemente quieren estirar las piernas y sacarle el polvo a los gatillos. Hace cuatro largos años que no "palomean" a nadie.

El presidente Soto entró en un estado de ebullición, más que nada porque notó la expresión tirante en los rostros de sus compañeros sindicales Bakunín Frías y Críspulo Llantén.

-¿Y qué mierda quiere que haga? ¿Que me esconda?- gritó de repente.

-Exacto- dijo Chasqui, -para que pueda dirigir el sindicato y no dejar abandonados a tantos compañeros que creen en usted. ¿No se da cuenta que lo meterán preso y que se lo llevarán a Iquique para descabezar el Sindicato?

*****

Entre las costumbres más viejas del salitral figuran los "Mítines de los Pilones". Estos mítines consisten en lo que se describe a continuación:

Poco después de las nueve de la mañana del primer día de paro, las mujeres salieron como de costumbre de sus casas para lavar la ropa. En Marusia, como en las otras Oficinas, ciertas calles más anchas estaban divididas a lo largo por pilones de cemento destinados al aseo colectivo. Las mujeres marcharon allí con sus robustos canastos sobre la cabeza y los cabellos atados con un pañuelo de colores muertos. En los pueblos salitreros actuales, vivos o difuntos, pueden verse todavía los pilones. Mientras se desarrollaba la aberración del lavado a coyuntura limpia, a hueso, a ropa zurcida y oscura que regresaba del agua, blanca, nevada, reluciente y zurcida, se adoptaban importantes acuerdos entre las lavanderas. Bajo la presión de situaciones conflictivas -ocupación cantonal por tropas de la marinería o del Ejército, huelga, discusión del Pliego Laboral anual-, la presencia de las mujeres en los pilones equivalía a una verdadera asamblea. Después de mucho preguntar sabemos ahora que no pocos hombres eran en principio renuentes a comprometerse en las huelgas del salitre. En tales caso, las mujeres, terminando el lavado de la ropa y las discusiones, cogían sus amplios canastos, regresaban a sus casas, encaraban a sus maridos y decían:

-Mira: si no vas al paro no comes.

O tal vez:

-Nadie te va a atender en esta casa mientras no cumplas con tus deberes.

El castigo podía llegar incluso, más allá de la simple negación de la comida: la corriente de la ley del hielo desembocaba a veces en el lecho, de tal manera que el hombre, acosado en dos frentes de primera magnitud, terminaba por levantar bandera blanca, aunque no entendiera nada de política, como se decía hasta hace muy poco en muchos hogares enclavados a lo largo de todo el territorio nacional.

Selva Saavedra era la mujer de Gregorio Chasqui. Se toparon una vez en Puerto Montt, tres mil kilómetros al sur del país, donde ella hacía clases en la escuelita de una localidad campesina, pues Selva era maestra primaria. De pelo negro, ojos negros y dientes blancos, Selva descendía por línea directa de Rosario Ortiz, la legendaria periodista-guerrillera que combatió a caballo, al mando de José Miguel Carrera Fontecillas -hijo del precursor de la Independencia de Chile- en el llamado Decenio Ardiente, entre 1850 y 1860. Ese pasado insurgente de su abuela era en Selva un presente muy vivo; digamos, el complemento natural de Gregorio Chasqui. Selva fue quien alertó a las mujeres acerca de la situación angustiosa que vivía Marusia. Con los caballos policiales patrullando las callejas, a sus costados y a sus espaldas, ellas discutieron la situación.

-Mañana o pasado mañana tendremos las tropas por acá- dijo Selva en voz baja, sin alzar los ojos ni torcer la cara, a la mujer que lavaba sobre su derecha. En un minuto la información se hizo rectangular, dio la vuelta completa al pilón, pasó al pilón vecino, recorrió como un rápido susurro la hilera de orejas concentradas en torno del agua.

-¿Qué hacemos?- preguntó una boca.

La pregunta era también giratoria.

-Convencer a los hombres que viene una guerra y que deben prepararse y colaborar para que no los maten como a bestias otra vez- dijo Selva.

-¡Otra vez!- exclamó una boca torcida por la rabia.

-Otra vez- corroboró Selva. -Necesitamos voluntarias- añadió en seguida, recorriendo la hilera de ojos bajos, clavados en la ropa que escurría su agua negra, -para un trabajo peligroso.

-Diga no más, señora maestra.

-Sólo lo sabrán las voluntarias. Es preferible que vengan por el momento las que no tienen hijos. Esta noche en mi casa. Entren por la puerta del fondo, de dos en dos.

-¿Y el resto?-- preguntó una cuarta boca. -¿Qué hará el resto?

-El resto hará lo siguiente: juntará toda el agua posible, en todos los tachos que tenga a mano. Hay que empezar ahora mismo. Luego, comprará todo cuanto se pueda en la Pulpería, sobre todo frijoles, arroz, harina y fósforos.

-¿Fósforos?

Selva movió de nuevo sus ojos carbones por el grupo.

-Para encender las mechas de la dinamita- dijo, estrujando un último manojo de tela. -Ah: mañana por la mañana, a primera hora, están todas citadas aquí mismo, porque tenemos mucha ropa que lavar.

*****

Esa misma mañana Domingo Soto y el resto de la directiva sindical no fueron recibidos en la Administración. Alrededor de las once vieron salir del despacho administrativo al teniente Bertoldo Gaínza, que cruzó por el centro del grupo sin desearles siquiera un malhumorado buenos días.

*****

En cambio, lo que el presidente del Sindicato y sus compañeros vieron, no tenía nada de tranquilizador: algunos empleados trasladaban desde el edificio y hacia un lugar que no pudieron precisar, gruesos portafolios, presumiblemente el archivo privado de la Compañía. Alguien comentó que era para evitar que se quemaran con los futuros incendios, pero Domingo Soto no oyó nada.

*****

Al mediodía, en casa del Administrador, se registró una nueva reunión. Los rostros estaban tensos, como es natural, y hubo pocas palabras. Quizás las más significativas las pronunció el subadministrador, segundo jefe del Campamento:

-Hay que requisar todos los víveres disponibles y trasladarlos a la Casa del Directorio- ordenó.

-Justo- dijo el Administrador. -Además, recomiendo no separarse de sus armas. El teniente Gaínza acaba de firmar una autorización para que los empleados puedan portar las suyas. Lo de Jones no debe repetirse- agregó al pasar, pensando sin duda a Andrew Jones, subadministrador de "San Gregorio", muerto a puñaladas junto al teniente Argandoña, apenas cuatro años antes.

*****

-Gregorio, abre la ventana.

-¿Cómo?

-Abre la ventana.

-Hace un frío de los rediablos, Selva.

-No importa: abre.

Gregorio descorrió el cerrojo y levantó la parte inferior del ventanuco corredizo. A través de la persiana llegó una voz distante, temblorosa, opaca, transida, que entonaba los versos de la canción de todos:

Canto a la Pampa la tierra triste

*****

La mayor parte de los hombres permaneció en los Ranchos bebiendo en silencio.

En Marusia no existió más pasatiempo que el vino. Por la época de la matanza, el teatro había dejado de funcionar, no llegaban periódicos, el cine era una lejana fascinación, nadie se había ocupado nunca de construír instalaciones deportivas y una biblioteca era enteramente impensable para la Administración, que estaba muy consciente de lo que significaba dilapidar fondos en la cultura.

El día que siguió al anuncio de la llegada de tropas, una recua de mulos cargadas con frutos y hortalizas del Valle de Pica -uno de los poquísimos oasis del Desierto- apareció por la punta de la calle principal y endilgó rumbo hacia la Pulpería. Gregorio y Bakunín discutían sendas copas cuando percibieron el tumulto. Entonces dijo Bakunín:

-Compadre:¿ve usted lo mismo que ven estos ojos?

Gregorio frunció el ceño y ajustó la mirada.

-¡Carajo! ¡Un arreo!- exclamó contento. La mañana comenzaba bien.

Saltaron de sus sillas y se fueron a parar medio a medio de la calle, encima de la cual funcionaba un sol inoxidable. Los troperos detuvieron la recua con estentóreos gritos en aymará, y saludaron cortésmente. Dijo Bakunín en voz muy alta:

-Bájense a remojar una conversación que queremos tener con ustedes.

Los troperos consultaron sus tímidos ojos indecisos.

-Ni hablar más- dijo uno de repente, vencido por el cariñoso recuerdo del vino: -Ustedes dicen.

Alinearon la tropilla en un costado de la entrada del Rancho y penetraron al interior. Contaron que se habían despejado los caminos hacia el sur, y que al parecer, la lluvia estaba agotada, igual que en 1911.

-Digamos- agregó otro, precisando -el tiempo de las lluvias. Al final, por acá siempre hay un día que comienza a llover y un día en que la lluvia se acaba.

Un tercero observaba que por la cordillera seguía nevando, y que los pasos, las abras y los portezuelos estaban todos debajo de espesos cuerpos de nieve.

-Uy, hacía tanto tiempo que no llovía- repitieron mientras mascaban despacio su vinito: -Desde 1911.

Ahí fueron enterados de lo que estaba sucediendo en Marusia y resolvieron partir de vuelta sin apesebrar los mulos. Gregorio tocó el brazo del hortelano que estaba a su lado y dijo:

-Apelamos a la conciencia de ustedes. Ya que no podrán vender sus mercaderías, porque los Carabineros se las quitarán a la salida, déjenla para los hijos de los trabajadores de Marusia.

-Estábamos justo pensando venderlas en otras Oficinas- reveló pensativo el hombre.

-Lo veo difícil, chango. Todo el Cantón será asaltado mañana o pasado por los militares. No tienen tiempo de llegar más lejos. Vale la pena que descarguen y se vayan porque también ustedes están arriesgando su resto de pellejo.

Los troperos volvieron a cruzar pupilas. Revisaron lentamente aquellos rostros que los rodeaban, con sus ojos pequeños y profundos, pero sólo vieron otros ojos francos y abiertos que los miraban sin pestañear.

-Si llevas tu carga a la Pulpería- remató Gregorio -estarás entregando provisiones a nuestros verdugos, o sea a los tuyos, sin contar con que esta vez no te darán un puto peso.

-Estará de Dios, pues- suspiró uno, al final, con resignación, escupiendo en el suelo. Raspó la dura costra terrestre -que era el piso del Rancho- con su chala de esparto. Sonrió a Gregorio mostrando los escasos dientes aymaraes: -Sólo que pongan otras pocas botellitas para que no nos duela el frío de la vuelta- dijo.

*****

Entre las medidas de débil defensa que los acontecimientos estaban imponiendo apenas pudieron ser cumplidas algunas. En las viviendas obreras se acumuló el agua precariamente. Remigio Albornoz fue encargado por Bakunín para indicar a las compañeras métodos destinados a racionalizar su consumo.

-A lo mejor todo va tan rápido que no vamos a necesitar ni un vaso- dijo Remigio con optimismo -pero es mejor prevenir.

Los asnos fueron descargados y sus canastos vaciados en distintas casas ubicadas muy al interior del sector obrero del Campamento para asegurar su protección. Era todo cuanto podían hacer. Gregorio pensaba que el tren subiría con los soldados por lo menos a media tarde del día siguiente, y, dado el rápido poder de deterioro de la dinamita, que suda mucho con el calor y se malogra con el agua en menos de un día, había previsto volar el tren militar preparando la carga esa misma noche. Para ello tenía que ejecutar la operación lo más lejos posible del Campamento, a unos catorce o quince kilómetros, calculaba, lo que en los hechos representaba recorrer esa distancia con más de veinticinco kilos de explosivos al hombro.

Por todo esto fue una sorpresa y una confirmación, al mismo tiempo, de sus temores, el percatarse que, faltando cuatro

minutos para las cuatro de la tarde de aquel día aciago, el primer soldado de la tropa comandada por Gilberto Troncoso -el carnicero capitán de Ejército condecorado en "San Gregorio"- cruzaba la ancha puerta principal de Marusia echando por tierra la última veleidad de organización y de autodefensa.

*****

Se dijo que el capitán Troncoso era uno de aquellos hombres que a la vista de la sangre remojaba los labios con la lengua, como en presencia de un bastardo plato apetitoso. En "San Gregorio" dirigió personalmente el asalto al Hospital después de las escaramuzas del primer día y, como todo ortodoxo y ejemplar oficial chileno, fiel a las más conspicuos principios de su tradición prusiana, exterminó a todos los heridos ordenando a sus hombres que emplearan las culatas para ahorrar municiones. La balacera del día anterior había postrado allí por lo menos unos trescientos heridos, entre hombres, mujeres y niños. Los sesos volaron por el aire y un penetrante hedor a matadero, a golpeada sangre amarga, a mucus resbaladizo inundando todo los rincones, descompuestos por el calor, fue el saldo del bautismo de fuego del entonces teniente Troncoso. Después combatió heroicamente en las callejuelas del Campamento contra las mujeres, los ancianos, los niños y los heridos que huían desarmados, y terminó su faena practicando un deporte inventado por los oficiales desde el siglo anterior, hecho a la medida de su vocación: el "palomeo de rotos". Para los que lo hayan olvidado o fingieran no saberlo, el "palomeo" consiste en obligar a un tipo a cavar su propia tumba antes de ser fusilado. El cuerpo acribillado describe una graciosa voltereta en el aire y luego cae en el interior de la fosa. Hasta los adolescentes tuvieron que abrir su pequeño y sombrío socavón

para que los oficiales -pues se trata de un deporte reservado a la oficialidad- les tiraran encima haciéndolos palomear cómicamente y caer en seguida de bruces o de espaldas, desmadejados y unánimes. El capitán Gilberto Troncoso marchaba ese día a la cabeza de sus tropas. Sólo la intervención de un mayor de apellido Rodríguez impidió que, en lugar de unos cuantos centenares de personas, apenas, liquidara a todo el Campamento de "San Gregorio".

-¡Hay que vengar al teniente Argandoña!- era su grito de guerra.

Aparte de las numerosas notas de felicitación que recibió por su comportamiento, entre ellas del propio presidente de la República Arturo Alessandri Palma, y de su entonces Ministro del Interior, el joven maestro Pedro Aguirre Cerda, que dieciocho años más tarde ocuparía la primera magistratura de la Nación, Gilberto Troncoso cosió en su guerrera los galones de capitán. Desde aquel día su especialización militar estuvo definida: experto en el control y desmantelamiento de las organizaciones sindicales de la Pampa salitrera. Gregorio Chasqui recordaba bien a Troncoso. Por ello no pudo reprimir un violento calofrío de espanto cuando divisó la gallarda silueta del centauro, que venía caracoleando en su caballo, lento y orgulloso, impasible y soberbio, dibujando su danza de la muerte por el centro de la calle principal de Marusia. Parecía un ángel extremadamente bello, uniformado y armado hasta los dientes.

*****

El poder de decisión del capitán Troncoso fue colosal y admirable su modo prusiano de resolver las cuestiones más espinosas. Sin entrevistarse con nadie, sin adelantarse a saludar a sus patrones gringos, sin siquiera afeitarse, ni quitarle el polvo

a sus botas, ni siquiera comandar su primer whisky en la Pampa, ordenó la acción inicial de hostigamiento, para poner las cosas en su justo lugar, según reconocería más tarde. Los treinta soldados de Troncoso que constituían la avanzada de la tropa en camino, llegaron -dijimos- faltando cuatro minutos para las cuatro de la tarde. A las cinco, sobre los pies rugosos del único pimiento de la plaza de Marusia, yacían los cadáveres acribillados de cuatro hombres. Se trató de un fusilamiento sumario en lenguaje militar, lenguaje que, como sabemos, se excreta y se garabatea a sí mismo con absoluta independencia de toda cláusula moral y legal, de toda barrera racional. El raciocinio y la mesura no forman parte del bagaje intelectual de un soldado. Si es que lleva en alguna parte un bagaje intelectual. Correspondían los cuerpos a las identidades de cuatro trabajadores que Troncoso encontró en el interior del local sindical, jugando tranquilamente a las cuartas.

-Fue la primera movida de ablandamiento- diría también.

Acto seguido, ordenó que toda la directiva sindical se presentara a más tardar a las seis de la tarde en la Casa del Directorio, donde proyectaba fijar residencia mientras durara la pacificación de Marusia. Para el resto de los trabajadores ordenó toque de queda a partir de las siete de la tarde, con prohibición absoluta de circular. Hizo una excepción significativa con los Ranchos, donde podrían permanecer hasta las diez horas. Los turno de trabajo por la noche quedaban suspendidos.

Una vez concluído el primer cuadro de su espectáculo, el capitán Troncoso se entrevistó con el teniente Gaínza y escuchó -finalmente- el primer informe de la situación.

-Mira- dijo Gaínza chocándole la copa -acá pasa algo extraño. Toda esta peste de directiva sindical que maneja un viejo cabrón demócrata llamado Domingo Soto no sirve para nada. Me parece gracioso pero erróneo que los estés fusilando, porque sospecho fundadamente que son ellos los que están

parando a los calicheros para que no arriesguen un levantamiento en gran escala.

Troncoso parpadeó deslumbrado.

-¿Quién es entonces el enemigo?

-No lo sabemos. El problema es que todavía no pasa nada realmente interesante, pero si hueles hacia abajo, hacia el Barrio Obrero, podrías percibirlo. Es algo completamente indefinible y sin embargo está allí.

-¿Va la huelga del Cantón?

-Eso está O.K. desde hace dos meses. Con mayor razón ahora, luego de tu fundida de fin de tarde.

-Mi método- comentó Troncoso, transido de buen humor.

-Viejo, te conozco como si te hubiera parido, pero volvamos a la cuestión de la huelga. Todo eso se reactivó hace un mes, cuando la Administración les obligó a meterse el Pliego de Peticiones por el culo. Lo esperaban y no obstante se los ve danzando en la cuerda floja. No saben muy bien qué hacer.

-Las huelgas son nuestro asunto- aclaró el experto social que tenía al frente. -¿Cómo viene la mano?

-Supongo que proyectan parar todas las oficinas del Alto de San Antonio, empezando por Marusia y arrastrando después a "Tres Marías", "Argentina", "Pontevedra", "Felisa", "Santa Lucía", "Santa Laura", "San Pablo" y "La Coruña".

-¿Cuál ha sido tu respuesta?

-Muy sencilla. Les hemos armado el show que ya conoces. Aquí murió un gringo hace tres semanas, de muerte natural. Estaba más cocido que las patas del correo del zar y se abrió un boquete en la amura derecha.

-¿Entonces?

-Lo cargamos en la cuenta de un tipo cualquiera a quien aplicamos después el arte de la fuga. Yo sigo instrucciones- clamó Gaínza, atajando con las manos extendidas y abiertas la irónica expresión que campeaba en el rostro de Troncoso.

-Luego ellos mismos han ido metiendo poco a poco la pendeja cabeza en el bozal- insinuó el capitán, sin darse por aludido.

-Por supuesto. Mataron a dos de mis hombres y nosotros hemos seguido tirando la cuerda. Pero me corto una bola si esta vez no pisaron el mojón. Aprovecha el paro de advertencia que comenzaron hoy día, porque con eso los tienes en el bolsillo- aconsejó.

-¿Cómo?

-Mete presa a toda la directiva sindical y mándala a Iquique. Sácala de aquí ahora mismo. Ese es un motor conocido e ineficaz.

-No veo ni mierda en lo oscuro- dijo Troncoso lamiendo el borde de su copa antes de zamparse el contenido, -¿qué quieres decir con eso?

-Que entonces el verdadero motor que está funcionando en Marusia tiene que dejarse ver. Es ése el que nos interesa.

*****

-Usted tiene el aspecto de un ángel, pero de un ángel funesto, como todos los ángeles- dijo Mariana Die, la mujer del Administrador, que en Inglaterra, su patria, había sido siempre una oscura María Nadie; ahora, en el Desierto de Tarapacá, rutilaba como la flamante Mariana Die, fulgurando, pues en el país de los cuartos, el medio es rey. -Ya sabe que los ángeles sólo traen y llevan las malas nuevas, las amenazas y las guerras. ¿Leyó alguna vez la Biblia?

-Ninguna de las diez. Yo no cometo errores.

El capitán Troncoso la miró con escrutante impertinencia mientras bebía. Una luz delgada brillaba en sus pupilas, pero se trataba de una luz que Mariana no podía percibir.

-¿Diez?- preguntó. -¿Hay diez Biblias?

-Probablemente más- dijo Troncoso -pero lo que sí es cierto es que los ángeles son guerreros a los cuales la pintura puso alas y disfrazó de querubines.

-Qué pintura.

-No la de las paredes ni de los cielorrasos. ¿Sabe usted que hay gente que pinta cuadros?

-Supongo que lo sé. No estaba pensando en eso ahora.

-¿Y en qué piensa usted ahora, se puede saber?

-En el ahora. Soy una mujer muy práctica.

-¿Y el ahora es para usted qué cosa?

-Usted.

-Ya veo- dijo el capitán cambiando la posición de sus piernas. -No se le escapa nadie.

-Al contrario. Casi no retengo a nadie. Hay gente totalmente aburrida en el mundo, excepto los que matan.

-¿Y usted cree que yo mato?

-Me bastó mirarle las manos y el temblor de los labios cuando pronunció la palabra "guerreros".

-Evidentemente- dijo el guerrero.

-¿Cuál es su arma predilecta, capitán?

El capitán Troncoso repuso con inaudita insolencia:

-La bayoneta calada.

Mariana Die hizo como que pensaba en eso. Verificó ciertas asociaciones latentes en el desafío. Murmuró convencida:

-Muy excitante.

-¿Qué cosa?

-La penetrante simplicidad de sus gustos.

Ahora se paseaba por la sala ondulando, o tal vez, ondulaba en la sala caminante. Vieja bailarina en acecho, no escatimaba a la vida ciertos pasos de baile que la conducían rectamente al lecho y adornaban la frente del inglés con una más que cargada cornamenta, cosa que a semejante ejemplar no

intimidaba ni menoscababa para nada. "Al contrario -decía con británico pragmatismo- toda amistad es un negocio". Lo que para un chileno es el insulto. (En fin, a veces). El capitán aflojó la presión sobre su copa abandonándola un rato encima de la chimenea. Es bien sabido que los chilenos, de capitán a paje, beben como bestias. Entreabrió su guerrera, sintió calor, miró. El nutrido fuego crepitaba de verdad. Crepitantemente. Chisporroteantemente. Chilenamente. Inglésmente.

-¿Por qué los ingleses ignoran el arte del amor? Han tenido siglos para ponerse al día.

-Yo soy inglesa y no lo ignoro.

-Me refiero más bien a los machos, a esos que hacen la guerra o la política y siempre terminan incorruptiblemente engañados. No hay inglés que piense verdaderamente en la cama como un regalo de la noche sino como un asunto. Lo dicen ellos mismos. Al final, ellas comprenden y terminan huyendo. En todo caso, las inglesas parecen más perspicaces que los ingleses.

-Querido amigo, no confunda los sexos. El hombre es siempre local, la mujer es universal. Desempeña su papel. Si no, ¿qué estaría haciendo usted aquí?

-Qué sorprendente- dijo Troncoso: -una chimenea ardiendo en el Desierto, donde siempre se creyó que estaban los cuarteles generales del sol.

-Es por el frío de las noches que la encendemos, y también, porque el fuego es siempre bello- repuso Mariana.

-Y más que necesario para quien duerme casi a menudo solo- agregó el osado.

-Si se porta bien- musitó la bella, ondulando entre una copa y la siguiente, con voz lisa y monótona, acostumbrada al vértigo imperfecto, extendiendo su mano hacia el abrevadero inconfundible -puede que una de estas noches reciba visitas fantasmales.

-¿Rubias?- preguntaron.

-En la obscuridad desaparecen los colores y las razas- le recordaron sobriamente bebiendo -porque entonces resaltan los otros atributos: esos que ignora el día.

*****

Seis dirigentes sindicales se presentaron ante el capitán Troncoso. Los encabezaba el presidente del Sindicato. Aquello fue muy breve. El capitán tenía el raro don de la presteza. Los miró fiero y largo y vio ante sí los rostros tostados, cansados, cenicientos, pampinos, de los pampinos. En esos ojos, que lo clavaban hondo, podía leer claramente un odio acumulado, generalizado, que parecía brotar desde el unívoco fondo del tiempo, desde el recóndito socavón de una prehistoria, de una protohistoria, de una ultrahistoria, de una infrahistoria jamás excomulgada del recuerdo. El odio vivía allí dentro. Pensando en eso, descubrió al mismo tiempo que sus propios ojos no miraban con odio, sino con desprecio. Eran dos sentimientos diferentes, y el primero, una consecuencia irrevocable del segundo.

-Ustedes saben- comenzó -que desde que asesinaron al teniente Argandoña toda esta región está en cierto modo bajo un régimen de guerra larvada.

Inmediatamente Domingo Soto aclaró:

-Nosotros no matamos al teniente Argandoña.

-No le he preguntado nada- dijo fríamente el capitán.

Paseó sombrío por el cuarto con las manos enlazadas a la espalda. Concluyó por sentenciar:

-El paro que ustedes propiciaron los coloca directamente bajo la jurisdicción de la Justicia Militar. Justicia Militar en tiempos de guerra- previno. -Por lo tanto, quedan arrestados de inmediato y serán ejecutados, luego de un juicio sumarísimo, mañana por la mañana.

Un pesado silencio cruzó a su vez la habitación espaciosa.

-¿No tenemos derecho a un juez?- preguntó alguien.

-Yo soy el juez.

-¿Y a un abogado defensor?

-No es necesario, la sentencia es inapelable.

Otro silencio se escurrió detrás del primero. El presidente del sindicato había inclinado la cabeza ensimismándose, pero la levantó muy pronto.

-¿Puedo decirle algo?- inquirió.

-Puede. Sea breve.

-El uniforme que usted viste ha sido comprado con nuestro trabajo. Nosotros hemos levantado la casa en que usted vive, el colegio de sus hijos, el hospital que le salva la vida, los clubes sociales de sus socios y distracciones, los libros...

-Nunca he abierto un libro.

-Y todavía más: con nuestro trabajo han sido compradas las armas que ahora nos pone en el pecho. ¿Le parece justo?

-Puede que no sea justo -Troncoso no perdía un ápice de calma- pero de lo que estoy seguro es que ustedes están obligados a hacerlo. Si usted fuera oficial de ejército diría exactamente lo mismo.

-Jamás vestiría el uniforme en un sistema como éste- dijo Soto.

-No soy yo el inventor del sistema- el capitán hablaba en tono paternal ahora, -cuando nací todo esto existía como lo ve. A mí me educaron para defender lo que ya estaba y en eso me gano la vida. No me pida otra cosa. Ya ve que soy honrado desde mi punto de vista, como quizás lo es usted desde el suyo. Por lo tanto ustedes son mis prisioneros y me corresponde disponer.

-¿Cree acaso que siempre va a disponer?

-Ese día no ha llegado todavía, está muy lejos.

-Nosotros hemos llamado a un simple paro de advertencia, no a una guerra.

-He ahí el error,- observó el capitán -para mí vuestra lucha de clases es una guerra de clases. Hay que llamar las cosas por su nombre. Por eso, en su lugar, jamás lanzaría un paro de advertencia.

-¿Y qué haría entonces en nuestro caso?- Soto quería parecer desafiante, y sin embargo se hallaba secretamente aterrado, deslumbrado, enfermo por la revelación que presentía.

-Si no estuviera contento con mi vida haría una revolución- dijo Troncoso, ahora grave y duro, -pero yo estoy contento con mi vida, no necesito liquidar este sistema pues este sistema me conviene perfectamente.

Levantó la mano señalando que el grupo debía ser conducido a su lugar de cautiverio en espera de la madrugada. La justicia ha precisado que los hombres deben ser fusilados al alba, jamás ante el tranquilo crepitar del crepúsculo. Probablemente para que no se confundan ni se enreden la sangre de los hombres y la sangre de los días.

*****

Gregorio pasó por la plaza y desde lejos miró el pimiento solitario a cuyo pie reposaban despaturrados los cuatro muertos. lo logró identificarlos, pues la distancia era considerable. En todos los costados de la plazoleta había piquetes militares. Algunos soldados le miraron pasar alertándose un poco -pues todo el mundo parecía estar sobre el quién vive- pero después no movieron un dedo pues no les pareció sospechoso. Con su casaca de cuero, su gorra con visera, sus botas de media caña, tenía el aire de un inofensivo empleado o técnico de medio pelo.

Treinta hombres -dijimos- constituían la vanguardia de Troncoso. Gregorio Chasqui contó veinte apostados en la plaza. Otros cinco vigilaban la Casa del Directorio, y ahora se esforzaba por determinar la ubicación de los otros cinco. ¿Durmiendo? La dotación policial era todavía de veinte hombres más, pero el conocía perfectamente sus movimientos y los puntos que patrullaban de preferencia: en particular, las callejuelas o calzadillas en que se encontraban los Ranchos, numerados del uno al veinte, no tanto para controlar los eventuales subversivos que allí llegaran, sino porque, con discreción y comodidad, podían proveerse en ellos de aguardiente para acortar la noche y combatir el frío. En la Pampa, como en todos los desiertos del mundo, la temperatura suele descender a menos cinco o menos diez grados por la noche (y subir luego, en el día, a más de treinta y cinco o cuarenta grados, como en todos los desiertos del mundo). Pero estas observaciones indicaron a Gregorio que tres cuartas partes de Marusia se encontraban desguarnecidas.

Pasaba ahora ante el majestuoso y polvoriento frontis del Teatro de Marusia. Como sabéis, todas las Oficinas salitreras de alguna importancia tuvieron su teatro a comienzos de siglo. Gregorio consideró las tres arcadas, los tres pisos, las dos torretas laterales y los anchos ventanales con cierta nostalgia. Dobló pegándose al costado de la construcción. En años recientes, todavía, pensó, los teatros pampinos mantenían una febril actividad y gente verdaderamente notable había pasado por allí: el arpa de Nicanor Zabaleta, la soprano Amelita Galli-Cursi, los tenores Enrico Caruso, Beniamino Gigli, Tito Schipa, Jussy Bjoerling, las compañías españolas de zarzuela y otros solistas de gran renombre. La mayor parte de ellos jamás actuó en la capital de la República -Santiago de Chile-: sólo la opulencia salitrera podía pagar espectáculos semejantes. Gregorio recordaba perfectamente la noche en que la Galli-Cursi, pasablemente borracha, abandonó el Casino del Directorio para

dirigirse a sus habitaciones -en la Casa del Directorio- acompañada por un rudo patán también ebrio que hacía las veces de Director Artístico de la Oficina. Gregorio estaba convencido, después de oler el perfume de la diva y oír sus ruidosas carcajadas, llenas de calenturas italianas, que más le hubiera valido agarrar al último pampino de un turno de la noche, porque ésos sí podían amanecer fornicando para ahogar un viejo síndrome de carencia jamás transfigurado ni destituído ni transferido. No hay como la soledad para saberlo y ellos eran la soledad absoluta soñando con todo lo inalcanzable.

La agitación social en la Pampa, hacia fines de la década de los veinte, y el perceptible colapso salitrero que se perfilaba en lontananza, y que culminaría en 1929, no permitieron más este tipo de distracción, al cual tenían acceso -paradojalmente- todos los pampinos, encabezados naturalmente por los jefes y sus familias. Así, una generación o dos de jóvenes vates de aquel entonces, como Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Pablo de Rocka, Gabriela Mistral, César Vallejo, Alfonsina Storni, Arturo Sabat-Ercasty, Delmira Agustini, Jorge Luis Borges, Amado Nervo, jamás oyó personalmente a Caruso, lo que, por contra, era un privilegio hasta del más humilde de los trabajadores calicheros. Para entender a los chilenos hay que comprender bien ciertas facetas de su historia oculta: no son tan imbéciles como comúnmente se cree, aunque algunos de ellos consideren una picardía que se los tome por tarados.

La vetusta estructura del Teatro de Marusia, a causa de esta repentina inactividad, fue cubierta por telarañas, como el sexo de una vieja doncella. Sus cortinajes pesados se apolillaron, la fina madera de sus escalinatas se pudrió, se deterioraron sus tramoyas de una manera total. Era un hecho inconcebible, pero un hecho, que ni la lírica ni el teatro volverían a pasar otra vez por allí. A causa de todo esto, Gregorio estimó que constituía el refugio ideal: tan muerto estaba el Teatro que era la última

covacha de Marusia donde a alguien se le ocurriría buscar. Por lo demás, buscar allí no era cosa fácil. Como todo teatro que se respete, el Teatro de Marusia tenía subterráneos, sombríos pasajes, múltiples habitaciones, inhóspitos desvanes, gráciles escalas metálicas de caracol, púlpitos penumbrosos, húmedos escondrijos, sólidos camarines (capaces de soportar las pruebas de voz de Caruso), e incluso, pequeños cuartos destartalados ahora, en los que reposaron junto a su vino los célebres artistas exhaustos entre dos funciones. Un cuidador había sido mantenido durante tres años, cuando se canceló la vida activa de la construcción. Como nadie robó nunca un cortinaje, una peluca, un bastón, un fragmento de tramoya, la Administración decidió ahorrarse ese salario, y sólo encomendó su resguardo a las patrullas policiales que de tarde en tarde cruzaban por el exterior.

Desde esa misma noche, el Teatro de Marusia se transformó en el cuartel general de los comandos de Gregorio Chasqui, integrados originalmente por Selva Saavedra, Bakunín Frías, Guacolda Castellanos, Críspulo Llantén, Remigio Albornoz, y el propio Gregorio. A ellos se agregarían otros en los días venideros. El edificio estaba completamente agujereado por pequeños pasajes oscuros, salvo en la entrada frontal, que daba sobre la plaza. Eso facilitaba enormemente el ingreso sin que nadie pudiera percatarse.

Esa tarde, pues, Gregorio empujó la puertecilla de hierro por donde antaño se extraía la basura, una puerta pequeña, mohosa, endurecida, casi invisible, ubicada en el trasfondo, y descendió a los lóbregos vericuetos sin iluminación del subterráneo. Los demás se encontraban ahí. Hay jefes artificiales y jefes naturales. Gregorio fue un jefe natural.

-Estamos atollados por el momento- manifestó, considerando con ojos cansados, trasnochados, el sobrecogedor y extraño cuarto, atiborrado de máscaras, vestiduras, pancartas,

utilería, tiempo. -Fusilaron sin sumario a cuatro compañeros que jugaban a las cartas en el local del Sindicato, y según se comenta, mañana harán lo mismo con toda la directiva sindical. Soto y otros cinco dirigentes se entregaron. Menos mal que ellos no conocen el número exacto de los dirigentes, y por eso pudieron sumarse a nosotros, aquí y ahora, Bakunín Frías y Críspulo Llantén.

-Todo esto va a traer problemas graves- dijo Selva.

-Gravísimos- corroboró Gregorio. -Hay orden de volver al trabajo a las seis de la mañana, pero no existe nadie habilitado que lo comunique oficialmente a los camaradas. Ninguno puede legitimar ese derecho, o sea que nos han tendido una maldita trampa, porque nadie querrá romper el paro por su propia cuenta y eso le dará a Gilberto Troncoso la oportunidad de comenzar el quinteo.

-Veo una sola salida- dijo Bakunín.

-Exacto: nosotros.

-Nosotros- reafirmó Bakunín. -Si atacamos esta misma noche estarán obligados a combatirnos. A partir de ahí, los compañeros tienen sólo dos caminos: o se nos pliegan, o abandonan Marusia llevándose a sus mujeres y sus hijos. Para ese último caso, habría que encontrar un punto de concentración fuera del Campamento, el cual podamos defender en las mejores condiciones posibles, en lugar de atrincherarnos solamente aquí.

-Hay una oficina abandonada cerca de "Pontevedra",- dijo Remigio Albornoz.

-¿Cuál?

-Se llamaba "Isabela"- indicó Remigio -pero podemos cambiarle de nombre dadas las circunstancias, y para que el enemigo no conozca anticipadamente su emplazamiento.

-Bueno: un nombre- instó Gregorio. -Propongamos.

-Pongámosle "Recabarren"- dijo Selva. -Acaba de traicionar a la clase obrera suicidándose, pero no podemos

ignorar todo lo que hizo en beneficio de ella. Además, ésta sería la primera Oficina salitrera bautizada por los propios trabajadores en toda la larga historia de la Pampa, sin contar que es el más bello homenaje a uno de nuestros señalados muertos recientes.

Fue así como nació la Oficina Salitrera "Recabarren", que no produciría jamás salitre, sino algunos cuadros revolucionarios que en un momento determinado de la historia de Chile, pretendieron contribuír también a su escritura con una página ejemplar.

*****

Todo plan involucra una dificultad. De ahí la necesidad de proceder a la planificación de determinados actos. El plan de Gregorio lo requería también. En primer término, no estaba claro cuál podía ser el objetivo preciso del ataque. Se trataba, en lo fundamental, de preservar las instalaciones y causar bajas solamente entre los militares, aun con prioridad sobre los Carabineros. (Siempre han sido más sanguinarios los militares). Y esa noche los soldados estaban en la calle. Ninguno conocía el lugar donde serían concentrados. Analizando los pro y los contra, el grupo decidió esperar hasta el día siguiente. Cualquiera que fuese el resultado de un ataque los uniformados iniciarían la réplica esa misma noche intentando sorprender a todo el mundo en sus casas. Matarían sin asco y ellos tendrían forzosamente la impresión de que el tiro les habría salido por las culatas. Se pensó, en cambio, que si bien al día siguiente eran inevitables las ejecuciones, resultaba muy acorde con el estilo de Troncoso proceder a un quinteo de los trabajadores, esto es, fusilar arbitrariamente cinco, escogidos al azar, para provocar una respuesta. Si todos los miembros del comando concurrían a sus respectivos frentes de trabajo, podrían obtener una buena

fuente de información adicional y preparar, a partir de ella, una o varias acciones de envergadura contra puntos vitales del enemigo. Este, por la fuerza de las cosas, en su segundo día de permanencia en Marusia, debía reducir los contingentes de patrullaje para hacer descansar a los hombres en turnos rotatorios. Sintiendo el peso de la fatiga, la tensión, la sombra interminable de las muertes, la arena en los párpados, se prepararon a dormir escogiendo tácticamente cuartos ubicados en los cuatro costados del edificio, para prevenir más de una sorpresa.

*****

-¿Quién eres?- pregunta Gregorio, riendo.

-El fantasma de Rosario Ortiz- responde Selva, mientras se mueve sigilosa por el cuarto, con el rostro cubierto por una máscara y una arrugada corona de papel sobre la cabeza.

-¿Rosario qué?

-Ortiz.

-Ah sí- dijo Gregorio. Pero era evidente que no había comprendido. Al cabo de un rato, para salir del atolladero en que estaba, preguntó:

-Qué hacía en la vida real;

-¿Quién?

-¿Rosario Ortiz?

-La guerrilla. Comenzó trabajando en periódicos burgueses de Concepción, hasta que se cansó, saltó sobre un caballo, empuñó una carabina recortada, y combatió durante diez años a los pelucones, junto a José Miguel Carrera Fontecilla, hijo del otro.

-Era de armas tomar.

-Era. Todo ese período se llama el "Decenio Ardiente". A partir de ese nombre puedes imaginarte cómo fue la cosa.

-Aquí necesitamos gente como esa ahora.

-Por eso estoy contigo.

-Es cierto. No lo había pensado.

Gregorio se sentía incómodo a causa de estos latidos de humor en circunstancias tan penosas. Nunca sabía cómo manejar situaciones semejantes, ni siquiera con Selva.

-¿Qué me has dicho que significa tu apellido, Gregorio?

-¿Chasqui? En quechua significa "Mensajero".

Arrojando la vieja corona de papel junto al espejo, Selva dobló las rodillas y apoyó la cabeza en el desnudo pecho que brillaba.

-Yo sé muy pocas cosas- dijo, -tendrás que admitir que la mitad de mi vida la paso preguntándote.

-Yo no es mucho más lo que sé. Sólo a causa de mis intuiciones puedo responderte.

-Lo que leemos no me basta. Tengo un hambre insaciable de ver en la oscuridad.

-Es que somos pequeños y somos ciegos aunque seamos ortiz al mismo tiempo. Saltamos de dolor en dolor como de piedra en piedra y esto que resbala debajo de nosotros como un arroyo es la vida.

Los cascos de un caballo repicaron en la calzadilla. Pero fue un repiqueteo breve y distante. Se perdió en seguida.

-¿Nunca has tenido la impresión de que estás aquí para cumplir una misión, una tarea? ¿Para dejar un rastro, una huella, una piedra escrita?

-Siempre he creído que seré el que encienda los fuegos.

-El mensajero del fuego. Pero, ¿qué fuego?

-Un fuego especial, que algunos hombres alumbran cada cierto tiempo a fin de que los demás puedan ver más claro desde lejos.

-¿Escribiendo un libro, por ejemplo?

-Soy enormemente incapaz de escribir. Mi escritura está en mis actos. Actuar es una forma de comunicarse. Si un día te cuentan lo que he hecho, tal vez te estarán contando lo que de otra manera pudiera haber escrito. En el fondo es lo mismo. Aunque reconozco que el ideal profundo es escribir y actuar al mismo tiempo.

-¿Y en qué consistirán tus actos, Gregorio Chasqui?

-No puedo decirlo ahora. Hay una mano que me tira del pecho, de la conciencia, de la sangre, como si fueran cuerdas, ligaduras, o como si en verdad debiera liberarme de las últimas cuerdas, las últimas amarras. Siento que tengo algo que hacer, pero no logro percibir claramente qué ni cómo. Y es ahí cuando me topo con mi vida como si me topara con un nudo confuso, y tengo que cerrar los ojos para adivinar cuál es el camino por el que debo meterme.

-Es extraño- dijo Selva -pero acabo de darme cuenta que nunca te había escuchado.

-Tal vez a causa de que no te he hablado nunca.

-O a causa de que no he comprendido nada.

-En todo caso, no deberás venir conmigo hasta el final.

-Y qué voy a hacer si yo te amo a ti y amo tu nombre y me he dormido mordiéndolo cada vez que no estuviste.

-Ama lo que está brotando de mí como una rama nueva, porque es mi resumen, mi fondo, mi sedimento.

Escuchando en el pecho que se quería almohada, Selva musitó cerrando los ojos:

-Oigo tu corazón y es el mismo que amo y que me ama. Lo reconocería entre millones de corazones sonando. Es un corazón que depende de las selvas del sur de Chile y golpea pausado y fuerte como un reloj en un bosque.

-Como un hacha en un bosque, querrás decir.

-El hacha de la guerra.

-El hacha de la cólera y de las desesperanzas. El símbolo del hacha es más de lo que crees. El hacha representa la destrucción de un bosque, es decir, de un mundo. Representa la posibilidad de escarbar debajo del bosque, para encontrar lo que verdaderamente había en él, para comprender verdaderamente la substancia de su mundo. Selva, un bosque es un hombre, es decir, un mundo.

Selva hundió de nuevo la cabeza en el pecho tan moreno y dulce, atesoró los sonidos que fluían roncos de él para comprender verdaderamente la substancia de ese mundo, lamió sus retumbantes, sus sordas estampidas y dijo:

-Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

-¿Miedo del hacha con que nos defenderemos?

-Sí.

-Antes todas las hachas fueron enemigas y no lograron detenerte.

-¿Qué es lo que ahora las hace buenas?

-La mano que la empuña, cabecita de trigos negros.

******

Sonó pues el primer disparo. Se trataba, según la impresión inicial, de un arma pequeña, corta, de tos dulce, una especie de ruido que por principio, no podía hacer daño. Gregorio saltó de la cama y contempló la plaza por el mirador de un vidrio roto. Desde lo alto del tercer piso del Teatro dominaba todo un sector del Campamento de Marusia. En la plaza percibió una sombra estirada en el polvo: la sombra de un soldado que yacía junto a la cuneta de la calzadilla. Un piquete de uniformados cruzó corriendo sobre el caído y penetró en la negra boca de un pasaje del Barrio Obrero. Selva estaba ahora al lado de Gregorio y ambos trataban de comprender lo que sucedía

abajo. Instantes después que los soldados se perdieron en la sombra, ni Gregorio ni Selva podían creer a sus ojos y a sus oídos: una explosión formidable tuvo lugar en algún punto de la noche, y los cuerpos militares regresaron hasta la boca del pasaje por los aires. Fue una visión brusca, apocalíptica: piernas, troncos, cabezas, manos, quepis, brazos, cinturones, todo venía volando. Volaban las armas, las bayonetas sonaban metálicamente contra los cascajos, en medio de la madera astillada, de los fragmentos de puertas y ventanas, y una nube colosal de humo y polvo, de piedras y de calaminas. Los dos observadores cerraron los ojos embargados por una profunda conmoción. Gregorio deshizo con la mano un nudo que se le había atado por descuido a la garganta y luego estiró hacia ella un brazo robusto que temblaba. Apenas pudo articuló:

-Obra maestra, Selva. Me pregunto quién.

Selva reía calladamente, presa de sus nervios enfrentados a tan ruda prueba. La visión de la muerte no es agradable, aunque el muerto sea, por una vez, el enemigo. Estimó que era más fácil tomar con humor los acontecimientos.

-Alguien te está robando el fuego, Gregorio.

El otro guardaba apenas un expectante silencio.

-¿No eras tú el detonante, el mensajero, el iluminado?

Pero Gregorio continuaba espiando impertérrito. Ella creyó que lo había zaherido, que Gregorio se sentía bruscamente desplazado de sus deberes y derechos, y ciertamente también, un poco humillado de que aquella proeza se ejecutara sin su participación. Considerando que todavía podía aliviar un poco su desazón naciente, Selva le susurró:

-Convéncete, nuestra gente no necesita de iluminados: integrémonos a ella. Tal vez el día menos pensado lo puedas hacer tú también.

(¡Estas mujeres!).

*****

Diez minutos después que los hombres de Gregorio -pues se trataba en verdad de los hombres de Gregorio- abandonaron el lugar de la explosión, las tropas comenzaron a copar la plaza. El comando tuvo el tiempo justo de recoger el parque y los fusiles de los soldados muertos y hundirse inmediatamente en las callejuelas y pasajes. Al pasar, seguido de Selva, Gregorio vio que un hombre de corta estatura estaba preparando nuevas cargas, exactamente en el mismo sitio en que sangraban los cuerpos mutilados, todavía calientes, pero enfriándose ya en la implacable noche glacial.

-Vayan hasta el fondo- dijo una voz tranquila, la voz del hombre de la dinamita, -hay que romper un pedazo de muro y sacar las mujeres y los niños para llevarlos en seguida al abrigo de los surcos de las calicheras. Esto va a ser un infierno.

Dos cartuchos bastaron para que Llantén abriera un gran boquete en el muro del oeste. Las mujeres transportaban bultos y guiaban a los pequeños en perfecto orden. Todos se movían silenciosos mientras en la plaza estallaban los primeros disparos. Gregorio examinó los fusiles y luego los distribuyó. Eran diez.

-Sólo los que hayan hecho el Servicio Militar- dijo como de costumbre. -Cuando les quitemos otras armas podrá comenzar a disparar el resto.

El hombre enjuto, pequeño, esmirriado, vino a verlo. Medía un metro cincuenta. Dijo sin que le preguntaran:

-Gregorio, en todos los pasajes y entradas hacia esta parte del Campamento hemos puesto cargas. No dispares porque puedes saltar tú también. Hay que dejarlos venir hasta aquí.

-¿Estás usando detonante eléctrico?

-Of course. Hemos tendido cientos de metros de alambre. No bien se metan en los pasajes los haremos saltar como

camarones en la parrilla. Tenemos el sistema de alarma de las calicheras cuando vamos a hacer volar la costra.

-¿Dónde lo aprendiste?- preguntó Gregorio sin poder reprimir la curiosidad.

-Se me ocurrió así no más- dijo el hombrecillo, -porque hace como veinticinco años que cargo los tiros en los mantos de caliche y escuchándote hablar en el Cementerio me puse a buscar una forma de ayudarte. Héla aquí. Si me necesitas- añadió, tendiéndole una mano pequeña y callosa- pégame un grito ipso facto. Yo soy el "Medio Juan".

*****

Tendidos bajo el pimiento de la plaza, Troncoso y Gaínza observaban el boquete humeante.

-¡Qué mordida de anzuelo!- exclamó Gaínza. -¿Viste el truco que usaron?

-Perfectamente- dijo Troncoso con frialdad: -Tiraron contra un soldado llamando la atención de la guardia hacia la boca del pasaje de enfrente.

-Justo. Tus hombres corrieron hacia allá y se emboscaron en la entrada tratando de descubrir algún movimiento.

-Podían haber sido los tuyos- dijo malhumorado.

-El resto vino de cajón: les arrojaron la dinamita amarrada y con mecha corta. A causa de la tensión no se dieron cuenta.

-Digamos que chocaron con un arma que no conocen- explicó Troncoso, con levísmo gesto de superioridad. -Es mucho más potente que una granada lo que les echaron encima.

-Muy bien. Quiere decir que nos están esperando en su terreno.

-Momento- barbolló Troncoso sujetándolo por un brazo: - Cabe suponer que esto pueda ser la obra de un solo hombre. Uno

se deja engañar porque el explosivo cayó con mucha precisión y mis vigías entraron en grupo cerrado.

-Si fuera así, lo menos arriesgado es cargar por este mismo

pasaje. Aquí la trampa ya funcionó. Puede haber más hombres y más cargas esperando en los demás.

Poniéndose de pie, el capitán Troncoso gritó a su ayudante, el teniente Trapial Miguel Angel Encalada:

-Manda un piquete y rompe por ese hueco. Entrada en profundidad, descargas sucesivas y retirada inmediata. El resto-dijo volviéndose- tenderá una línea de apoyo aquí hasta nueva orden. Y tú- continuó dirigiéndose a Gaínza -echa a tus machos por fuera de la muralla para cazar a los que escapen vivos.

Un nuevo piquete de cinco hombres aterrados se arrastró con lentitud. Estaba todavía muy oscuro. Hacía un frío de perros y de gatos y un invencible miedo cerval culebreaba a ciencia cierta por las venas de los soldados. No se oía un ruido ni se percibía otra cosa que las cinco sinuosas sombras reptando boca abajo a través de la calzadilla.

-¡A la carrera! -aulló el capitán -¡Ellos no tienen fusiles!

Los soldaditos se irguieron y corrieron hasta que el negro boquete se los tragó. Como venían del sur, no estaban disparando contra sus padres. Pasó medio minuto. Luego vino el pasmo generalizado, pues esta vez la explosión la escucharon todos. Había sido más profunda, más al interior de los estrechos callejones. Espesa columnas de humo acre flotaban en la oscuridad reverberando a causa de destellos y fulgores que surgían de la madera ardiendo. El capitán Troncoso permaneció mudo, fruncido el ceño, fláccido y acongojado: en media hora había perdido la mitad de su tropa y la mitad de su armamento en manos de un enemigo, que, hasta entonces, había considerado alegremente como un cobarde, pusilánime, ramplón e irrecuperable rebaño de borregos sórdidos.

*****

Más lejos, Gregorio había permitido, sin intervenir, la salida de los Carabineros. Iban agrupados en un piquete de quince, con el teniente Bertoldo Gaínza a la cabeza. Desparecieron en un recodo espoleando sus cabalgaduras en dirección de la única puerta de la Oficina. Para llegar a cubrir el forado recién abierto necesitaban contornear el Cementerio. Esto representaba diez minutos en plena noche. Gregorio sabía que cinco uniformados policiales se quedaron en el cuartel montando guardia. La Tenencia ocupaba acaso más de una manzana. La puerta principal fue cerrada a machote y apenas los caballos abandonaron las cuadras, la guardia cerró también la ancha puerta que permitía el paso desde las caballerizas hasta la calle. Por lo tanto el mensaje al "Medio Juan" fue lacónico:

-Van quince por fuera. En diez minutos llegarán al boquete. Páralos ahí porque voy a asaltar el cuartel.

Los planes de Gregorio tendían a la simplicidad. Acondicionó seis cartuchos en una estrecha caja de madera, a fin de aumentar su potencia, pues el efecto de la dinamita es mayor mientras más resistencia encuentra al activarse la deflagración. Amarró el paquete sólidamente, introdujo una mecha corta y encendió una cerilla. Lanzó el artefacto desde la boca del pasaje contra la puerta principal de la Tenencia. Uno de los guardias, que vio la sombra de Gregorio agitarse al otro lado de la calle, tiró al bulto desde uno de los ventanales bajos, pero Chasqui estaba ya en el suelo protegido por los gruesos maderos que vinieron un día de los bosques del guerrero sur. Sin saber por qué, estuvo pensando en las tempestades. Recordaba los vívidos relámpagos, los truenos cavernosos, la lluvia fría. A veces, los volcanes rotos por el fuego interior.

Un inmenso minuto demoró la carga en estallar. Cuando el humo se disipó, la mitad del frontis del cuartel había emprendido desgarrante vuelo. Por el grueso boquete penetró el grupo de Gregorio Chasqui con su idea fija de llegar a la Armería (o "Santa Bárbara" como se la llama también, utilizando un término marino). El edificio comenzaba a arder. Saltaron sobre dos policías destrozados que habían rendido guardia. Los otros, sin saber a qué atenerse, iniciaron un repliegue hacia las caballerizas. Los asaltantes encontraron una decena de carabinas intactas, suficiente parque y varios revólveres de servicio. La operación fue concluída en cinco minutos. Ya se sabe que es nuestro primer muerto el que más cuesta: los otros se suceden ineluctablemente.

El grupo corrió por los pasajes protectores del Barrio Obrero llevando las armas y las municiones. Cuando Bertoldo Gaínza apareció en la curva que enfilaba sobre el borde de la muralla posterior, su patrulla recibió una descarga cerrada. Dada la impericia de los tiradores, las balas tumbaron la mitad de los caballos, que como blanco eran más voluminosos que los jinetes. Pero la segunda andanada tocó a los hombres. Se arrastraban poseídos de pánico, buscando refugio, pues ésta es era de las leyes de la guerra: cuando el hombre está consciente de que su causa no es justa, su moral combativa se hace frágil. Sólo un hombre persuadido de la rectitud de su acción, es un hombre que no teme las consecuencias de su acción. Los jóvenes Carabineros de Marusia no sabían exactamente por qué se les estaba obligando a combatir. A causa de esto, desde el primer revés corrían aterrados. Y con ellos su jefe. Mientras escapaba seguido por ocho de sus hombres, maltrechos, en muy malas condiciones, Gaínza oyó la tercera explosión y captó de inmediato su atroz significado: había llegado la hora de evacuar el hasta entonces obsequioso y manso Campamento de Marusia.

*****

-Compadre "Medio Juan"- dijo Gregorio, -todo depende ahora de que les ganemos el Polvorín. Lo vuela si es necesario, pero para alejarlos ya, ponga un letrero que diga: "¡Atención: minado!" o algo así. Y arme una carga de verdad afuera. Si llegaran a acercarse, fúndalos no más-. Paseaba angustiado por la prisa que tomaban los acontecimientos. -Aunque habría que hacer todo lo posible para que no- dijo también.

*****

-Tienen por lo menos cuarenta y cinco fusiles y carabinas- informó Gaínza. -A eso hay que sumar toda la dinamita del Campamento. ¿Cuánta calcula usted que había?- preguntó dirigiéndose al Administrador.

-No lo sabemos. En los primeros días de este mes llegaron doce toneladas. Ellas fueron destinadas al Cantón, pero ignoro si se efectuaron todos los despachos. En cualquier caso, el depósito general está aquí.

-¡A empacar!- gritó el capitán Troncoso con su desérica sequedad habitual. Volviendo la cara explicaba: -Deberemos abrirnos paso hasta el terminal del ferrocarril. Son veintidós kilómetros de marcha. Quedarnos en las inmediaciones significa condenarnos a una muerte segura.

-Hay que avisar a Iquique- exclamaba el Subadministrador.

El capitán le interrumpió descortésmente:

-Cortaron las líneas del telégrafo y del teléfono. ¿Creyó usted que iban a esperar?

-Para mí- dijo otro -habría que incendiar la Pulpería.

-Vaya usted mismo con un paquete de cerillas.

Cundía el desconcierto. Mariana Die puso suaves dedos enguantados sobre los labios del capitán y murmuró riendo:

¡Schchtt! Los ángeles guerreros están mordiendo el polvo.

El capitán rió a su vez con risa lustrosa, deslavada, que traducía bien su malestar.

¿De qué se está riendo?- preguntó Mariana, algo sorprendida, aunque con una cómica expresión en el rostro.

-De su humor extemporáneo- repuso Troncoso, ahora muy serio, muy insolente, muy sin respeto tratándose de un simple subordinado en diálogo con la mujer de su superior: -Me dan ganas de comerle el coño por bellaca y despistada.

La miraba lamiéndose los labios de tal manera que ella creyó sentir aquellos carniceros dientes blancos en el mismísimo punto que el siniestro e incómodo galán acababa de nombrar. Para zafarse de algún modo sin perder las plumas, advirtió:

-A usted le falta perseverancia, pero cuando los mate a todos- señaló a su alrededor -quedaremos solos y ya no tendremos el menor problema.

*****

Temprano por la mañana Gregorio confirmó la evacuación del Campamento por la totalidad las tropas estacionadas allí. No menos de trescientas personas, muchas de las cuales no estaba acostumbradas a caminar por el Desierto, se arrastraban ahora sobre los calcáreos e invisibles caminos de la Pampa. Con el grupo que huía se hallaban, naturalmente, las mujeres y los hijos de los jefes, los capataces, los técnicos y los empleados de todas categorías. Sin comprender exactamente cómo, percibían y distinguían ahora los amargos blasones del destierro. La tropa sobreviviente, militar y policial, avanzaba protegiéndose mutuamente, pues ésa es una prerrogativa más de los incólumes

guerreros. Habiéndose enterado, Bakunín plasmó su pensamiento en dos palabras:

-¿Los agarramos?

-No- dijo finalmente Gregorio, para acabar con la discusión que esta propuesta había suscitado, -porque corremos el riesgo de matar gente inútilmente. Los soldados y los carabineros se están refugiando tras las faldas, lo que demuestra que con un poco de audacia y su resto de imaginación, están muy lejos de ser invencibles. Y es natural: generaciones de soldados chilenos no han peleado nunca contra un enemigo real. Reprimir al pueblo no es lo mismo que combatir. Un hombre armado que se defiende es más que un hombre, y ellos acaban de aprenderlo en el terreno. Pero en nuestro lugar, en este instante, ellos nos habrían matado a todos. Por desgracia, al mismo tiempo, saben que nosotros somos humanistas, aunque de vez en cuando podamos matar también un poco. Es por todo eso que se están fugando tan tranquilos. Sólo son capaces de atacar con absoluta ventaja, digamos de diez a uno, de veinte a uno, y más. No: estamos obligados a dejarlos escapar y por supuesto den por hecho que volverán.

Sobre las diez de la mañana apareció Domingo Soto, el presidente del Sindicato. Jadeaba todavía:

-¿Y usted?- preguntó Selva bruscamente.

-Nos liberó el capitán Troncoso.

-¿Sin explicaciones?

Parecía feliz de su aventura.

-Ninguna. Abrió la puerta y nos dijo: "-Están libres." Nosotros creímos que nos iba a disparar por la espalda, pero él se dió cuenta y aclaró que no pensaba matarnos. "-¿Pero qué pasa?-" le dije. Me miró y contestó: "-Están progresando. ¿Quién es el que les enseña a cambiar de métodos?- "-Yo no sé nada, solamente he oído explosiones y disparos-. -Vaya y mire- me

dijo, palmeándome la espalda, -pero recuérdele a los otros que esta es una guerra y que nosotros no olvidamos-.

Después de reflexionar en silencio, Gregorio observó:

-Es un hombre extraño. Sospecho que algo ha cambiado en él desde "San Gregorio" acá. A menos que sea una trampa.

-Sabe que me ha dicho: "-¿La lucha de clases es una guerra de clases?"

-Eso lo sabe todo el mundo.

-Me es difícil comprender cómo él y usted pueden hablar el mismo lenguaje.

-Leyes del materialismo histórico- dijo Gregorio, sacando un gran pañuelo a cuadros para estornudar. -Su antagonismo y mi antagonismo se complementan. Sin su presencia, nuestra filosofía no tiene sentido. Sin la nuestra, la suya tampoco. No es necesario hablar dos idiomas distintos, lo importante es que el sentido que demos a las palabras sea diametralmente opuesto en un caso como en el otro.

*****

Despojado de sus muertos el campo de batalla, restaurados vagamente los derrumbes, curada en pragmática superficie una que otra herida, Marusia, (ambos polos de Marusia) intentó darse un atisbo de organización y trazar algunas metas. Comenzó entonces un intenso período de debates que se prolongó por una semana. Se enfrentaron en ellos tres posiciones claves. Pero en verdad una espada blandía su sombra funeraria en el espacio resonante de las hirsutas cabezas mineras. Todo el mundo pensaba en la subida de los regimientos. ¿Cuándo? Un grupo visitaba la Oficina de "Pontevedra" y otros piquetes se organizaron para copar el resto de los establecimientos más cercanos. La idea era describir a los otros

trabajadores los acontecimientos de Marusia, analizar la situación actual conjuntamente, prever el desarrollo del conflicto, y luego, como corolario esencial, proponer una acción común a fin de evitar la ineluctable matanza. Sin embargo, el mismo problema de Marusia subsistía en toda la Pampa: los viejos cuadros del Partido Demócrata, como Domingo Soto, partidos con estatutos de mediados del siglo XIX, y bogando todavía muy lejos del ideario político de Luis Emilio Recabarren, paradojalmente uno de sus Secretarios Generales en un pasado reciente, sumado a ese anquilosamiento que abotaga los desvanes de ciertas organizaciones tan a menudo divorciadas de la historia, barría poco a poco con las últimas ilusiones de Gregorio Chasqui. El problema radicó en los sindicatos, y los sindicatos de 1925 estaban en su inmensa mayoría bajo la férula demócrata. Fue así como algunos sectores mostraron su disposición para unirse a Marusia y compartir su suerte llegando tan lejos como fuera posible, en tanto que otros, al conocer la bestialidad de los fusilamientos sumarios que habían tenido lugar, declinaron la oportunidad histórica de empuñar las armas. A este cuadro lóbrego se añadían la lentitud y dificultad de las comunicaciones. Fue así que, con el regreso de los emisarios, un desaliento profundo enajenó los espíritus cargados de presentimientos de los combatientes de Marusia. No obstante, los más animosos proseguían organizando la autodefensa, planificando las futuras ofensivas, protegiendo los frentes de trabajo. Pero Gregorio estaba convencido de que despedían parcamente sus vidas, aunque de una manera muy particular, como atisbando furtivamente hacia la Historia, pues sospechaban que su sacrificio estaba envuelto por un confuso halo de ejemplaridad.

-Es la falta de unidad la que nos está matando- comentó Selva en un intervalo que tenía sabor a sollozo. -El enemigo es una sola fuerza y un solo objetivo; nosotros, múltiples fuerzas que tienen que ver más con intereses de partidos o de sectores,

que con un auténtico esfuerzo común para sacudirnos esta pesadilla militar de encima. Mientras tú y yo discutimos, los otros toman decisiones separadamente y ni siquiera se consultan o se informan por cortesía o solidaridad. Te aseguro que en este mismo momento, el "Medio Juan" tiene minado ya todo el Campamento, y por su parte, Domingo Soto prepara una declaración de capitulación a cambio de su célebre diálogo, de su inconcebible espíritu de negociación. Es un "fenicio", y los "fenicios" sólo saben negociar.

-Necesitamos un acuerdo mínimo. No somos capaces por ahora de ganarnos una mayoría relativa de camaradas, porque están impregnados por esa falsa concepción de la lucha que les ha inculcado un siglo de sindicalismo aborregado. Si nuestro comando desarrolla nuevas acciones militares, nos transformaremos apenas en un pequeño grupo de desesperados actuando en nombre de un pueblo que, si no nos rechaza abiertamente, pues eventualmente lo protegemos y nuestras victorias satisfacen su apetito de revancha, sin motivar su espíritu de clase, su voluntad de historia, por otro lado tampoco nos sigue ni nos apoya con entera generosidad a causa de esta misma falsa concepción. Es en la imposibilidad práctica de convencer a los trabajadores de la urgencia de flexibilizar y diversificar sus métodos donde nos estamos jugando el fracaso. Los han convencido durante muchos años de poner todos los huevos en un solo canasto. Por lo tanto, quien propone otros canastos es sospechado de aventurerismo, aun cuando históricamente los hechos le estén dando la razón. Pero las lecciones de la historia no operan en lo inmediato: la historia es una herramienta que sólo puede ser manejada desde el futuro.

-Lo peor es que nos falta todo. Carecemos de imprenta, carecemos de una mínima capacidad de movimiento. Además, ya sabemos que cada vez que el pueblo es aherrojado, mutilado, acallado, asesinado, violado en sus derechos, se nos llama a

nosotros, y somos nosotros los que combatimos en las peores condiciones para devolverle la libertad, a pesar de la represión indescriptible que se nos descarga encima. Pero también sabemos que los pueblos tienen la memoria corta, e incluso, en tiempos de relativa paz social, cuando creen que no nos necesitan, nos ponen fuera de la ley, nos asesinan, nos denuncian como desquiciadores, como enemigos del progreso, sin recordar para nada que es a causa de nuestra sangre que ellos han avanzado un paso más.

-Una cosa tengo clara- dijo Gregorio: -Es verdad que estamos nadando en lo oscuro y que probablemente seremos aislados de los otros antes de ser masacrados, degollados, convertidos en cenizas. Pero sea cual fuere el resultado de esta pelea, deberemos tratar de que otras gentes se enteren a fondo de la naturaleza de los problemas que tuvimos que enfrentar, para que cuando llegue nuevamente otra hora parecida, no se cometan indefinidamente los mismos errores. El precio de nuestro sacrificio será el carácter de advertencia que le iremos dando, ¿no crees tú?

Fue quizás la reunión más agitada en toda la historia de Marusia. Dos mil cuatrocientos ochenta trabajadores, sus mujeres y sus hijos, evaluaron exhaustivamente la situación. Al final, el conjunto de ponencias e intervenciones dejaron al desnudo el problema central, cuya síntesis puede describirse así, precisando de paso que este problema central estaba en realidad expresado por tres grandes tendencias:

En primer lugar, aquella encarnada por Domingo Soto, quien, a nombre del Partido Demócrata y del Sindicato, expuso su punto de vista, planteando la completa deposición de las armas y su devolución; la constitución de un comité encargado de parlamentar con los oficiales que subieran a pacificar la Oficina, utilizando para ello los buenos oficios y la mediación del Párroco; el ofrecimiento incondicional de la jefatura de la

plaza hasta que las condiciones de normalidad fueran alcanzadas. Por su parte, a juicio suyo los trabajadores debían insistir en una cláusula única: la promesa de que ninguna represalia sería ejercida contra nadie. Los trabajadores garantizarían el retorno automático a las faenas y el aplazamiento de las discusiones sobre un nuevo pliego que satisfaciera los problemas más acuciantes contenidos en el pliego recientemente rechazado por la Compañía, sin mediar ningún debate.

-Nuestra estrategia es muy clara- explicó Soto, -pues ganamos tiempo y de paso eludimos un baño de sangre y la destrucción de nuestras fuentes de trabajo. Paralelamente podremos preservar las organizaciones sindicales, único medio para conseguir un día nuestros objetivos históricos.

En segundo término se situaba la ponencia defendida por Gregorio Chasqui, quien propiciaba el alzamiento de todos los Cantones bloqueando, en primerísimo lugar, los medios de suministro de armas pesadas al ejército cuando se apersonara en la Marusia. Chasqui recomendaba atacar de inmediato todos los puestos policiales en servicio en las otras Oficinas, pues servían como caballos de Troya en abierta colusión con los soldados que subían, al hallarse bien instalados en el interior de los Campamentos y con un amplio conocimiento de la gente y de las costumbres de la gente que trabajaba en ellos. Recomendaba a renglón seguido minar las vías de acceso a la Pampa, desde el mar, organizar la autodefensa colectiva, asegurar vías de comunicación con el resto de los Cantones, alertar a los gremios de Iquique para obtener apoyo resuelto de su parte, desarrollar una campaña de información redactando un impreso en miles de ejemplares, dirigiéndola tanto a los pampinos como a los soldados rasos, encaminar toda la acción política a la nacionalización de las salitreras, aspiración capital que venía siendo agitada por las masas del Norte Grande desde los tiempos

de Balmaceda. Este sería el primer objetivo estratégico a partir del cual podría desarrollarse el paso a una segunda fase, cuyo eje se situaba en el plano agrario.

-Ellos pueden, teóricamente, bloquear los puertos desde el mar- observó Gregorio -tal como cuando derrocaron el gobierno democráticamente elegido del presidente José Manuel Balmaceda, pero nosotros podemos bloquear desde tierra todos los embarques de salitre. Nuestro país no puede resistir una paralización de las exportaciones de su única fuente de divisas. Esa es la herramienta que tenemos que manejar política y militarmente: la amenaza de paralización económica del país. La subida regular de tropas a la Pampa para interferir en nuestros conflictos laborales es un efecto: la causa está en otra parte. Debemos obligarlos a sentarse en la mesa de negociaciones sólo cuando estemos en posición de fuerza, a fin de encontrar un acuerdo con el Estado que garantice la calidad y la regularidad de las exportaciones, y por otra, que explore las medidas y condiciones para una nacionalización que permita a los trabajadores participar en la administración de sus fuentes laborales. Entre dos males, y en absoluta situación de crisis interna, el Estado escogerá el mal menor. Pero antes intentará aplastarnos militarmente, pues procurará unir al conjunto de las Fuerzas Armadas, agitando el fantasma de la revolución en las salitreras. Esto cae de cajón. Es ahí donde nosotros vemos la coyuntura principal. Si logramos resistir la avalancha militar que viene, habremos franqueado uno de los obstáculos mayores. Voluntariamente el imperialismo inglés no nos entregará un miserable terrón de caliche. Eso no lo ha hecho jamás, en ninguna época, en ningún rincón del mundo, ningún explotador.

La tercera ponencia procedía del grupo liderado por el "Medio Juan", y era la más radical de las tres. Sostenía que la guerra en el Desierto era el suicidio colectivo de los trabajadores, por lo tanto, recomendaba sin ambages el repliegue con armas y

pertrechos hacia las zonas agrarias de la precordillera de los Andes.

-Debemos levantar en armas a todos esos poblados y preparar las condiciones para recibir otros compañeros que se vayan incorporando- dijo el "Medio Juan". -Para los soldados es muy dificil alcanzar la Puna, y sobre todo, combatir en ella. Allí tiene ventaja el que tiene costumbre. Los caballos que recién llegan, si se los galopa, revientan en sangre. La pólvora no marcha. Los cañones se trancan. Además, como los araucanos en el pasado, nosotros estaríamos siempre descansados, esperándolos, y ellos, en cada operación de ataque tendrían que cruzar doscientos kilómetros de desierto y subir a buscarnos. Este proyecto- añadió -significa una guerra larga cuyo objetivo es provocar la quiebra de las empresas salitreras y obligarlas a abandonar la Pampa. Actuando como un ejército permanente en las alturas, no permitiremos el funcionamiento de ninguna Oficina. Podremos infiltrarnos en ellas, sabotear las instalaciones, convencer a los vacilantes. Pero sobre todo, quiero que tengan presente que no es el salitre el que debe interesar a los trabajadores, porque está decayendo, y ya hemos oído que los alemanes fabrican un salitre sintético más barato que el nuestro. ¿Saben ustedes cuál será el objetivo principal de esta guerra larga que estamos proponiendo? Impedir que se terminen las negociaciones en curso destinadas a entregarles las minas de cobre a los yanquis. El cobre es la riqueza del siglo XX para Chile, como lo fue el salitre en el siglo pasado y en el primer cuarto de este. Operando en las alturas, podríamos cubrir Tarapacá, Antofagasta y Atacama, esto es, una zona de ochocientos kilómetros de largo por una media de doscientos de ancho, sin necesidad de bajar al Desierto sino para incursiones militares puntuales. Y en esta franja están las minas de cobre de Chuquicamata, El Salvador y Potrerillos. Como dice el

camarada Chasqui, ahogaríamos económicamente a cualquier gobierno.

Guacolda Castellanos intervino en nombre de las mujeres. Manifestó en substancia:

-Esta guerra ya empezó y los militares, ahora mismo, están subiendo a matar. No hay oficiales patriotas según parece creer el camarada presidente del Sindicato, y no conversarán con nosotros. Llegarán aquí como fieras sedientas de sangre, puesto que viven de la nuestra. Las Fuerzas Armadas no fueron creadas para defender el país, sino para ocupar el país. Jamás han comprendido los trabajadores que no son otra cosa que esclavos, y que a menudo se les obliga a trabajar con bala en boca. Ante la menor protesta, ante la petición mínima, no es el patrón el que se mueve, sino el contingente militar. Y esto será así mientras exista este Partido Militar que hace los trabajos sucios protegido por leyes y constituciones de las cuales nosotros no hemos redactado jamás una sola línea. Las discusiones son inútiles. Lo único que hay que resolver aquí es si peleamos en Marusia o nos atrincheramos en la Puna.

Pero las apariencias resultaban siempre engañosas. La posición de Domingo Soto, con ser la más inconsistente, tenía adeptos, tenía la mayoría de los adeptos, y algunos hombres de esta mayoría disponían de ascendiente sobre vastos grupos de trabajadores. Lograron pues hacer aprobar la moción sindicalista, y acto seguido se formó una comisión para solicitar al Párroco sus buenos oficios, lo que hizo decir a Guacolda que el chileno es cómodo y ramplón hasta para asegurar su sobrevivencia amenazada, y que con gente así no se podrá contar jamás.

A media tarde, Gregorio y su grupo abandonaron la reunión sin hacerse notar y recogieron las armas para ocultarlas en los sótanos del Teatro. También trasladaron allí una buena cantidad de dinamita y cubrieron los pertrechos y las armas con

capas de papel, viejos periódicos, afiches, decorados, cortinajes y máscaras. El acuerdo era simple: mantener ese refugio en calidad de secreto hasta conocer con certeza las intenciones militares, aunque ninguno se hacía la menor ilusión. Si la agresión se desataba, conservaban una posibilidad de respuesta, y de todas maneras las armas permanecerían a buen recaudo. Ni siquiera mediando la intervención del Párroco podrían ser entregadas. Acordaron ingresar al Teatro sólo en condiciones de absoluta discreción y se encomendó al "Medio Juan" montar un sistema de trampas y defensas con dinamita que, eventualmente, sirvieran para atrapar y hacer saltar al enemigo en caso de allanamiento.

-Nos buscarán- previno Gregorio -y podremos combatir mientras este refugio permanezca desconocido. En buenas cuentas, nosotros les hicimos veintidós muertos y una decena de heridos, y eso es mucho más que un teniente.

El "Medio Juan" añadió:

-Que quede constancia: yo expresé mi opinión con toda claridad. Ahora agrego lo que me callé: pelearemos todo lo que podamos, pero al final nos van a triturar. Esa es la ley de la desunión. Solos estamos perdidos. Cuando ellos se vayan no quedará en Marusia piedra sobre piedra.

-Es urgente que encuentren un refugio para los niños- recomendaba Bakunín a las dos profesoras, Selva y Guacolda. -Para ustedes es más fácil circular puesto que son maestras y deben ocuparse de la escuela. Si los soldados las allanan, estarán a lo sumo, protegiendo a sus alumnos. No encontrando adultos con ustedes, lo más probable es que no los pasen a cuchillo. Acuérdense de "San Gregorio": hay que mantener a los niños lejos de los adultos.

Selva Saavedra y Guacolda Castellanos encontraron una insólita escuela: el Polvorín de la Compañía, vaciado de explosivos por los comandos de Chasqui el día que siguió al

éxodo nocturno de los civiles y militares. Era una gruesa construcción hundida en la costra salitrera hasta el techo. Se entraba descendiendo por una escalinata labrada en los terrones. Los muros eran extremadamente gruesos, de betón armado, y la ausencia de ventanas la hacía interiormente oscura y fresca. Fue barrida, limpiada y acondicionada. Los propios niños trasladaron las silletas y los pupitres. También llevaron frazadas, mantas, agua, elementos combustibles para calentar los alimentos. Inobjetablemente las cosas no son jamás lo que parecen.

*****

-Estamos absolutamente convencidos de que su opinión sobre el Ejército es irreal. Jamás van a pactar con usted.

-Ellos defienden los intereses de la Compañía, y si pueden alcanzar un arreglo sin destruír las instalaciones, pactarán. Pensando en eso hemos obtenido la mediación del Párroco. Además, estamos rayando todo el muro de la entrada principal con consignas.

-¿Qué clase de consignas?

Soto tendió un papel a Chasqui. Este leyó:

-"¡Soldado: tu padre es un obrero del salitre!", y luego, "-¡Paremos la guerra fratricida!".

Gregorio clavó los ojos en el techo, pensativo. Buscaba ciertas palabras. Preguntó suavemente:

-Dígame, compañero, ¿usted es marxista-leninista?

-No a su manera.

-De acuerdo con el marxismo-leninismo, la consigna "Paremos la guerra fratricida" equivale a escribir "Paremos la lucha de clases". No puedo comprenderlo a usted. Nosotros hablamos de derrocar a la burguesía, no de lamerle los zapatos. Hablamos de poner el acento en la substitución de las Fuerzas

Armadas por otras verdaderamente nacionales y profesionales, no de pactar con el brazo armado de las clases dominantes. Necesitamos atraer a los soldados, hijos del pueblo, no a los oficiales, hijos de la clase media vendidos a la oligarquía. Organizar un Estado más justo, equitativo y solidario, no continuar poniéndole fuego verde a un Estado al servicio de una junta de generales y almirantes, coludidos con empresarios, terratenientes y agentes internacionales del capitalismo más salvaje. Por esta causa, usted es incapaz de librar un combate real y profundo en la dirección en que quiere marchar el pueblo, y por tal razón, no debe tener responsabilidades sociales en representación de la clase obrera. Si el movimiento de los trabajadores se comporta ideológicamente como usted, está perdido. Cada vez que lo escucho hablar oigo en realidad la voz del Ejército de Salvación, no la voz de un pueblo que quiere conquistar la libertad de su futuro, el futuro de su libertad, aun si ello fuera al precio de su vida.

-Me esmero por evitar un baño de sangre, ése es mi único deber en la hora presente.

-¿Conoce un solo pueblo en el mundo que se haya liberado sin sangrar? He ahí su primer error de análisis: la libertad no es un regalo. Su segundo error consiste en lo siguiente: el baño de sangre sólo se evita cuando ambos contendientes alínean fuerzas de poderío similar. Esta es una ley histórica. No puede pensar seriamente que un montón de desharrapados desnudos y sin armas pueda imponer condiciones a un ejército regular, armado hasta los dientes, mediante un simple diálogo. En la mesa de negociaciones pesarán siempre más las ametralladoras que los razonamientos.

El Párroco venía con sus flamantes atuendos mediadores por el centro de la calle principal.

Alguien dijo:

-Debimos agarrarlos cuando se fugaban escondidos entre las faldas de las viejas. No estarían ahora a las puertas de Marusia como triunfadores.

-No podíamos- repuso Gregorio.

-¡Sí que podíamos! ¡Arrancaban como conejos!

-Eran treinta carabineros y soldados armados. En torno de ellos, casi trescientas mujeres, niños, ancianos, empleaduchos, jefes, capataces, todos sin armas. Lo pensé varias veces, pero los únicos que habrían escapado son los que están ahora aquí afuera. Disponían de caballos. La verdad es que tomaron como rehenes al personal administrativo de Marusia, e incluso, a sus propias familias, para huír y buscar refuerzos.

-Reconoce que fue un error de tu parte- insistió la voz.

-No puedo- confesó Gregorio, -tengo algunas dudas sobre ese punto.

-Ellos matan sin asco todo lo que se mueve, con o sin faldas. Matan a los que les combaten y a los que no les hacen nada. Cuando se trata de pelear son bastante más serios que nosotros, porque dejan de lado los escrúpulos y las querellas internas, las cuestiones morales y los preceptos religiosos.

-Nos falta la cultura de la muerte. La clase obrera no ha matado nunca.

El Párroco continuaba viniendo por la calzada principal con sus ampulosos vestidos flameando en el viento caliente. Pronto percibieron con nitidez sus ojos huidizos, su nariz de ave enlutada.

-El Ejército está a una legua- informó, dirigiéndose sólo al presidente del Sindicato. -Saldré con un trapo blanco para llevarles el mensaje de ustedes, si tienen alguno.

Soto entregó una carta sellada al Párroco. El grupo de Gregorio escupía el suelo con ostentosa indignación. El Párroco se fue con sus vestiduras flameantes derecho hacia la entrada del Campamento. Le acompañaban dos miembros de la directiva

sindicalista y otros tipos desconocidos hasta entonces. Durante veinte minutos los miembros del comité de parlamento esperaron en silencio. Todo el mundo miraba hacia los anchos portalones de la entrada principal. De repente estallaron numerosos disparos.

Con severidad, Gregorio semblanteó a Domingo diciéndole:

-¿Contó los tiros? No veo para qué tanto despliegue de eficacia. Han convertido al Párroco y a sus acompañantes en arneros.

Corrieron en busca de refugio. Protegido tras una columna de madera desportillada, Gregorio miró hacia la torre de la iglesia. Era una torre vieja, de madera también, terminada en aguja y cruz. Nunca comprendió por qué el primer disparo de las cureñas fue dirigido contra ella. Alcanzada por dos explosiones consecutivas, se repartió en fragmentos ante sus ojos asombrados. Pedazos de madera y barro cocido cayeron sobre las callejuelas circundantes, en el mismo momento en que el fuego cruzado de todas las cureñas silbó removiendo con ardua vocación destructora el inestable silencio de la Pampa.

-¡Mierda! Otra vez "San Gregorio"- murmuró.

*****

Una vez más, Marusia no fue capaz de intuír el alcance de los propósitos enemigos. Después de la repulsa nacional que causó la masacre de "San Gregorio", cuatro años antes, los trabajadores creían firmemente que las Fuerzas Armadas habían encontrado una supuesta vocación de constitucionalidad y de respeto a las leyes, como por obra y gracia del Espíritu Santo. Es por esto que la nueva carnicería alcanzó extremos niveles de eficacia, pues nadie se encontraba todavía oculto o había

abandonado los lugares donde se preparaba la bestial masacre. Salvo una parte de los niños, que fue confinada en el Polvorín de la Compañía, el resto de la población cayó acribillada sobre las plazas, las calles y las calzadillas, alcanzada por las esquirlas de las explosiones, mutilada por las ráfagas, comida por los incendios, cegada por el polvo y atorada por el legal desmadre de la pólvora.

Cerca del fin, centenares de obreros, sus mujeres y sus hijos, marcharon enarbolando paños blancos hacia las tropas que cercaban el recinto, y en patético signo de valor, abrieron sus camisas y enseñaron sus pechos desnudos, pero fueron diezmados sin decir agua va. Años después, un obrero sobreviviente narró el horror a los cineastas alemanes Heynowsky y Heinemann, que lo filmaron. Tres horas duró el primer infierno (pues ellos tienen siempre una enorme reserva de infiernos). Como corolario natural de la humillación, entre los escombros, tras las últimas ventanas de pie, junto al dindel vacío de las puertas desdentadas, los vivos y los muertos escucharon en medio del repulsivo silencio que corona las alevosías sanguinarias del hombre, un isócrono rumor: era el caracoleo de los cascos del caballo montado por el capitán Gilberto Troncoso, a quien las damas del Barrio Inglés apodaban "El ángel exterminador", y las viejas del pueblo, "La Hiena de San Gregorio".

*****

El mando conjunto de las tropas fue concentrado en las manos del coronel Pablo Schultz, perteneciente a la segunda generación de "oficiales prusianos" formada por Emilio Korner. Este último, canalla superlativo, hizo rápida escuela en Chile. Contratado por el presidente José Manuel Balmaceda -quien le conmutó los piojos por galones de coronel en 1890-, Korner se

abocó a la preparación de un moderno ejército para Chile por encargo del Mandatario, pero, una vez alcanzado el primer objetivo, se alió a los ingleses y a los detentores del capital, fueran ellos extranjeros o nacionales, participó en la guerra civil de 1891, contribuyó al derrocamiento del presidente y lo empujó al suicidio. Tratándose de una operación de gran envergadura como la proyectada contra la Oficina Salitrera Marusia, los oficiales criollos, excepto Troncoso, que era un eximio alumno, fueron substituídos por la flor y nata del "prusianismo" castrense.

Mientras el capitán Troncoso efectuaba un reconocimiento del Barrio Inglés para instalar en él el puesto de comando, los efectivos navales y militares acordonaron la Oficina. El comandante Schultz rió de buena gana cuando leyó las consignas pintadas en los muros exteriores:

"¡Soldado: tu padre es un obrero del salitre!"

O bien:

"¡Paremos la guerra fratricida!"

Dijo que eran los mejores chistes alemanes que había leído en su vida.

-¿Qué es eso de "guerra" y "fratricida"?- espetó al teniente Weber: -Para que exista un estado de guerra tiene que haber dos bandos sobre las armas y aquí sólo veo uno. Y por añadidura, una guerra fratricida se desarrolla entre hermanos, y yo no me siento en absoluto hermano de estos macacos.

*****

Las heridas del viejo Teatro habían sido comparativamente leves en relación con los impactos que habían convertido en escombros el Barrio Obrero. Gregorio y el "Medio Juan" se refugiaron en las profundidades del sótano cuando comenzó el cañoneo. Ocultaron las armas en proceso de engrase y retornaron al exterior procurando calcular los efectos del ataque. Entre lluvias de balas, explosiones, montones de escombros, gritos, aullidos, sollozos, silencios, nada, arrastraron poco a poco a los heridos acomodándolos en la oquedad de los pasajes. Más tarde, cuando decreció el carnaval militar, los trasladaron en fugitivas caravanas, ayudados por los sobrevivientes, hasta el recinto de la Escuela, ubicada lejos del Barrio Inglés y lejos del Barrio Obrero. Gregorio contuvo un espasmo de pavor cuando clavó los ojos en la desventurada hilera de cuerpos heridos, tirados en renglera sobre el suelo desnudo, salmodiando sus roncos estertores, macilentos, indefensos y desarmados.

-Igual que en "San Gregorio"- murmuró la media voz del "Medio Juan".

-Vámonos- dijo -que nosotros tenemos todavía mucho por hacer.

Pusieron una cruz roja pintada en la puerta, bien visible, y se empezaron a ir. Más de doscientos compañeros quedaban allí, incluída Guacolda Castellanos, en ese hospital improvisado, muy chamuscado también por las explosiones de la cólera y la pólvora.

-Que Dios los perdone- dijo una vieja voz de mujer.

El "Medio Juan" iba a trasponer la puerta. Se volvió para replicar:

-Sólo se perdona a los que no saben lo que hacen.

Afuera, como no había pintura, trazó con sangre otra cruz roja, más grande, más patética, pero probablemente igual de inútil.

*****

En el sótano, entre las arañas, los otros miembros del comando aguardaban inmóviles, evitando los ruidos, a que la noche cayera amiga como siempre. Se esforzaban por descansar tanto como posible y apartaban las hormigas de sus cabezas rememorando cada uno lo suyo: quien su manzana, su arroyuelo, quien su racimo, su escopeta, quien su perro, su ratón, su mariposa, quien el desvencijado huerto prohibido o las desvencijadas muchachas en los desaparecidos patios vecindarios de la infancia y de la adolescencia. Este rememorar era acribillado constantemente por gritos, órdenes lejanas, taconazos de patrullas, imprecaciones. De vez en cuando, disparos aislados, y en ocasiones, ráfagas. Pero en general Marusia había entrado en una brusca fase de tranquilidad, por lo menos nocturna. Todavía más tarde escucharon carcajadas distantes ahogando sórdidos sollozos de mujer, sobre los que caía después el alcahuete aleteo del silencio. Entonces, ellos, que revenían a la hora presente, evitaban mirarse a los ojos o formular el menor comentario, pues comprendían lo que estaba ocurriendo en el Barrio Inglés con las prisioneras.

-Han comenzado a beber- dijo Bakunín.

-Luego irán sobre el Hospital.

-No puede ser que otra vez vayan sobre el Hospital. Parece una historia maldita por lo repetida.

-Te garantizo que irán. Beben porque saben que allí tienen un trabajo que cumplir.

-¿Y si lo saben por qué están bebiendo?

-El hombre es una hiena, pero siempre preferirá matar con la conciencia cerrada.

-No creo que lo hagan.

-No creo que no lo hagan.

Las carcajadas se habían extinguido de repente. Gregorio enderezó los hombros y escuchó con atención lo que ese silencio tenía que decirle.

-Lo conozco. Conozco este silencio. Viene siempre delante de la muerte.

Justo después estalló lejos, detrás de la plaza, una voz que les recordó vagamente la trompeta del juicio final. Alguien hablaba, y lo hacía utilizando una bocina para ayudarse:

-¡Orden del comandante de la plaza!- gritó la voz: -Deben entregarse todos los subversivos ocultos en Marusia o sus alrededores. Si dentro de una hora no aparecen, será dinamitada la Escuela.

-Ahí lo tienen- musitó Gregorio: -El cerdo uniformado recordó.

Resoplaron ofuscados.

-Ya no necesitan exponer las tropas. Guardan en su poder más rehenes de los necesarios.

Un verdadero silencio ahora, abrió la puerta trampa del techo, descendió la oxidada escalerilla de caracol, y se instaló campeando en mitad del grupo.

-El problema no es ése- precisó Selva rompiéndolo -el problema es saber si nos entregamos o no.

La puerta trampa se abrió de nuevo y descendió otro silencio, y luego otro y otro. Pronto hubo más silencios que hombres. Finalmente alguien dijo:

-Muramos peleando no más, porque de todos modos nos van a hacer mierda. Y porque alguien tiene que empezar la pelea en este país para terminar de una vez por todas con las cabronas discusiones.

Levantaron los ojos hacia la puerta trampa por si seguían bajando más silencios pero lo que retumbó fue la voz del "Medio Juan":

-Okay changos- dijo con su doble media fuerza -entonces todos estamos de acuerdo en que la pelea sigue hasta el último cartucho.

*****

Los heridos escucharon poco a poco la llegada de los dinamiteros. Algunos podían levantar su interés, otros no, débiles y semiconscientes. Guacolda Castellanos, por ejemplo, que era delgada y dulce, estaba más delgada y más dulce con la mitad de su sangre. Pequeña como un pájaro y morena como una cereza madura, temía no darse cuenta exacta de lo que estaba sucediendo. Rodó sobre las piernas de los heridos próximos y consiguió arrastrarse hacia la distante puerta de la sala. Tan lejana y ya sin sangre para acercarse a ella y poder comprender. En el exterior brotaban discusiones, órdenes, gemidos, golpes. Una voz de mujer cazada por la desesperación gritaba:

-¡Los milicos van a volar la Escuela si no se entregan esos condenados!

Guacolda Castellanos y los otros comprendieron perfectamente. Siguió su terca marcha arrastrándose boca abajo. Oía los golpes y las imprecaciones y sabía que era a causa de las mujeres, las hijas, los familiares de los heridos, que trataban de proteger la Escuela. En un comienzo, los soldados parecían apartarlas a empujones, pero luego utilizaron las culatas de sus armas.

Los moribundos miraban con expresión ausente a Guacolda, que reptaba por el centro de una doble hilera de pies cuyos dedos apuntaban al techo. Miraban tal vez sin comprender, porque ellos también se estaban quedando con la mitad de su sangre.

Los aullidos, chillidos, gritos y golpes se habían hecho estremecedores. Era como si la histeria hubiera desatado todos

sus cordajes. Un viejo antiquísimo movió la cabeza para que Guacolda Castellanos descifrara el oculto sonido de sus labios:

-Encendieron las mechas- musitó, con una antiquísima sonrisa también, que vino a colgarse de su cara cruzada por redes de arrugas profundas como el sufrimiento.

-¿Es cierto?

-Es cierto. No pudieron quebrarlos. Los changos van a seguir peleando .

El pálido rostro oscuro de Guacolda Castellanos se iluminó entonces como una fruta oscura y reluciente.

-Si no siguieran, este país sería inhabitable- dijo.

-Yo siento cómo el fuego avanza sobre la mecha- avisó el viejo -y también siento que no es la escuela la que va a reventar, sino algo mucho más alto y más lejano.

-¿Algo como qué?

-Estimo que ellos van a volarnos el miedo. Cuando no tengamos más miedo, ni una sola cuña se atreverán a meternos. Es por amilanados que nos han estado dominando tanto tiempo.

Un chico tostado, magro, barnizado con su sangre, oyó estas palabras y sonrió apacible.

Guacolda no quiso contenerse:

-¡Qué grande!- gritaba -¡Van a seguir!

Y eso fue todo.

Segundos después desaparecieron en el vasto hueco caliente del cielo del Desierto de Tarapacá, para siempre sin miedo, mezclados con las partículas sabias de lo que fue la Escuela de Marusia, que una vez tuvo en su puerta una cruz torcida y pintada con sangre.

*****

El médico se llamó Leandro Salado. Camino de la Casa del Directorio, escuchó la explosión de la escuela-hospital, se paró en mitad de la calzadilla, bebió un largo sorbo de whisky, guardó la botella en su maletín profesional, y prosiguió caminando. Debajo del polvo blanco que curtía los ramajes, los pimientos estaban probablemente verdes, pero él tenía la cabeza en otra parte.

Saltó de dos en dos las gradas que llevaban a la puerta de la Casa del Directorio y penetró en la sala de espera. Fue recibido en el acto. Dijo:

-Señores: mi presencia es inútil en una guerra donde no hay heridos. Pido la cancelación de mis honorarios atrasados y mi desahucio del hospitalillo de la Oficina Salitrera Marusia.

El Subadministrador general tosió.

-No estoy autorizado para despedir a nadie ni dejar salir a nadie del Campamento. Usted está obligado bajo juramento a cumplir con su deber.

-Mi deber ha cesado con la dinamita, y los cañones han despedazado mi juramento, caballeros. Puede que mi deber esté en otro sitio más pacífico y más necesitado que éste. Porque finalmente se trata de mi deber y solamente yo puedo saber cuál es.

-¿Ha estado usted bebiendo?- La pregunta procedía de los labios sibilinos del capitán Gilberto Troncoso.

-Una sola copa entre dos botellas- le contestaron -porque sólo bebo lo que pago. Pero ni siquiera ebrio he matado a nadie.

El comandante Pablo Schultz pronunció entonces una frase memorable:

-Desclasadus habemus- dijo.

El médico se volvió.

-Comandante, en mi larga vida he visto ya ojos peores que los suyos, y he visto morir tanta gente, bajo tantas circunstancias

distintas, que usted sentiría una profunda envidia si pudiera contar todos aquellos cuerpos.

Un silencio pasó al galope. Lento.

-Se ve, doctor Salado, que no comulga con nosotros. ¿Pretende pasarse al enemigo?

-No me daría el cuerpo para pasarme a tantos enemigos como los que usted tiene, comandante. Sólo pretendo cobrar mi salario pendiente e irme a Iquique.

-¿Cómo?

-Caminando.

-¿Toda esa rimera de kilómetros?

-Con cuatro litros de whisky, dos de agua y un mojón de queso, voy y vuelvo. No se ocupe de mí.

-Perfecto- aprobó Schultz. -Sus honorarios serán pagados en especie-. Miró al Subadministrador, que escuchaba con oído subalterno: -Déle exactamente lo que pide y hágale firmar su hoja de cancelación.

Los pimientos seguían blancos cuando el médico Leandro Salado abandonó las oficinas administrativas. Se apoyó en uno de ellos para sacar una piedra de su zapato derecho y prosiguió marchando. Cruzó las calles de Marusia, y luego las calzadillas por el costado del Barrio Obrero, a pleno sol. Su maletín profesional estaba atiborrado y ello se veía. Iba silbando como un pájaro en una región sin pájaros, rojo como una naranja en un país sin frutos, que es el Desierto. Todo el mundo lo vio pasar. Salió al exterior del recinto por la puerta principal del Campamento y se perdió entre los altos terrones -como casas- por la reventada corteza de la Pampa.

Poco menos de una hora más tarde, el capitán Troncoso hizo un signo al teniente Gaínza.

-Coge tu caballo- dijo en voz baja -y vete a dar un tonto paseo solitario. Para evitar riesgos puedes salir por el boquete que hemos abierto en este lado del Muro del Oeste. Bájatelo sin

asco y regresa, no sea que el ejemplo de este matasanos haga cundir las deserciones. Además, el tipo puede convertirse un día en testigo molesto. Se debe eliminar a los intelectuales como a la peste bubónica o a la mala hierba. ¿Me comprendes?

-No te preocupes- dijo Gaínza. Hizo una curiosa pausa. -Hubiera preferido retarlo a duelo- admitió -pero ya sé que me dirás que la guerra es la guerra.

Salió cabalgando del Campamento. Dos horas más tarde regresó su caballo, solo y atemorizado, con babas en los belfos y cascos nerviosos. El célebre capitán Troncoso palideció. No estaba seguro de haber comprendido bien, pero la evidencia tocaba a sus narices una y otra vez: Gaínza estaba bien muerto. Nadie sabría nunca dónde. Y sólo él podría decir cuándo murió y por mano de quién.

*****

En el Barrio Obrero la presencia del médico Leandro Salado causó estupor. Apareció de repente, vestido de levita, con sombrero alto, cuello duro, corbata flotante y su maletín profesional. No bien la extraña nueva llegó a sus oídos, Gregorio Chasqui salió a encontrarlo.

-¿Viene por los heridos, doctor?

El médico rió. Alzó en vilo su botella y sorbió despacio.

-En parte, en parte, si puedo ser útil. Porque "Desclasadus Habemus", como dice Schultz, el rufián intrínseco. ¿Cómo te llamas?

-Gregorio. Gregorio Chasqui.

-¿Y aquél otro?

-"Medio Juan".

-En realidad vengo a ver cómo la querida chusma hace la guerra a la canalla dorada- dijo. -Salud y plata.

Gregorio pestañeó deslumbrado.

-Usted está herido, doctor. Permítame ayudarle.

El médico, ofendido, lo empujó por el hombro.

-¿Qué te imaginas?- gritó. -Esta sangre no es mía. Aprende a distinguir los glóbulos rojos que tiene un hombre honrado. Además apesta- agregó. -Deja que me quite la camisa para no envenenarme.

*****

La respuesta a la voladura de la escuela-hospital se produjo esa misma noche. Unos trescientos soldados fueron enviados al interior de la iglesia para escapar del frío, dejando en el exterior pequeños piquetes de guardia que debían patrullar las calles adyacentes y, eventualmente, las manzanas vecinas. La iglesia se hallaba en cierto modo aislada. Era una construcción baja, de madera, cuya parte alta había estado constituída por un frontispicio de barro, piedra, cañas y una torre. La torre fue derrumbada a cañonazos, pero en general, el resto del edificio se conservaba en buen estado y podía servir perfectamente de refugio a los militares, ya que sus fieles, tan a menudo abandonados por su Creador, yacían muertos en las calles momificándose al frío y al calor, pues los cuerpos en la Pampa no se descomponen. O huían aterrados en la gélida noche, levantándose y cayendo sobre los crueles terrones de la sal.

Tras la voladura del hospital improvisado en la Escuela y la consecuente masacre inmisericorde de los heridos, el "Medio Juan" comenzó a trabajar ayudado por un equipo en los sótanos del Teatro. Empleando trozos de lienzo y cuerdas delgadas, pusieron a punto una decena de zurrones cuya utilización resultaba muy simple: se trataba de arrojar con los zurrones cuatro o seis cartuchos de dinamita firmemente atados en paquete. Mientras más largo era el par de cuerdas del zurrón,

más lejos volaba la paloma mortal. En suma, era la variante pampina del célebre zurrón de David. El "Medio Juan" lo sabía, y cantaba por eso mismo una copla del norte que comenzaba diciendo:

"No hay Goliath sin su David
Ni David sin Bethsabé
Ni Bethsabé sin zurrón
Ni zurrón sin ellos tres".

Había enroscada en los muros una noche cabronamente helada. Sobre los pocos techos de Marusia todavía en servicio activo, brillaba ahora una chueca luna piojosa a medio camino de la creciente, garrapateando sombras insomnes e incitando perspectivas feroces. Como después de las lluvias de 1911 pensaron todos. Salvo los sollozos que provenían del costado de la Escuela -esto es, del cráter que marcaba el lugar en que estuvo-, reinaba en su apogeo el escuálido, el resistente silencio del Desierto. Un viento delgado cabalgaba por las calzadillas, callado también, como si fuera un viento muerto. Tal, el panorama.

El comando de doce sombras abandonó el Teatro por la puerta de hierro que sirvió en la época de fasto para evacuar la basura. La puerta daba a un pasaje muy estrecho y negro y no era visible desde la plaza. Tres de los hombres se acercaron a la iglesia por el interior del derruído Barrio Obrero, empleando para ocultarse los muros agujereados, los fragmentos de paredes y puertas, las ventanas maltrechas, la seccionada ciudadela entera. Pronto treparon a algunos techos que resistían y prepararon un ataque que prometía pagar bien. Otros dos comandos de tres hombres cada uno, dirigidos por el "Medio Juan" y Bakunín Frías, ejecutaron un rodeo muy extenso para atacar desde el lado opuesto. El plan consistía en cubrir de

dinamita la techumbre de la iglesia, usando los zurrones, que tenían un alcance de cincuenta metros, sin problemas de puntería y sin riesgo cierto de contrataque fulminante por parte de las ateridas patrullas de soldaditos muertos de sueño, que dormitaban a la sombra de las paredes de litúrgica madera. Sólo había que encender las mechas a cubierto y, sin mostrarse en exceso, disparar las cargas tanto al techo como al pie de los muros. Se calculaba que, pese al golpe de las cargas cayendo y rodando en la calamina, la reacción de los soldados dormidos tardaría en concretarse por lo menos dos o tres minutos, lo que permitía ejecutar el plan completo. Había también cargas previstas para el pórtico de acceso, por donde forzosamente tenía que escapar la mayoría de los infortunados durmientes.

El operativo sobrepasó con creces las expectativas. Más de diez paquetes habían sido colocados ya en los sitios previstos y nadie reaccionaba. Nadie lo hizo, en verdad, hasta que comenzaron las explosiones en cadena. El techo cayó incendiándose como un diluvio de chispas zaherido en múltiples sectores. Una granada lanzó por los aires a los integrantes de la patrulla que custodiaba el pórtico. El resto buscaba refugio como podía trastabillando en la penumbra lechosa a causa de la luna que ahora lo anegaba todo. En diez minutos el incendio arrasó con los lugares. Desde el único pimiento de la plaza -ahí donde fueron fusilados cuatro anónimos pampinos por la pura prepotencia del chacal Troncoso-, Gregorio Chasqui y su comando abrieron fuego graneado contra los que huían traspasados de frío, de sueño y de miedo. Como acontece siempre, a causa de que la tierra es redonda, el miedo de todos los otros muertos vino a juntarse con el miedo de los vivos, y este miedo era ahora el mayor bagaje que transportaban. Treinta y seis soldados muertos y setenta y cuatro heridos fue el saldo de la acción. El comando no registró ninguna pérdida.

Hubo dos comentarios muy parcos sobre este resultado. Chasqui bramó:

-Y todavía dicen que los picasal somos cobardes y no sabemos pelear.

El coronel Schultz, en otra parte, estaba diciendo:

-Queda claro que por el momento no se puede dormir a pierna suelta en Marusia.

*****

-¿Dónde buscar? ¿A quién buscar?

La pregunta la formulaba precisamente el coronel Pablo Schultz a su Estado Mayor, reunido en la Casa del Directorio.

-Salvo en el ataque a la iglesia se han comportado hasta ahora como borregos- prosiguió -pero no podemos ametrallar indiscriminadamente a todos los sobrevivientes, porque son demasiados, hay mujeres, hay niños, y viven fuera del recinto, en descampado.

-¿Cuánto tiempo tenemos, comandante?.

-Todo el tiempo necesario. Aquí no hay periodistas, y mientras yo viva, no entrará ninguno. Resolveremos los problemas de la Pampa de una vez por todas.

La opinión del capitán Gilberto Troncoso fue expresada con absoluta limpidez:

-Propongo una limpieza a fondo, calle por calle, casa por casa. Para hacerlo es indispensable reanudar las faenas, dejar salir a los hombres a sus frentes de trabajo. Ninguna mujer, ningún niño, ningún perro abandonará Marusia ni sus alrededores. Llámenlos nuestros rehenes. Y mientras no sea denunciado el comando instigador, fusilaremos diariamente en público un número de sospechosos a determinar, seleccionándolos a ojo de buen cubero.

-¿Dónde quiere llegar con todo eso, se puede saber?

-A la captura de un grupo que si se nos escapa puede un día revolucionar todo el Norte Grande.

-Explique lo que entiende por grupo- dijo Schultz: -Cuántos son, qué hacen, dónde quieren ir.

-Es curioso- murmuró el exterminador, pensativo y vago - pero dispongo de referencias tan ambiguas que por lo pronto no voy a precisar nada. Supongo que se trata de un piquete de la Federación Anarquista que quiere disputar la conducción de los trabajadores a los viejos cuadros sindicales del Partido Demócrata.

-Su lenguaje es muy preciso, capitán. Se le ve en su elemento.

-Mis elementos- corrigió Troncoso tras una burlesca inclinación de cabeza: -Soy una especie de catedrático en el combate contra los cuadros subversivos.

*****

El teniente Weber inició los allanamientos temprano al día siguiente. Venía de un regimiento de Temuco y pensaba casarse en el curso de la primavera próxima. No sabía nada de la Pampa y ésta era su primera designación allí. Para esquivar las emboscadas, prefirió suprimir toda excursión nocturna, de modo que comenzó a operar en pleno día. Diez hombres fueron conducidos atados y encadenados, hasta el Muro del Norte, aquel que miraba en dirección de las pétreas sombras rectangulares del Cementerio, acosado ahora por una incontrolable explosión demográfica. Desde allí podía ver las cuadrillas de soldados conduciendo las carretas repletas de muertos, y las otras cuadrillas, que cavaban enormes fosas comunes. Ignoraban que los muertos no se pudren en la Pampa y

que se les puede arrojar en cualquier parte sin necesidad de enterrarlos.

El teniente Rolf Weber se permitió una licencia: ordenó a las mujeres que estuvieran casadas con algún condenado, presenciar el fusilamiento. Ellas recibieron un plazo de media hora para apersonarse. Por una atávica mecánica acomodaron sobre sus desamparadas cabezas el negro velo funerario de innúmeras culturas terrestres. Un mantón funerario también sobre sus espaldas encorvadas. Trotaron aindiadamente -en fila india-, los rostros contra el suelo, hacia las gigantescas puertas de Marusia, que traspusieron para seguir trotando hasta el lugar del crimen. Iban todas calladitas, agachadas, menudas, amarillos los rostros, doloridos los pechos, como sólo si sobre sus propias conciencias recayera aquella sangre amada. Cuando vieron a sus hombres erguidos y solemnes, hirsutos, despeinados, casi desdeñosos, moviendo los pies para que sonaran los hierros, sin una sola sombra de temor en las caras curtidas por la vida torpe, el resorte natural del llanto se quebró y algunas aflojaron lágrimas pequeñas y sollozos cortados, considerando tal vez que para esa forma de horrenda existencia subhumana que era la suya, la expresión pública del dolor debía ser también un acto vergonzoso, reprochable y clandestino.

El teniente Rolf Weber gritó entonces una frase que retumbaría todos los días, a cualquiera hora, en ese mismo lugar y en idénticas circunstancias:

-¡Tienen un minuto para hablar!

El minuto transcurrió con la impasibilidad de un siglo. El viento sopló los débiles sollozos alejándolos, movió sus vestiduras negras. La espera fue cortada por el gallardo relámpago del sable bajando desde su orgullo de acero hasta su orgullo de acero. Tres descargas se hicieron necesarias para matarlos por completo.

-Son huevones duros- reconoció Weber, mientras enfundaba con meticulosa urbanidad el pálido fulgor de su acero imperdonable.

*****

Esa noche hubo otros dieciséis muertos. Un comando se filtró hasta la plaza presidida por el único pimiento, testigo de su tiempo, iniciando un ataque combinado con el grupo del "Medio Juan", maestro en el arte del sabotaje. Dos hombres bastaron para incendiar la Planta Granuladora, con mil cuatrocientas toneladas de concentrado, provocando un largo incendio. Gregorio y sus hombres bloquearon por más de media hora la plaza, intentando atraer piquetes hacia los pasajes minados, pero los soldaditos se limitaban a responder al fuego sin contratacar, a sabiendas de lo que les esperaba allá en lo oscuro.

*****

Gregorio Chasqui decidió cumplir durante el día las instrucciones de los militares: ordenó a todos los miembros de los comandos que concurrieran normalmente a sus trabajos respectivos.

-Es una forma de durar un poco más- explicó. -Cuando se sepa lo que pasa aquí, tendría que desatarse una huelga general, y ya saben ustedes que una huelga general es la sola cosa que podría aliviar la presión sobre nosotros en Marusia. Hay que enviar camaradas para convencer las Oficinas de "Pontevedra" y "La Coruña".

Fue a causa de esta decisión que los hombres del comando -los sobrevivientes- formaron también en la plaza, junto a los pampinos que habían regresado al trabajo, el 23 de marzo de

1925, para escuchar el famoso Bando Militar Número Once, que les fue comunicado de este modo:

"-Los trabajadores que abandonen el Campamento de Marusia- leyó el mayor Bruno Hoffer -serán considerados como desertores. Publicaremos una lista con sus nombres para que puedan ser ejecutados sumariamente dondequiera que se les encuentre. Además sus familiares recibirán sanciones. No habrá turnos de noche. Todo el mundo debe recogerse a sus viviendas entre las 21 horas y las seis de la mañana. Será fusilado en el acto quien transite durante el toque de queda y no lleve consigo una justificación especial y formal, firmada por el jefe de la plaza. Este estado especial se prolongará hasta que los responsables de los delitos, cuya nómina detallará el teniente Rolf Weber, se entreguen, para ser puestos a disposición de las autoridades militares.

Con voz monótona, el teniente Rolf Weber leyó:

"-Asesinato del señor ingeniero Herbert Tatcher. Asesinato de dieciséis policías de servicio, con ataque a la Tenencia de Carabineros de Marusia, hurto de material militar y destrucción parcial del edificio. Asesinato de quince soldados de la República empleando dinamita. Asesinato y heridas a noventa soldados de la República, con destrucción total de la iglesia de Marusia. Asesinato con armas de fuego de trece soldados de la República de guardia en esta plaza. Sabotaje a las líneas telefónicas, telegráficas, vías férreas, incendio de la Planta Granuladora, robo de explosivos, robo de armamento militar, constitución de asociaciones clandestinas destinadas a subvertir el orden público, daños económicos múltiples a la sociedad y a la propiedad privada, y daño económico y moral al país entero.

El mayor Bruno Hoffer añadió:

"-El señor comandante de la plaza de Marusia, coronel Pablo Schultz, me encomienda leer el siguiente mensaje personal:

"A los trabajadores de la Oficina Salitrera Marusia:

"Estoy convencido que sólo un grupo de individuos intrínsecamente perversos es responsable de esta ola de crímenes. Cada trabajador, cada familiar, cada hijo de trabajador, tiene el deber patriótico y moral de dar a conocer sus nombres a esta comandancia en jefe. Sólo cuando yo lo quiera cesarán las medidas de excepción. Los señores subversivos se encontrarán con la horma de su zapato: aquí el único subversivo soy yo. En Marusia no se mueve una hoja sin que yo lo sepa. A muchos de ustedes parece encantarles la palabra dictadura, y piensan en extranjerizantes dictaduras del proletariado. Yo les voy a mostrar otra forma de mandar la sociedad: la dictablanda, o democracia totalitaria.

"Eso es todo, señores".

Hoffer plegó las páginas que estaba leyendo y miró la vasta audiencia silenciosa. Los hombres no movían un músculo de sus rostros, pero nadie hubiera podido jurar lo mismo con respecto a los arrogantes músculos de su rabia secular.

*****

Desde lo alto de la Torre de Control de Tráfico, Gregorio Chasqui contemplaba ese mismo día, por la tarde, melancólicamente, las maniobras de los trabajadores que reparaban las vías férreas. "Destruimos la noche, construimos el día", pensó inevitablemente, y era como si hubiera comprendido que tejían y destejían. Por todas las calzadillas, silenciosos grupos de trabajadores caminaban hacia los frentes de trabajo o volvían de ellos. El despliegue militar que vigilaba estas acciones era considerable. Una sensación de inminente normalidad lo invadió. De repente, su corazón tuvo un sobresalto a causa de un súbito camino tomado por su pensar:

-¿Quién nos denunciará?- murmuró, -¿Cuántos días me quedan de vida?

Críspulo Llantén parlamentaba con un grupo de soldados al pie de la Torre. Fue autorizado a subir.

-Cuatro se están yendo para "Pontevedra" y "La Coruña", Gregorio.

-¿Solteros?

-Pero no vírgenes. Propondrán la organización de un contracerco a Marusia. La idea es comenzar a sacar las mujeres y los niños en los carros calicheros una vez que las vías sean reparadas. Selva tendrá que ocuparse del embarque organizando la partida desde el Polvorín. La línea pasa a cincuenta metros.

-Correcto. ¿Para dónde se van?

-Se van para la Oficina "Recabarren". Ya salieron hacia allá ocho compañeros. Todos los grupos tendrán que hacer la marcha a pie. Pediremos la protección de los compañeros de "Pontevedra" para nuestros niños.

-Hay que mantener secreto ese Campamento.

-Seguro.

-¿Qué se hizo el presidente del Sindicato?

-Desapareció. Yo creo que rajó a "Pontevedra" o "La Coruña", o más lejos quizás, a "Argentina" o "Galicia". No lo sabe nadie. En todo caso, por alguna de esas Oficinas anda. Si es así...

-...no hay ninguna posibilidad de auxilio que venga de ellas- completó Gregorio. -Se encargará de contar una historia a su medida. Pero no creo que delate- comentó pensativo. -En todo caso, nosotros estaremos siempre separados, por si uno cae, para que los otros puedan seguir. Estoy casi seguro que antes de mayo habrá huelga- afirmó golpeando su mesa de trabajo. Tiene que haber huelga. ¿Tú crees que resistiremos un mes?

-Te contesto en un mes.

-¿Pero qué piensas tú?

-Me saco el gorro ante los camaradas, incluso aquellos que no piensan como nosotros ciento por ciento. Tú sabes que a pesar de los fusilamientos, de las torturas, de las violaciones, de las orgías de sangre que se están mandando, nadie ha dicho todavía una palabra.

Gregorio volvió a golpear la mesa con el puño, invadido por un rudo sentimiento de impotencia:

-¡Qué mierda- suspiró con rabia -no saber escribir para contarlo!

*****

-¡Diez es poco- gritó el capitán Troncoso -cójanme veinte!

Y una hora después, veinte obreros ceñudos, veinte ácidos calicheros venidos de distintas regiones de América Latina, con las manos atadas y las caras vueltas contra el Muro del Norte, esperaban tranquilos su ración de ignominia por la espalda.

El capitán Troncoso desenvainó el sable, concedió el minuto de rigor, y antes de bajarlo, percibió una reacción extraña. Hasta ese momento las mujeres invitadas al fusilamiento de sus hombres no habían emitido el menor murmullo, pero apenas hubo formulado la propuesta, escuchó algo enteramente insólito: un cacareo. Era tenue al comienzo, y después iba creciendo. Su brazo quedó trabado antes del vuelo, anegado de parálisis en lo alto del gesto. Desde el fondo de los pechos esmirriados, desde la augusta concavidad donde se retuerce el dolor humano, de la desesperación, de la impotencia, surgía aquel cacareo horrible de aves malditas, incapaces ahora de llorar, secos los ojos, agotado el pantano, el manantial, la semilla del llanto, el palpitar de los sollozos. El abotonado homicida miró y por primera vez sintió en sus venas corrompidas un pequeño latido minúsculo e informal. Las mujeres parecían más pequeñitas que nunca, más negras que nunca bajo sus vestiduras,

movidas por el viento de la Pampa como lentos crespones nocturnos, como ráfagas de noche, con sus grandes y desamparados ojos abiertos, mirando rectamente a los ojos del dolor que no se expresa más. Y cacareaban estremeciendo los hombros, los vientres agostados, los senos fláccidos, las torcidas pantorrillas, mirándolo a él, mirando su sable carnívoro, mirando su rostro, ese rostro insondable, enmascarado por una extraña y bestial hermosura, la hermosura de los ahitos. Eran ojos negros también los que lo semblanteaban, pero grandes, pero desorbitados, pero carboníferos, destacando como agujeros en las caras flacas sombreadas por secos pelos negros o canos. Detrás de ellas, encima de ellas, crepitaba desolante un silencio sin techo, una ausencia de vida tan intrincada que la escena repercutió en su memoria, y pensó fugazmente que la práctica de la muerte, su eficacia para condecorar con muerte los pechos humillados, su destreza para exterminar seres humanos atados como bestias, encadenados, comenzaba a habitar su imaginación con una forma de delirio tremendo. Y ellas no paraban de cacarear. Los fusileros -veintiuno- permanecían en posición de tiro mirando a Troncoso con el rabillo del ojo, cuatro de pie, tres con la rodilla en tierra. Más lejos, otros cuatro de pie y otros tres con la rodilla en tierra. Y más lejos todavía, tres con la rodilla en tierra y cuatro de pie. Una sola carabina estaba cargada con balas de fogueo: las otras, con balas de guerra.

Cuando descendió el sable, el cacareo cesó instantáneamente. Cayeron los hombres después de chocar sacando astillas de los ladrillos ocres, empujados por los desmesurados proyectiles (eran balas de carabina). Acto seguido, los jóvenes fusileros se alzaron, se alinearon y se cuadraron ante el jefe.

-¡A discreción!- ordenó Troncoso.

Volvió hacia las mujeres un rostro nuevo, aliviado, una tierna máscara envolvente, una mirada azul, una sonrisa cuajada

de luminosa alegría, de buenas acciones, de deberes cumplidos. Ellas estaban aplaudiendo ahora, muy excitadas, y cacareaban redoblando el volumen y el peso de su cacareo hasta que toda la tarde del Desierto se cubrió con un crujido de gallinas humanas que olvidaron llorar, un cacareo que se descascaraba en nombre de todos los huesos calcinados, de los ojos tumefactos, de los pechos hundidos, perforados, rotos, de las cortadas manos, en nombre de razas enteras aplastadas por coágulos de sangre y escarnio, grandes como témpanos rojos. Un cacareo que preludiaba el sonido exacto con que las manos destrozadas procederían a alzarse y matar, matar, matar, buscando a tientas, en mitad de la cruenta estulticia de la historia, y entre todos los días, el más día de todos.

*****

-Dí: ¿quién eres hoy?

-¿Hoy? Tu compañera.

Es casi medianoche. Un único perro amnésico -ha olvidado el frío y la hora-, distante, seguramente sin uniforme, taladra con sus ladridos la negrura del cielo de Marusia.

-Siento que somos como un país- murmura la ronca voz de Gregorio, -un país lleno de sueños, de árboles, de venas, de besos, de ciudades.

-Eso somos- dice Selva -un país que se defiende con amor.

La mano de Gregorio solaza el duro pezón moreno y breve, la boca de Gregorio bebe directamente de su púa de greda. La mano de Selva escarba como un hurón en los matojos renegridos del pelo. Las piernas hambrientas se enroscan como raíces ciegas. Las bocas se agreden repitiendo desde antiguo el fragor de su voracidad inenarrable.

Más tarde, Selva se acurruca bajo el brazo seguro y protector, y respira pensativa, aquietándose.

-Hoy te has vaciado en sangre- musita a media voz, casi dormida: -He sentido que me inundaste en sangre, y que tu sangre querida se filtró hasta mi mismísimo corazón-. Y después de un silencio: -¿No será que te vas a morir, Gregorio Chasqui?-.

*****

A las cinco de la tarde (hora de Lorca), corrieron a avisarle al "Medio Juan" que los soldados estaban allanando el Barrio Obrero, mientras la mayoría de los hombres se encontraba en los frentes de trabajo. El "Medio Juan" desocupó su casa de su media mujer y de sus medios hijos, y también pidió en voz alta que se fuera todo el mundo de las casas vecinas a la suya. Luego cogió sus amados cartuchos dc dinamita y los metió en la cintura, haciendo con ellos un círculo que le empezaba en el vientre y le terminaba en el vientre. Ocho cartuchos metió. Encima puso una camisa suelta y se sentó a la mesa para beber tranquilamente su botella de vino. La finalizó y destapó otra. En su mano derecha conservaba el cuchillo con el que despuntaba las guías. Mascaba a dos carrillos y descargaba un vaso de su peso, cuando golpearon la puerta. No golpearon: patearon la puerta.

-¡Come here!- gritó el comensal.

-La puerta se abrió de golpe. Divisó en la claridad de la calleja -pues estaba sentado justo enfrente- las siluetas de varios soldaditos que le apuntaban a través del dintel.

-Sale con las manos en alto- dijo uno.

-Pasa- repuso el "Medio Juan" -como ves estoy haciendo la mañana.

Entraron. Sin dejar de apuntarle, miraron cautelosos alrededor hasta asegurarse que el hombre almorzaba solo. Aparecieron otros. Luego otros. El "Medio Juan" estaba

perdiendo la cuenta, pero sabía que en la calle había todavía más.

-¿Tienes orden de allanamiento?

-¿Qué mierda pasa?- gritó con rabia una voz desde la calle.

-Que vengo de mi trabajo y estoy comiendo- respondió el "Medio Juan".

Por la puerta asomó el rostro del teniente Rolf Weber.

-Ven acá- dijo.

-Como quieras. Estoy a tu disposición.

-Y no me tutees.

-Tú tampoco.

Levantándose con parsimonia, bebió un nuevo vaso de vino, cogió su cuchillo y se abalanzó contra el oficial. El teniente parecía esperar el ataque, pues había visto sin duda el cuchillo sobre la mesa, de modo que levantó su arma de reglamento y disparó fríamente, varias veces, contra el cuerpo del "Medio Juan". Una bala dió en el verdadero blanco. Las explosiones fueron sucesivas y crecientes. Cuando disipó la humareda, la casucha, el "Medio Juan", los soldados, tres arbustos de escasa altura que vivían en la calle, la mitad de cada una de las casuchas de los costados, y las mallas de alambre que cubrían las ventanas de toda la cuadra, habían desaparecido. Como una simple curiosidad, se dijo que los primeros que llegaron al lugar, comprobaron que un brazo del teniente Rolf Weber apareció incrustado en las rejillas de la ventana de la casa de enfrente. El brazo que había disparado.

De boca en boca corrió la historia del cinturón de dinamita del "Medio Juan". El resultado inmediato fue que se acabaron los fusilamientos sumarios, porque los soldados se negaban a entrar a las casas y era imposible ir a buscar quinteados a los frentes: allí un puñado de militares inexpertos no podía nada contra centenares de trabajadores. Había surgido un arma que no

podían contrarrestar. El teniente Troncoso espero el regreso cansado de los trabajadores que volvían en desorden. Capturó cien y los hizo conducir al Muro del Norte, ese mismo día, no ya para fusilarlos, sino para ametrallarlos en mitad del crepúsculo, sin mayor explicación, para vengar, como es natural, la muerte del teniente Weber. Alguien, un soldado, un anónimo espectador, tal vez, fotografió la escena. Esas fotos se conservaban en Iquique aún a fines de 1973. Las miré largamente cuando me las mostraron. Veía hombres cayendo de costado, hacia atrás, hacia adelante, hombres caídos, hombres de pie. Todos estaban alineados contra los ladrillos, de espaldas a la boca de las ametralladoras. Estas se hallabán emplazadas así: tres, del tipo de tambor", dispuestas en fila horizontal, regaban de plomo sistemáticamente el horizonte de carne que tenían ante sí. A la derecha, uniformado (con el uniforme de oficial de la República), estaba el capitán Gilberto Troncoso, de perfil, contemplando el delirante espectáculo. Pero en su rostro no había la menor expresión, sino un vago aire profesional, de conocedor, de entendido en la materia. Sobre la foto no pude percibir ninguna mujer, pues se hallaban probablemente a espaldas de las piezas de artillería. Tampoco pude oír el menor cacareo.

*****

Remigio Albornoz regresó de "Pontevedra".

-No habrá huelga ni insurrección, Gregorio.

-¡Mierda!

-Sólo discuten una huelga para más adelante. Quieren que se desate en todos los Cantones del "Alto de San Antonio".

-No tienen infraestructura para hacerla.

-Se los dije. Pero piensan que podrían extenderla a todas las Oficinas de Tarapacá, y con suerte, propagarla sobre Antofagasta.

-La suerte no existe, Remigio.

-Yo sé. Pero ellos no han comprendido lo que significa la organización de las cosas, las acciones coyunturales, los movimientos de solidaridad. Creen que hay alguien que vela por nosotros.

-Las tropas arrasarán con todo.

-¿Y qué hacemos, Gregorio?

-Por el momento hemos perdido. No nos queda más remedio que salir a atacarlos. La rendición es la muerte, tú lo sabes, ¿no?

-Claro, Gregorio, eso yo lo sé también.

*****

Pese a las amenazas, muchos trabajadores escaparon por el Desierto y se incorporaron a las faenas de otras empresas. Una buena mayoría, sin embargo, y para su desgracia, se dirigió a "Felisa", "Santa Lucía", "Pontevedra", "Argentina", "Galicia", "Fedra", "Santa Laura", y sobre todo -ay de ellos- a "La Coruña". Porque menos de dos meses más tarde, y a causa de que la efervescencia en la Pampa era enorme, las tropas atacaron "La Coruña" el 5 de junio de 1925, asesinando centenares de trabajadores y llevando quinientos prisioneros a Iquique, para torturarlos en el Velódromo antes de expulsarlos de las salitreras.

Selva Saavedra preparó la evacuación de las mujeres y los niños apenas restablecieron el tráfico por la pequeña trocha ferroviaria que trasladaba el caliche desde los Frentes hasta el Molino. En realidad, la operación parecía simple: las madres

conducían sus hijos hasta el Polvorín, que había sido autorizado como escuela provisoria, y en lugar de retornar a sus hogares, aguardaban el paso de los pequeños vagones de tolva. Al comienzo, llevaban piquetes de soldados. Más tarde, tomando en cuenta que aquellas vías férreas no conducían a ninguna parte, pues morían a una decena de kilómetros del Campamento, se limitaron a controlar desde los costados de las vías la partida de los convoyes. No obstante, tras la primera curva, éstos detenían su marcha y en cinco o diez minutos podían acurrucar en el fondo de las polvorientas tolvas una centena de pequeños pasajeros. La distancia que cubrían los rieles era más que suficiente para romper el cerco.

Con los sobrevivientes que prefirieron quedarse se preparó el ataque. Un ataque "kamikase". Cincuenta y seis hombres tomaron parte en él. Gregorio dio orden de lanzarse directamente contra el mando militar, es decir, la antigua Casa del Directorio. Los combatientes llevaban armas largas arrebatadas al enemigo. Además, ataron a sus cinturas una bolsa con cartuchos de dinamita. Las bolsas estaban pintadas de rojo y tenían un objetivo especial: arrojadas con los zurrones hasta las líneas enemigas (muy próximas en una reducida extensión como la de Marusia), los tiradores de Gregorio, en lugar de apuntar sobre los soldados, tiraban contra las bolsas, muy visibles a plena luz del día. Planteado así el ataque, y sorprendidos otra vez los soldados por un invento bélico para el cual no estaban preparados, debieron replegarse.

El comandante Schultz, con la proverbial sabiduría guerrera de su raza, dijo fríamente:

-Mayor Hoffer: dé orden de abandonar esta casa y dirija todo el fuego de la artillería contra la misma cuando ellos penetren aquí. No necesitamos gastar hombres: tienen poco parque.

Acto seguido, la oficialidad se retiró abriendo un forado en el muro y reorganizando su cuartel general a cierta distancia de la Oficina. Así dejaban hacer la guerra a soldados y trabajadores.

Gregorio comprendió la estratagema un poco tarde, y cuando ordenó el retiro, sus hombres estaban diezmados. Vio caer a su lado a Críspulo Llantén, mientras iniciaba el repliegue y un temporal de explosiones sacudía el paisaje. Gritó a Bakunín Frías:

-¡Sepárense! ¡Váyanse a las otras Oficinas! ¡Yo los demoro en el Teatro! ¡Salva todo lo que puedas!

Se despidieron con un breve gesto y huyeron en distintas direcciones. Otros hacían lo propio buscando el modo de abandonar el Campamento. Para hacerse visible, Gregorio Chasqui corrió por el centro de la plaza. Una bala le atravesó el muslo izquierdo cerca del pimiento. Rengueando entró en el Teatro de Marusia por la puerta principal.

El capitán Troncoso seguía las escaramuzas con sus prismáticos. Cuando divisó a Gregorio que corría solo, rió bajito.

-Hélo aquí- dijo en seguida, satisfecho.

*****

Los sucesivos encuentros de los soldados con la dinamita habían obligado a los oficiales a desarrollar ciertas técnicas para aminorar sus mortíferos efectos. La dinamita, como sabemos, puede hacerse estallar utilizando cápsulas detonantes, llamadas fuses. Pero puede explotar también por medio de la llama, la chispa, la fricción o un choque violento, incluído el que produce un impacto de bala o un casco de metralla. Por lo demás, el calor aumenta la sensibilidad de la dinamita. Sin embargo, si se parte un cartucho por la mitad, y se allega un fósforo encendido a la

materia gelatinosa, ni se enciende ni explota, pues necesita estar sometida a cierta presión. Por tales razones, al disponer excepcionalmente los trabajadores de grandes cantidades de explosivos, todo el Campamento de Marusia produjo en aquellos días la impresión de una gigantesca bomba próxima a estallar.

El capitán Troncoso supuso que, si el hombre había huído hacia el viejo edificio del Teatro con el fin de encontrar refugio a vista y paciencia de sus prismáticos, era simplemente para volar, por lo menos, una patrulla más. Y lo neutralizó de una manera molestamente simple, impidiéndole que se llevara otros soldados consigo.

Primero cercó el Teatro. Luego envió una decena de hombres al Polvorín e hizo traer a todos los niños que todavía esperaban ser evacuados por Selva. Una veintena. Selva Saavedra pidió ser llevada con ellos.

-Yo que usted no me metería- previno amablemente un suboficial -esto ya se acabó.

-Son mis alumnos. Supongo que no van a fusilar a los chicos.

La hilera de infantes desharrapados y de militares con vigilantes armas entró al Campamento en larga columna. Furtivos ojos tamizados de angustia los miraban pasar. Era una tarde llena de sol. Las estaciones encontraban su equilibrio ritual y el sol y el frío se turnaban una vez más para condensar la vida y organizar la muerte. No volvería tal vez a llover en mucho tiempo, y como todos lo saben, la lluvia es para el Desierto de Tarapacá sinónimo de muerte, pues derrumba los poblados y suspende los trabajos de extracción del salitre. Llovía una vez cada veinte, cada treinta, cada cuarenta años. Desde 1911 la lluvia había desertado de Marusia y de toda la Pampa hasta 1925. Y la que siguió a la de 1925 tuvo lugar en 1989. Pero ahora había llovido. Agua y sangre.

El patético grupo cruzó la plaza al trote. Los niños tenían un aire tenazmente austero, muy serios y muy concentrados. Pero no mostraban el menor temor. Ni el fantasma de un reproche o de una pregunta. Selva lo advirtió y se repitió que, a causa de ellos, no todo parecía estar perdido para siempre.

El capitán vio venir a Selva Saavedra y experimentó otro tipo de turbación: desde su segunda llegada a Marusia no había tenido tiempo de encontrar una mujer. Y además, qué mujer.

Selva lo encaró fríamente.

-¿Para qué quiere los niños, capitán?

-Para sacar a uno de los cabecillas de allí- dijo el capitán, mostrando hacia el Teatro con una mano enguantada.

-No lo comprendo.

-No hace falta. El tiene dinamita. Si lanzo un piquete para capturarlo se hará volar con él. Como conozco vuestros métodos, prefiero que vayan los niños con mis hombres.

Selva sintió que el útero le llegaba hasta la boca.

-¿Es ésta su guerra, capitán?

-Esta- dijo Troncoso suavemente. -Hasta aquí ustedes se habían impuesto con imaginación. Ahora combatiremos nosotros también en ese terreno.

-¿Ustedes? ¿Por qué me incluye?

-Porque vive aquí. Todos los habitantes de Marusia son mis enemigos, contando a los niños y a usted.

-Cuando sea uno de esos generales decrépitos, de aquellos que chorrean babas y orinan en sus pantalones, algunos de estos niños enemigos suyos estarán ya en condiciones de echar abajo toda la estructura de una organización social inmunda, que sólo puede mantenerse viva con transfusiones de sangre.

-Ni usted ni yo lo veremos, señora. ¡Llévalos adentro!- gritó al suboficial, mostrando a los niños que, sucios de polvo y algo pálidos, esperaban.

Selva volvió a la carga.

-Déjeme ver quién está allí y qué es lo que pretende.

Se dirigió sin esperar respuesta hasta la entrada del Teatro agregando: -No haga nada hasta que yo salga.

Troncoso tuvo un acceso de cólera.

-No haré nada durante quince minutos- previno. -Usted puede quedarse a vivir allí si quiere.

Dos soldados siguieron a la joven manteniéndose a corta distancia. Ella describió un largo y lento rodeo para ganar tiempo, oteando en los cuartos oscuros, descendiendo escaleras, apartando apolillados cortinajes, espiando en los vanos de las ventanas ciegas, tosiendo a causa de la sequedad del polvo que levantaba vuelo agitado por sus movimientos. Cuando comprendió que no tenía más remedio, descubrió casualmente la trampa sellada que daba acceso al sótano. Primero arrodillada y luego de bruces, golpeó con los nudillos repletos de miedo, pues, aunque no sabía a ciencia cierta quién estaba abajo, su corazón nombraba el único nombre amado con un miedo cerval.

-¿Quién está ahí?- preguntó.

No hubo respuesta.

-Me han traído con los niños. Están todos aquí conmigo. Quienquiera que seas entrégate. Ya no hay nada que hacer.

Los soldados escuchaban inmóviles.

-Que no toquen a nadie- dijo de repente, profunda, abajo, la voz de Gregorio Chasqui. -Voy subiendo.

Una suave ceniza suavemente violeta violó la suavidad y morenez de Selva. Se puso de pie. Desempolvó sus ropas. Miró hacia el cielo alto, indiferente e invisible. Murmuró:

-Espero que esto te pese en la conciencia durante muchos siglos porque finalmente te vas a quedar solo.

*****

Tras el impacto brutal de los primeros horrorosos dolores, de los primeros huesos fracturados, de los primeros dientes derribados a patadas, de la botella introducida en el culo, de la ruptura de los tímpanos, del naufragio de la cabeza empujada hasta el fondo de un cubo henchido de mierda, de las uñas arrancadas una a una, uña a uña, cierta violenta paz acude al cuerpo. Es un mecanismo natural de defensa. El cerebro atina a bloquear casi todos los puentes por donde puede filtrarse el río del dolor. Es, sin embargo, un reposo apócrifo, obturado de sudor, la vieja, la siniestra dulzura de los torturados que concentran brevemente en sus cuerpos la insania desbridada, el sufrimiento colosal del mundo.

Las manos de Gregorio Chasqui fueron clavadas a una pared, ambas manos juntas por encima de la cabeza, y los pies tocando tierra apenas. Fue entonces que el tiempo se abotonó en su propio pecho temporal, se declaró parado. Entre ráfagas deslumbrantes de sangre y tercas ceremonias de resolana, divisó a ratos las siluetas de las pequeñas mujeres de Marusia, sentadas en un altillo, vestidas de negro, mudas, mirándolo. A su vez, el cuerpo de oficiales contempló el cuerpo de Gregorio toda la mañana. Venía en peregrinación. Fue Gilberto Troncoso quien condujo a Mariana Die (recién llegada con su esposo, y para quienes fue preparado el banquete visual). No pudo ella faltar al espectáculo, pues los hombres no están capacitados todavía para resistir a la fascinación del valor. De todos modos, era extraño, alucinante y folklórico, diría después. Vio asimismo, en breves retazos de lucidez, múltiples soldados arreando a múltiples trabajadores. Los sobrevivientes. Era imprescindible que contemplaran a Gregorio, y guardaran en la conciencia el sabor duro de los escarmientos generales simbolizados por esta deshecha individualidad colgada ahí a pleno sol, preludio de un potente castigo colectivo. Escuchó los disparos y las carcajadas y escrutó ceñudo el paisaje amarillo, chorreado de luz, cuajado

de polvo, donde siluetas lejanas, imposibles de identificar, abrían una fosa y, tras los disparos, dibujaban patéticas volteretas en el aire para caer veloces y precisas, en el mismísimo agujero terrestre cavado con el trabajo de sus propias manos.

El capitán Gilberto Troncoso, vencedor de la jornada, vino a verlo por la tarde de nuevo. No sentía ni frío, ni calor, ni odio, ni piedad, ni indiferencia, ni remordimiento.

-¿Cómo te trata la muerte?- preguntó jovial.

Gregorio mordió el silencio que se le enredaba con la espuma dentro de la boca.

-Ya ves, Chasqui, que todo ha sido inútil. De todas maneras, separémonos cortésmente, como buenos enemigos. Chócala.

Le estiro la mano con mucha seriedad. Gregorio sintió que hasta los clavos le maceraban la rabia. A través de los vahos de una fría neblina que caía con la tarde, fue contemplado. Troncoso escudriñó el torturado cuerpo duro y ese único oscuro ojo que interminablemente lo miraba desde una insondable maldición.

-¿No crees que todo ha sido inútil?

-Por el momento- mascullo el deshecho, con las mandíbulas trabadas.

Creía poder contar una a una las gotas de sangre que resbalaban por sus piernas, pero ya no sentía la menor presencia física de la botella. Era como si la botella no existiera, no existieran las roncas, las rencorosas esquirlas de vidrio. Oía apenas. Al mover la lengua tropezaba con los pedazos de sus dientes. En admirable esfuerzo alzaba a duras penas el párpado derecho. El izquierdo estaba en mejores condiciones. Le dijeron eso: este ojo quedará sano para que veas todo hasta el final. Con ese ojo estaba mirando. Y un poco con el otro.

(-Me estoy muriendo- pensó.) Muy despacio recordó la voz de Selva apretada contra su oreja: "-¿No será que te vas a morir?-".

-Nuestra misión no sólo es prepararnos para hacer la guerra, sino para ganarla- dijo el capitán encendiendo un cigarrillo y arrojando el humo contra la cara destruída. -Basta que nos derroten una sola vez y nos extinguiremos. En tales condiciones, sobran pocas alternativas: ganamos y matamos por nuestra sobrevivencia.

Caminó paseando lentamente frente a Gregorio, con el torso un poco inclinado, dictando su cátedra.

-Tú, Chasqui, has equivocado el camino: se me ocurre que habrías sido un excelente soldado, tal vez un suboficial de lujo. (Jamás un oficial, porque tu apellido no te lo permite). Pero te dio por escoger el oficio de perro, y ahí estás ahora, colgado y apaleado. Qué manera sórdida de perder tu vida, qué falta de ambiciones, qué ganas de querer arrastrarte todo el tiempo, en vez de volar un poco.

Gregorio proseguía mirándolo sin parpadear.

(-Me estoy muriendo- pensaba). Y recordó: "-Eso somos"- dice Selva: "-Un país que se defiende con amor". ("-¿Dónde estás? Lámeme la boca: tengo sed, tengo tanta sed-.)

-¿Por qué te callas?- preguntó el capitán afablemente: -Si quieres conversemos. Yo no te he golpeado ni con el pétalo de una roca. Hay otros que hacen esa clase de trabajo y que vienen de tus filas.

Acercándose, examinó el rostro de Gregorio con fingida atención, y le previno solícitamente:

-Tienes un pequeño magullón en la mejilla. Cuando llegues a casa, díle a tu mujer que ponga ahí un esparadrapo.

Entonces sobrevino algo raro, algo extemporáneo, fuera de lugar, insólito y lúgubre: lo que quedaba de Gregorio Chasqui bostezó. Así, con absoluta simpleza: un gran bostezo indiferente.

El capitán parpadeó desconfiado.

-Me ha entrado una duda- confesó de repente en voz baja.

-¿Cuál?

-Una duda sobre el resultado final.

-No hay resultado final- estertoró Gregorio, somnoliento - el resultado se está moviendo siempre, cambia de campo una y otra vez.

Troncoso enderezó el busto. Miró hacia Marusia, lanzó una ojeada sobre el rojo horizonte del fondo, miró las últimas briznas de sol coaguladas sobre las cimas de la Cordillera de los Andes, hacia Sibaya y Cueva Negra, contempló los últimos soldados que marchaban desapareciendo entre las dunas, y masculló:

-Debo despedirme de ti. Algunos de tus rufianes se dirigen ahora mismo hacia "La Coruña" para organizar un levantamiento en esa Oficina. Pues bien, si así lo estiman conveniente, iremos allá y les aplicaremos la misma medicina que a Marusia. Total, yo tengo tiempo. Lo que me sorprende es que mientras más matamos, más hay.

-Así es- dijo Gregorio.

-¿Y no comprenderán nunca que serán siempre más débiles aunque sumen tantos?

Echando afuera el postrer aliento, la voz de Gregorio articuló todavía:

-Es que una idea sin armas es más débil que un arma sin ideas, por eso ganan ustedes hasta ahora. Pero ya nos estamos dando cuenta- barbotó con un ligero rictus de burla impreso en la extensa herida del rostro.

Y juntó sin trabajo su único ojo abierto.

*****

Los últimos trabajadores que esperaban la muerte cavando sus fosas escucharon también estas palabras. Las mujeres escucharon asimismo marchando hacia la gran puerta de Marusia. Los niños las oyeron claramente. Todos pudieron ver el cuerpo de Gregorio Chasqui saltando azotado por un vendaval de plomo. (Eran balas de guerra). Vieron que Marusia empezaba a arder por los cuatro costados, que los cañones levantaban su intensidad y su estruendo pulverizando las casas todavía en pie y atosigando el aire con innúmeras astillas que ahora se impregnaban de una extraña neblina. Escucharon las voces de mando, los sollozos de las mujeres. Contemplaron el silencio que se sentó a mirar las ruinas humeantes del campo de batalla, con las calladas manos cruzadas sobre las calladas rodillas.

Selva Saavedra encabezaba el cortejo. Su alta silueta, ciertamente fúnebre, precedía las fúnebres siluetas de los niños de Marusia, recortadas contra el gastado, el cansado color de un crepúsculo interminable y sin fuerzas. En un distante altozano se paró y volvió la cabeza para mirar atrás: divisó el cuerpo muerto de Gregorio: su peso exhausto había roto la carne y los cartílagos, las manos amadas abandonaron sobre la madera los clavos enemigos y se crucificaron en el suelo inhóspito, desde donde venía el pan más duro de toda la tierra. Después de mucho caer terminó ovillándose en la costra salina como en un áspero y seguro útero materno, el descanso anhelado, el reposo perfecto y sin término.

("-No puedo acunarte ahora, amor- pensó -le encargo tu sueño a la tierra de salitre, yo tengo que sobrevivirte, si no tu sacrificio habrá sido tan enteramente inútil. Pero para contarte, para dejar tu historia hasta siempre imborrable, te juro con la mano sobre este corazón completamente tuyo, que aprenderé a escribir, aprenderé a escribir, aprenderé a escribir.)"

Y al final, cada uno partió a completar su misma vida titubeante: los militares a sus batallas y botellas, los perseguidos

a su clandestinidad, los trabajadores a sus pocilgas, los exiliados a su memoria, las viudas a su desamparo, las casadas a su temor infiel, los niños a sus preguntas, los perros a sus tachos de basura, los curas a sus sacristías, las banderas a sus mástiles, el viento a sus desiertos, la luz a su oscuridad, la oscuridad a su luz, los muertos a su sosegada indiferencia y a su metódico olvido.

Y Marusia a su inagotable memoria subterránea.

La Habana, Cuba, 1974

Este libro,
tercero de la Colección
BIBLIOTECA PARA TODOS
de la Editorial
PLUMA Y PINCEL
se terminó de imprimir
el 30 de Junio de 1993
en los talleres de STAR S.A.
en Santiago de
Chile

P&P EDITORIAL